

**R I V A D A V I A
Y EL ESPAÑOLISMO LIBERAL
DE LA REVOLUCION ARGENTINA**

BIBLIOTECA DE HISTORIA ARGENTINA Y AMERICANA

VOLUMENES PUBLICADOS:

- I. *Estudios de Historia y Arte Argentinos*, por Antonio Dellepiane, con introducción a la Biblioteca por Ricardo Levene.
- II. *Temas de Historia Económica Argentina*, por Juan Álvarez.
- III. *Rivadavia y la simulación monárquica de 1815*, por Carlos Correa Luna.
- IV. *Primeras luchas entre la Iglesia y el Estado en la Gobernación de Tucumán*, por Ramón J. Cárcano.
- V. *De Rivadavia a Rosas*, por Mariano de Vedia y Mitre.
- VI y VII. *Estudios históricos sobre la Revolución de Mayo*, por Clemente L. Fregeiro con Advertencia de Ricardo Levene.
- VIII. *La tradición de América*, por Enrique Ruiz Guiñazú, con prólogo del Excmo. señor duque de Alba.
- IX. *Ensayos sobre Etnología Argentina*, por Pablo Cabrera, Pbro.
- X. *Rivadavia y el españolismo liberal de la Revolución argentina*, por Arturo Capdevila.

VOLUMEN EN PRENSA:

- XI. *Mitre*, por Joaquín V. González.

Registro N° R 34043

BIBLIOTECA
SEDE IBEROAMERICANA
UNIA

JUNTA DE HISTORIA Y NUMISMÁTICA

Biblioteca de Historia Argentina y Americana

Director: RICARDO LEVENE

X

ARTURO CAPDEVILA

RIVADAVIA

Y EL

ESPAÑOLISMO LIBERAL

DE LA

REVOLUCION ARGENTINA

un
i Universidad
Internacional
de Andalucía
A

W. M. JACKSON, INC.

EDITORES

MAIPU 257

BUENOS AIRES

LONDRES

MADRID

MÉXICO

NUOVA YORK

RIO DE JANEIRO

HABAN

UNIVERSIDAD INTERNACIONAL DE ANDALUCIA

JUNTA DE HISTORIA Y NUMISMÁTICA AMERICANA

BUENOS AIRES 1931

Presidente

Dr. RICARDO LEVENE

Vicepresidente 1º

Sr. CARLOS CORREA LUNA

Vicepresidente 2º

Dr. MARIANO DE VEDIA Y MITRE

Secretario

Sr. RÓMULO ZABALA

Prosecretario Tesorero

Sr. ENRIQUE UDAONDO

MIEMBROS ACTIVOS

- | | |
|----------------------------|--------------------------------------|
| 1 Sr. Juan Carlos Amadeo | 19 Dr. Martiniano Leguizamón |
| 2 Dr. Lucas Ayarragaray | 20 Dr. Roberto Lehman-Nitsche |
| 3 Coronel Juan Beverina | 21 Dr. Ricardo Levene |
| 4 Sr. José Luis Cantilo | 22 Dr. Luis Mitre |
| 5 Dr. Arturo Capdevila | 23 Arq. Martín S. Noel |
| 6 Dr. Ramón J. Cárcano | 24 Dr. Félix F. Outes |
| 7 Sr. Aníbal Cardoso | 25 Dr. Alberto Palomeque |
| 8 Dr. Guillermo Correa | 26 Dr. Norberto Piñero |
| 9 Ing. Emilio A. Coni | 27 Dr. Ernesto Quesada |
| 10 Sr. Carlos Correa Luna | 28 Dr. Rodolfo Rivarola |
| 11 Sr. Enrique De Gandía | 29 Dr. Ricardo Rojas |
| 12 Dr. Antonio Dellepiane | 30 Dr. Enrique Ruiz Guiñazú |
| 13 Sr. Juan Pablo Echagüe | 31 Dr. Luis María Torres |
| 14 Dr. Jorge A. Echayde | 32 Sr. Enrique Udaondo |
| 15 Dr. Juan Angel Farini | 33 Dr. Mariano de Vedia y Mitre |
| 16 Sr. Manuel V. Figueredo | 34 Dr. Benjamín Villegas Basavilbaso |
| 17 Sr. Carlos Heras | 35 Dr. Milciades Vignati |
| 18 Dr. Carlos Ibarguren | 36 Sr. Rómulo Zabala. |

JUNTA FILIAL DE CORDOBA

Presidente

P. PABLO CABRERA

Dr. Henoch Aguiar
 Dr. Santiago Díaz
 Dr. Juan B. González
 P. Pedro Grenón
 Dr. Enrique Martínez Paz
 Dr. J. Francisco V. Silva
 Dr. Raúl Orgaz

JUNTA FILIAL DE ROSARIO

Presidente

Dr. JUAN ALVAREZ

Dr. N. R. Amuchástegui
 Dr. Antonio F. Cafferata
 Dr. Julio Marc
 Dr. Calixto Lassaga
 Sr. Francisco M. Santillán

MIEMBROS CORRESPONDIENTES

REPUBLICA ARGENTINA

Buenos Aires

- 1 Sr. Pedro I. Caraffa
 2 Dr. Bartolomé J. Ronco

Entre Ríos

- 3 Dr. José Imbelloni
 4 Dr. Alfredo Parodié Mantero
 5 Dr. Enrique Pérez Colman
 6 Dr. Juan Antonio González Calderón.

Corrientes

- 7 Dr. Juan A. González
 8 Sr. Ismael Grosso

Santa Fe

- 9 Sr. Félix G. Barreto
 10 Dr. Manuel A. Cervera
 11 Sr. José Luis Busaniche

Santiago del Estero

- 12 Sr. Andrés A. Figueroa
 13 Dr. Baltasar Olaechea y Alcorta.

Tucumán

- 14 Dr. Ernesto Padilla
 15 Dr. Nicanor Rodríguez del Busto
 16 Dr. Juan B. Terán

San Luis

- 17 Sr. Juan W. Gez

Mendoza

- 18 Sr. Dardo Corvalán Mendilaharsu
 19 Dr. Ataliva Herrera

Salta

- 20 Dr. Bernardo Frías
 21 Dr. Juan Carlos García Santillán

Jujuy

- 22 Dr. Joaquín Carrillo

Neuquén

- 23 Sr. Félix de San Martín

Río Negro

- 24 Sr. Juan Benigar

AMERICA

Rep. Oriental del Uruguay

- 1 Dr. Pablo Blanco Acevedo
 2 Sr. Mario Falcao Espalter
 3 Dr. Gustavo Gallinal
 4 Dr. Daniel García Acevedo
 5 Dr. Luis Melián Lafinur
 6 Sr. Raúl Montero Bustamante
 7 Sr. Setembrino Pereda
 8 Sr. Horacio Arredondo (hijo)

Brasil

- 1 Dr. Alfonso Celso
 2 Dr. Eugenio Egas
 3 Dr. Max Fleiuss
 4 Dr. Amílcar Fonseca
 5 Dr. Ramiz de Galbao
 6 Dr. Manuel de Oliveira Lima
 7 Dr. Cicero Peregrino da Silva
 8 Dr. José de Paula Rodríguez Alves

Paraguay

- 1 Dr. Cecilio Báez
- 2 Dr. Manuel Domínguez
- 3 Dr. Fulgencio R. Moreno
- 4 Dr. Ricardo Olivera
- 5 Dr. Justo Prieto

Chile

- 1 Dr. Domingo Amunátegui Solar
- 2 Dr. Gonzalo Bulnes
- 3 Dr. Miguel Curuchaga Tocornal
- 4 Mons. Crecente Errázuriz
- 5 Dr. Alejandro Fuensalida Grandón
- 6 Dr. Ricardo Montaner Bello
- 7 Dr. Julio Montebruno
- 8 Sr. Luis Puga
- 9 Dr. Carlos Silva Cruz

Perú

- 1 P. Domingo Angulo
- 2 Sr. Jorge Corbacho
- 3 Dr. Emilio Gutiérrez Quintanilla
- 4 Dr. Horacio Urteaga
- 5 Dr. Carlos Weisse

Bolivia

- 1 Dr. Ricardo Jaymes Freire
- 2 Dr. Cornelio Ríos

Ecuador

- 1 Dr. Isaac J. Barrera
- 2 Dr. Luis Felipe Borja
- 3 Dr. Cristóbal de Gangotena y Jijón
- 4 Dr. Jacinto Jijón y Caamaño
- 5 Dr. Carlos Manuel Larrea
- 6 Dr. José Gabriel Navarro
- 7 Dr. Homero Viteri Lafronte

Colombia

- 1 Dr. Nicolás García Zamudio
- 2 Sr. Antonio Gómez Restrepo
- 3 Sr. Enrique Otero
- 4 Sr. Eduardo Posada
- 5 Sr. José María Restrepo Sáenz
- 6 Sr. Pedro Sonderegger
- 7 Dr. Francisco Urrutia

Venezuela

- 1 Dr. Vicente Dávila
- 2 Dr. Santiago Key Ayala
- 3 Dr. Vicente Lecuna
- 4 Sr. José Machado
- 5 Sr. Laureano Valenilla Lanz

Guatemala

- 1 Dr. Máximo Soto Hall

República Dominicana

- 1 Dr. Tulio M. Cestero

Cuba

- 1 Dr. Manuel Márquez Sterling
- 2 Dr. Néstor Carbonell

Méjico

- 1 Dr. Antonio Caso
- 2 Dr. Alfonso Pruneda
- 3 Dr. José M. Puig Casauranc
- 4 Dr. Alfonso Reyes
- 5 Dr. Manuel Tousaint
- 6 Dr. Genaro Estrada

Estados Unidos de N. América

- 1 Dr. Percy Alvin Martin
- 2 Dr. Alfredo Coester
- 3 Sr. Archer M. Huntington
- 4 Sr. Bernard Moses
- 5 Dr. Leo S. Rowe
- 6 Dr. William Spence Robertson
- 7 Dr. James Robertson

EUROPA**España**

- 1 Dr. Amado Alonso
 - 2 Dr. Alfonso Danvila
 - 3 Dr. Agustín Millares Carlo
 - 4 Dr. José M. Ots Capdequi
 - 5 Sr. Julián M^a Rubio
 - 6 Sr. Luis Enrique Azarola Gil
 - 7 Sr. José Torre Revello
 - 8 Dr. Antonio Ballesteros Beretta
- y todos los miembros de la Real Academia de la Historia

Gran Bretaña

- 1 Sr. Maurice Bunsen
- 2 Sr. Robert Cuninghame Graham
- 3 Dr. F. A. Kirkpatrick
- 4 Srta. Julia Fitz Maurice Kelly
- 5 Dr. José Evaristo Uriburu

Alemania

- 1 Dr. Jorge Friederici

Portugal

- 1 Sr. Roberto Levillier

Francia

- 1 P. Antonio Larrouy
- 2 Sr. Pablo Rivet
- 3 Dr. Mario Belgrano
- 4 Dr. Alberto Mathiez.

Holanda

- 1 Dr. Eduardo Laboughe

Miembros Honorarios

The Hispanic Society of America
Société des Américanistes de Paris

LIBRO I
LA MADRE PATRIA

CAPÍTULO I.

ESPAÑA Y NOSOTROS EN EL SIGLO XVIII

I

No se ha escrito libro más sereno, más ecuánime, más filosófico, para juzgar a España en América, que la *Historia de la República Argentina* de Vicente Fidel López. Es admirable su magnífico pórtico. Admirable, que, por así decirlo, al día siguiente de la batalla, se posea tan firme espíritu de justicia. Por otra parte, su *Historia* es un libro de verdadera historia, cualesquiera sean las objeciones que puedan válidamente hacerse. Quiero decir que en este libro la historia es verdaderamente tal por la amplitud de sus horizontes. No es crónica; es historia. No es un relato de efemérides, ni es "fichología", para usar el formidable neologismo crítico del doctor Alberini; es historia de la real, de la humana, de la que mueve a las naciones. No es una crónica del Plata confinada en el rincón de sus propias anécdotas. Los vientos de América y del mundo soplan por esas páginas. Bellos y bien nutridos capítulos dan la visión cabal de lo que era América antes del descubrimiento, y en particular

del imperio civilizador de los incas. Luego el conquistador es seguido con atenta mirada por este historiador sagacísimo que no pierde nunca de vista la totalidad del mapa.

El primer acierto fué su plan: establecer "el paralelismo de la historia de España en la historia colonial del Río de la Plata". De este modo, el virreinato fué situado con perfecta precisión dentro del conjunto hispánico, al paso que España era ubicada con rigurosa exactitud dentro del conjunto europeo. Es su primordial manera de ser justo, porque ello conduce a dominar las efectivas posibilidades de cada uno. Merced a esta clave, pudo decir para buena parte de la obra colonizadora de España: "No sólo es injusto sino absurdo pedirle otra cosa que lo que hacía". Y es que López supo conocer a fondo "la imposición fatal de los hechos".

Leyendo su notabilísima *Introducción*, y al conjuro de su vigoroso estilo, se ve muy bien la importancia que tuvo, para toda la comunidad hispánica, el siglo XVIII, el siglo de las claras reformas, cuyas altas luces resaltan con extraño prestigio sobre el tenebroso fondo del siglo XVII. Postrimerías lúgubres las de este siglo XVII. "El interior del reino estaba cubierto de bandas de salteadores que dominaban como señores del territorio; y allá en el confín de los mares americanos eran diarias las depredaciones y los atentados de los filibusteros y de los piratas, que como aves de rapiña devoraban las carnes corrompidas de aquel cuerpo muerto. Barquichuelos insignificantes tripulados por foragidos de todas las nacionalidades, apresaban por allí las naves españolas de guerra y se apoderaban de los galeones que navegaban cargados con las riquezas americanas. El ejército, reducido a diez o quince mil hombres, era un

cuerpo de mendigos que se repartía por las calles y por los caminos, exigiendo una limosna forzada de los transeúntes, y no pocas veces los asaltaban también y los saqueaban". Tal trae López invocando la autoridad de Weiss en *L'Espagne depuis le règne de Philippe II*. Pero también escribió López (*Introducción*, cap. X) estas palabras más precisas: "Ignorante y miserable, pero digno y valiente, el español de aquellos tiempos había asumido en su alma cierta fiereza indomable que, retemplada por su propia soberbia, revelaba todavía el heroísmo de sus pasados tiempos. Envuelto en su larga capa, llevaba dentro del pecho la tradición de sus hazañas; y si pedía limosna, cubriendo la bravía terquedad de su ceño el ala anchurosa de su chambergo, lo hacía con una mano altiva, y armado con el mosquete. Reñía a navaja, y por cualquier cosa; cortejaba mozas; no tenía trabajo, pero no tenía empeño por encontrarlo. Corría toros; y en este modo de vivir andaban revueltos todos, nobles y bajos; que los caballeros mismos no desdeñaban estos hábitos, y más bien se holgaban con ellos por lo que tenían de aventurado y de independiente". Pero no se cite más, por tentador que sea el animado acento de este patriarca de nuestra historia.

II

En todo caso, España renació tan fuerte como antes, de la saludable guerra de Sucesión que abrió para ella nuevos y fecundos tiempos. Ya el primer tercio del siglo XVIII señalase por preciosas creaciones: la Real Academia Española, la Real Librería, el Seminario de Nobles, la Real Academia de Medicina y Cirugía. Mas, por

encima de todo, este siglo va a ser el de los grandes ministros liberales, así considerados — liberales — con harta razón, aunque no deba denominarse liberal, rigurosamente hablando, el régimen de gobierno que los llamó a la acción. Aquí sólo queremos saber que abundaron en pruebas de un liberalismo efectivo y no estamos para perdernos en detalles de nomenclatura. De una u otra manera, cuando Lavissee y Rambaud hablan de un *despotisme éclairé*, piensan mucho más en Francia que en España.

Con haber sido excelentes los comienzos de la nueva dinastía, pálida parece su brillante obra cotejada con la administración de Carlos III, aquel rey que entre todos los de España supo mejor que nadie rodearse de los mejores hombres, fuesen o no fuesen nobles.

Llena estaba España, y particularmente la corte, de valentones y mendigos sin domicilio ni trabajo; clientela infame de las porterías de los conventos, donde mendigaban el almuerzo, y de los atrios de las iglesias, donde se refugiaban de noche a dormir en revuelto hacinaamiento. Eran, dicho de una vez, los embozados, para quienes el embozo significaba la impunidad. Gentuza de capa y chambergo que andaba a navajazos por cuenta propia o ajena en la perfecta lobreguez de las noches madrileñas, pues dondequiera que por acaso asomaba un farol, allí caía la plebe y lo apagaba. Maravilla pareció que Esquilache dispusiera la colocación de luminarias y que osara aún prohibir la capa y el chambergo “porque ese traje da a las gentes de España aire de poco aseadas y aspecto de bandoleros”, según traía el decreto.

Pero si mucho valía y mucho valió para Carlos III el marqués de Esquilache con sus iniciativas de gran persona que era, no se comparará nunca su alcurnia inte-

lectual con la del conde de Aranda — tan equilibrado al principio entre los ensueños revolucionarios franceses y las realidades españolas—, ni con la del conde de Floridablanca, eruditísimo, y más inglés que francés en punto a reformas políticas y sociales; ni menos con el insigne conde de Campomanes, economista de tan vasta sabiduría cuanto de profundo juicio.

Los tres creían en la eficacia de las revoluciones hechas desde el poder, en la medida exacta de las necesidades, de conformidad con las conveniencias públicas. Particularmente el conde de Campomanes conocía el camino directo y seguro para acabar con los viejos errores, con los funestos privilegios, con los absurdos monopolios, con las estériles manos muertas.

De estas cosas nos queremos ocupar, y éstas son las que nos llevan a considerar realmente glorioso el reinado de Carlos III. Tan buenos liberales hoy como ayer, no somos ni fuimos nunca de los que alaban al gran rey por su acto de fuerza contra la Compañía de Jesús. La expulsión de los jesuítas fué un acto arbitrario y despótico, repugnante por esto solo a un criterio liberal. Por otra parte, si el pleito con los Padres empezó, como parece seguro, por la actitud de la Orden en ocasión del desastroso Convenio de Permuta, menos justo resulta aún su extrañamiento, pues no pudieron ser mejores españoles de lo que fueron en aquella oportunidad los mal castigados jesuítas. Y nada más sobre este asunto; que está bien claro lo que dije, y basta con que esté claro.

No. Lo admirable del reinado de Carlos III y lo ciertamente fecundo de su obra está en las reformas liberales de carácter económico que supo implantar. Toda su política económica es grandiosa, desde la colonización

de la Sierra Morena hasta el sorteo de campos de labranza entre familias de labriegos; desde la abolición de la tasa de granos hasta su libre transporte; desde la supresión de las aduanas interiores de región a región hasta la exención de impuestos a las materias primas; desde la apertura de canales hasta la construcción de carreteras. Y todo lo que es simplificación administrativa. Y todo lo que es orden y celeridad. Y todo lo que es unificación jurídica. Y el levantamiento de un censo. Y el de un catastro. Y todo lo que es enseñanza del pueblo y ennoblecimiento de la mujer. Y todo lo que es persecución a la vagancia pordiosera, sea o no fraile el pordiosero. Y todo lo que es libertad de trabajo, de comercio, de industria. Y todo lo que es renovación y progreso. Y el Museo del Prado. Y el Banco de San Carlos. Y el Observatorio Astronómico. Y el Jardín Botánico. Y el gabinete de física. Y Juan José de Vértiz, virrey del Río de la Plata... ¡De veras que es sectaria indignidad elogiar a Carlos III sólo por la expulsión de los jesuítas; pero de veras también que es indignidad sectaria, todavía más baja, callar sus altísimos méritos sólo por aquella misma sectaria razón!

Decíamos, pues, tocante a nuestras cosas del Plata, que Carlos III pudo ver como transfundido su espíritu en don Juan José de Vértiz. Idéntica la preocupación por el bien público. Idéntico el deseo de rodearse de los mejores. Idéntica la constancia en realizar buen gobierno. Y aquí también, censo que se levanta. Y calles que se nivelan. Y hospital, y asilo de huérfanos. Y alumbrado público. Y comisarías de barrio. Y hombres nuevos iniciando tiempos nuevos. Y casa de comedias que se edifica. Y Paseo de la Alameda que se inaugura. E imprenta que se instala. Y Río Negro que se explora, bus-

cando, ya entonces, la verdadera línea de fronteras con el salvaje. Y el Bermejo que se navega. Y el Pilcomayo que se remonta.

De este modo, Carlos III pudo proyectar su espíritu sobre Buenos Aires. Y no fué solamente cosa de simulacro como en la noche de su solemne jura, cuando para celebrar el real advenimiento Buenos Aires se iluminó de hachas y farolillos, y aun simuló el desembarco del rey, tal como reza la vieja crónica porteña dirigida al propio augusto señor: "...Había de entrar una falúa destinada a imitar el desembarco de Vuestra Majestad. En el momento que esta embarcación se descubrió... el castillo la saludó con el disparo de veintiuna piezas. Tenía este bote o falúa de largo nueve varas. Seis marineros eran los destinados al remo... Otra máscara con buen uniforme de marino representaba al Marqués de la Victoria... En el centro de un pabellón de damasco carmesí sobre la popa, estaban sentados los que representaban a Vuestra Majestad y a la Real Familia..."

Ma por esta vez el rey de España no pasearía sus dominios en el simulacro de una máscara. Esta vez su espíritu mismo lograría proyectarse, años más tarde, en la personalidad de Vértiz.

CAPÍTULO II.

LA SITUACION ESPAÑOLA

¡Y de qué tinieblas no estaba saliendo España! “En las escuelas — dice don Leandro de Moratín — se enseñaban a la luz de la antorcha de Aristóteles, teología, cánones, leyes y medicina, sin el auxilio de la filosofía, sin el de la historia, sin el de la política, sin el de las matemáticas, sin el de la física, sin el de las lenguas doctas, sin el de las letras humanas. Nada de esto se sabía porque nadie lo podía enseñar, y nadie solicitaba aprenderlo”. Conceptos aun más agravados con la cita de Torres intercalada en el texto, según la cual “todas las cátedras de las universidades estaban vacantes, y se padecía en ellas una infame ignorancia”. La cátedra de matemáticas, verbigracia, “había estado sin maestro treinta años y sin enseñanza más de ciento cincuenta”.

¿Y si juzgamos por las obras del padre Feijóo, cuyos escritos, según su propio decir, se dirigían “más bien a combatir errores que a descubrir verdades”? El muy célebre cuanto fatigosísimo benedictino pretendió ser el Hércules intelectual de los grandes trabajos de España. Doy por cierto, que el padre Feijóo mereciera juntamente la estatua y el auto de fe; pero, en todo caso,

si no nos muestra la figura de un Manú de las letras, es evidente que en el alba tan borrosa del siglo XVIII español, visitadísima aún de extravagantes fantasmas medioevales, él fué uno de los primeros hombres despiertos a la espera del sol. Esta vocación solar cuando todos estaban por la sombra es maravillosa.

Pues de las copiosas notas del padre Feijóo, ya sobre lo actual, ya sobre lo pretérito, se infiere la correspondiente atmósfera intelectual de aquella postrada España. Feijóo tiene que luchar en su tiempo con preocupaciones tan vanas como las de la astrología judiciaria y otras piltrafas supersticiosas en que abundaban los almanaques de su época. Arredra el cuadro de una sociedad en que los más ridículos y pueriles vaticinios hallaban ancho sitio en las preocupaciones sociales: que una gran señora vería en peligro su honra; que una mala nueva contristaría a la corte; que muchos navíos naufragarían en alta mar.

Tampoco estaba muy en claro por años del benedictino la naturaleza de los duendes, y, por de contado, todos creían en ellos; pues la gente se atenía, por punto general, a la autoridad del padre Fuente la Peña, el cual enseñaba:

—No; los duendes no son ángeles; ni ángeles buenos ni ángeles malos. ¿Serían tan chocarreros los duendes, ya fuesen ángeles gloriosos, ya condenados espíritus? Ahora bien; no siendo ni lo uno ni lo otro, ¿qué podrían ser? Podrían ser — concluía el padre Fuente la Peña — una especie de animales aéreos... Animales aéreos engendrados sin duda en la putrefacción del aire; hijos solamente de la condensación de corrompidos vapores...

Pero otros respondían:

—¿Cómo? ¿Los duendes, animales etéreos? ¡Toma! ¿Y no hablan? ¿Y no ríen? ¿Y no disputan? ¿Quién vió nunca animales que se comporten así? Luego, o son ángeles o son almas. . . Y también a este respecto tuvo que dar batalla el bueno de Feijóo diciendo a voces: “¡Cuántos hurtos, cuántos estupros y adulterios no se han cometido cubriéndose o los agresores o los medianeros con capa de duendes!”

¿Y no pasaban por verdaderas aulas del demonio ciertas cuevas de Toledo y Salamanca? ¿Y no tenía hondas raíces en el vulgo la fama de esta última? El demonio era oráculo popular en Salamanca, y diz que enseñaba por sí mismo las artes mágicas, admitiendo siete discípulos cada vez, hecho pacto de sortearlos y quedarse con uno, de paga. Bajo este concierto, adoctrinaba el Malo en artes mágicas, astrología judiciaria, geomancia, hidromancia, piromancia, aeromancia, quiromancia y nigromancia. Era notorio, entretanto, por el mismo tiempo, el extraño culto que en varios lugares de Extremadura se daba al evangelista San Marcos en la figura de un toro (Feijóo: *Toro de San Marcos*). Y nada era lo que pasaba en Extremadura comparado con las consejas que corrían sobre el caso en lo demás del reino. Llegando la víspera del santo — contábase — los mayordomos de su particular cofradía van a recorrer las vacadas en el monte, y escogiendo un toro cualquiera le ponen el nombre de San Marcos; lo llaman luego por este nombre, y el toro los sigue como de suyo, y entra con ellos en la iglesia, y asiste a los solemnes oficios como un creyente entre los creyentes. Sale al otro día en la procesión, más manso que un buey de Belén, y se deja acariciar de todos, e incluso permite que le pongan guirnaldas de flores en la testuz y roscas

de pan en las astas, con una como beatitud; hasta que acabada la fiesta se acaba el conjuro, y la fiera retorna a su vacada y a su natural ferocidad.

Mientras la fiebre del oro traía muchedumbre de españoles a las tierras de América, sedientos de sus riquezas, los que en España se quedaban (hablo de la mísera plebe) se daban a imaginarlás ocultas. De ahí el inmenso crédito y favor que gozaban los zahoríes, a quienes se atribuía la ciencia de descubrir tesoros y minas bajo tierra, “embuste endémico de España, dice Feijóo, pues en los autores extranjeros no se halla noticia de semejante gente, o si alguno los nombra es con la circunstancia de adscribirlos a nuestra nación, citando nuestros autores”. El que no cruzaba los mares por la ambición, consultaba al zahorí, movido de la codicia. Mas para ser zahorí era preciso haber nacido en Viernes Santo, al tiempo de cantarse la pasión en los templos. Eso creía la plebe ruin. Fray Benito, por su parte, no ponía en duda que quienes ejercitaran tan supersticiosa virtud habían de tener “pacto expreso o implícito con el demonio” (Feijóo: *Vara divinatoria y zahoríes*).

De todo ello se duele el benedictino en sus libros tan prolijos. Pero dolíase particularmente del serio atraso de las ciencias naturales en España, cuya completa lóbreguez contrastaba tanto con las luces que en el extranjero alcanzaban. Muchas eran las causas de este mal, según su claro entender. La primera, el no haber profesores, sino “una especie de ignorantes perdurables precisados a saber siempre poco, no por otra razón, sino porque piensan que no hay más que saber que aquello poco que saben”. ¿Cómo no habían de mofarse de Descartes, cuando apenas sabían cosa con cosa de la filosofía cartesiana? En esto, como en todo, reinaba la más

alerta ojeriza contra cualquier novedad. Mientras en otros países la gente recibía las novedades científicas con alborozada enhorabuena, en España prevalecía el implacable *vade retro*. ¡Guay de las noticias sobre las cuatro lunas de Júpiter, guay del Algebra nueva, guay de sus logaritmos! Y tales andaban en la península las cosas de la enseñanza que “la cultura en todo género de letras humanas” florecía mucho más en la pobre América que en la propia España. . .

II

A todo esto, el mundo se transformaba de día en día, en las artes, en las letras, en la vida de sociedad. Nacía en Francia el encanto de los salones literarios. Los hombres comenzaban a trocar la espada por el paraguas. La mujer, en tanto, se armaba de sombrillas y abanicos. Se avecinaba un formidable triunfo de la mujer, como llamemos triunfo suyo al predominio histórico del romanticismo. La casa adquiría comodidades nuevas. Se multiplicaban los espejos, los muros se revestían de tapices, se introducían las lacas del Oriente. En París la gente quiere tan sólo estar a gusto entre objetos y formas amables; aspiración que engendra finalmente cien adornos arquitecturales. Aparecía el mueble. Se inauguraba el comedor. Se inventaba el recibimiento. Se iniciaban las tertulias. También se transformaba la calle, desde la instalación del primer café, esa tertulia de todos, hasta la adopción del alumbrado público, ese decoro de la noche. La gente se adoctrinaba, ya que no en el gay saber, como en el siglo trovador, al menos en la pulcra ciencia de las buenas maneras. Y otra vez era Francia

la sonrisa de Europa. Y volvía a ser importantísima cosa la reputación literaria. Y se ponía de moda escuchar la lectura de las obras inéditas, entre sorbo y sorbo de café. Así surgió la crítica literaria. Los títulos del talento parecían tan limpios como los de la sangre, Chispeaba el ingenio. Una frase bella bastaba para granjearse estimación. Como en los mejores tiempos de Grecia, los jardines acogían otra vez el regalado ocio de los filósofos; así el de las Tullerías. También volvía el banquete, retórico y filosófico. El trato del escritor con exquisitas mujeres dió ya entonces a la literatura francesa aquella su elegancia incomparable que la distinguirá para siempre entre todas. Las estatuas comenzaron a surgir, se diría que solas, como siempre que el espíritu está de fiesta. Y también como en toda verdadera fiesta del espíritu, la música añadió luego el encanto de su inefable compañía y ajustó el ritmo de los pensamientos a embriagadoras cadencias.

Pero si las artes hacían regalada la vida, las ciencias engrandecían sin cesar los poderes del hombre. Newton, Lavoissier, Buffon, Linneo, ya están de pie. Se enviaban misiones científicas. Se averiguaba la distancia exacta a la luna y al sol. Se construía el primer telescopio de gran poder. Y la propia América entraba en el general concierto de las ciencias con Franklin, que traía nada menos que el primer mensaje fehaciente de la electricidad.

¿Y en España? ¿Y en la postrada España de Feijóo? Por su curioso ensayo sobre las modas, nos enteramos de que siquiera en esto no dejó de influir París sobre la corte española. Feijóo pone el grito en el cielo, pero no importa. "Antes el gusto mandaba en la moda, ahora la moda manda en el gusto", dice el

austero hombre con horror. Y añade: "Nunca se menudearon tanto las modas como ahora ni con mucho..." Y todo esto, ¿por qué? Porque Francia lo quiere... De este modo se introdujeron en la corte española las nuevas costumbres francesas. Y las mujeres se empolvaban el cabello o lo llevaban muy tirante; y empezaron a verse los brazos "como en mísera prisión", y las manos, "incomunicables con la cabeza". Había una nueva manera de andar; nuevas maneras de posturas, nuevas maneras de comer, nuevas maneras de hablar, nuevas preferidas palabras, nuevas materias de conversación. Todavía introdujéronse nuevas maneras de devoción y hubo santos que pasaron de moda. Hasta en los hombres se introdujo el uso del tocador y el demonio de los afeites... "¡Oh, escándalo! ¡Oh, abominación! ¡Oh, bajeza! — clama el fraile—. ¡Oh, si hubiese en la raya del reino quien descaminase estos géneros vedados!"

Por esos pantanos de la historia, entre esos miasmas de un pasado letal, España se encaminaba, sin embargo, hacia los tiempos magníficos que había de presidir Carlos III. La segunda mitad del siglo XVIII ya es en España algo muy grande; a tal punto, que ahora mismo guarda aquel siglo XVIII las mejores posibilidades de sí propia y de la América hispánica. "España era un cadáver, yo la he levantado de su sepulcro, y al retirarme vuelve a tenderse en él" había dicho el fracasado abate Alberoni; y su frase corrió mundo y ganó crédito.

Cuidado, mientras tanto, con hablar de una postrada España, de una acabada España.

España es la nación que resucita siempre.

CAPÍTULO III.

EL MUNDO EN EL SIGLO XVIII

I

Lo que hace del siglo XVIII uno de los más grandes de la historia, es haber dado origen a la ciencia económica, toda una con la verdadera ciencia política. El espíritu de Leibnitz subsiste a lo largo de la centuria, y el espíritu de Leibnitz representa nada menos que el análisis libertador; pero esto no es lo más grande del siglo XVIII. Newton es el Cosmos medido y pesado; pero tampoco está aquí lo más grande del siglo XVIII. Linneo revela la existencia del árbol; la flora del mundo es escudriñada por la Siria, por el Egipto, por la Arabia, por el Japón; pero no es tampoco esto lo principal y más fecundo. La anatomía se configura, nace la fisiología, y no es tampoco lo principal. Las academias científicas inician un nuevo ciclo de descubrimientos en las cosas del espíritu; y no es tampoco lo principal. Comisiones de sabios recorren la tierra subvencionadas por los gobiernos, y no es tampoco lo principal. Los reyes se ponen al servicio de los sabios. Y no es tampoco, lo principal. Nada de ello hubiera servido para que nacie-

sen a la vida política veinte naciones nuevas en América. El siglo XVIII es grande, singularmente grande, porque preparó el advenimiento a la tierra de nuevas naciones libres. Poco importan las decepciones de los que no quieren comprender la verdad. El momentáneo desprestigio de la actividad política, nada prueba contra la política; ni la errónea dirección de las reivindicaciones sociales prueba cosa alguna contra la verdadera ciencia económica de los Estados.

Y cierto es, sin embargo, que el entusiasmo por las finanzas comenzó con la más desatentada de las aventuras; pues no fué sino esto el famoso sistema de Law y toda su temeraria empresa de los billetes de Banco. Y bien cierto es que Law suponía que el billete de Banco no sólo representaba un valor metálico, sino que podía llegar a reemplazarlo. El oro y la plata, según él, eran instrumentos de cambio sólo por la fuerza del mandato legal. Conque si el Estado emitiera papel moneda con valor legal, la riqueza aumentaría de suyo, por la mayor facilidad de los cambios. El valor del oro, fijado por el gobierno, podía rebajarse por idéntico órgano, en tanto que los billetes adquiriesen carácter de curso forzoso. Sólo faltaba que el duque de Orleans fuese regente del reino para que el sistema de Law, llevado después a sus últimas complicaciones y audacias, hallase la primera buena acogida oficial. El gran asunto fiscal consistiría en fundar un Banco de Estado y en ir pagando la inmensa deuda pública con billetes o en acciones. Fué realmente el delirio de la especulación y del agio. No se vió ni se volverá a ver igual fantasmagoría. El precio de las acciones hubo de elevarse fantásticamente. No faltó quien llegara a ganar un millón en un día. Fueron las Mil y una Noches de lo imprevisto

y lo quimérico. Pero así como fué el alza fué la baja. Lo ficticio no salió de lo ficticio. El oro y la plata, un momento sepultados bajo la inundación de papel, afloraron de nuevo más firmes que arrecifes. La experiencia estaba hecha y la funesta ilusión disipada. El valor del oro no era, como pudo creerse, un valor legal; era un valor positivo. De este modo, en la final quemazón de papeles, ardieron las últimas ilusiones de los gobiernos arbitrarios.

¿Comenzó algo con el sistema de Law? A la verdad que no. No hay por modo alguno nada nuevo en el sistema de Law, nada que nazca a nueva vida. Todo es viejo y caduco en él; una cosa que se acaba en el fracaso, no una cosa que comienza en infortunado ensayo. En el sistema de Law asistimos al caso de un remedio arbitrario, aplicado por una sociedad arbitraria, que sólo creía en lo arbitrario. Antes de que Law jugase sobre el tapete de las finanzas francesas, toda Francia venía jugando, de día y de noche, dondequiera que podía hacerse mesa. Los tristes cortejos de tantos vicios y bajezas como acompañaron al sistema de Law en su auge de juego y de aventura, venían de atrás, por lo menos de un siglo atrás. Bien se ha dicho (Lavissee y Rambaud, *Le XVIII siècle*) que el derrumbamiento del sistema fué solamente como el final de una partida fuerte: fortunas que cambiaron de mano, entre injurias y desórdenes de tahures, y después de todo, el postrer desaliento de las cosas inútiles.

II

El siglo XVIII es realmente una cumbre de los tiempos modernos, y esta cumbre determina como un doble

sistema fluvial de ideas y sentimientos, según sea su ladera. Hay la vertiente medioeval como hay la vertiente de los tiempos nuevos.

Verdad es que para Francia el siglo XVIII tuvo mucho de encrucijada; pero no fué para las demás naciones una encrucijada. No debe juzgarse con el mismo criterio el siglo XVIII francés que el de las otras naciones de Europa. Cuando se dice "muy siglo XVIII" con la intención que sabemos, se está hablando solamente para Francia. Más aún: admitido que para Francia haya sido "el siglo de la absoluta corrupción", no se debe generalizar este juicio a las otras manifestaciones morales del continente.

Ni fué para la misma Francia, de una manera epónima, el siglo de la corrupción. El marqués de Sade no puede dar su nombre a este siglo. Una pintura, una escultura, una arquitectura nuevas dan testimonio irrecusable de que el genio francés trabaja. Por otra parte, siendo el siglo de la música, Francia tuvo a Rameau, y con Rameau, un gran teatro lírico.

No, no fué para Francia el siglo de la absoluta corrupción o solamente el de la frívola liviandad. En él hablaron el lenguaje de la libertad económica los primeros economistas de la centuria. Las preguntas decisivas estaban en todos los labios: "¿Cómo se enriquece una nación? ¿Atrayendo y reteniendo la mayor cantidad de oro o, mejor, multiplicando los bienes de la tierra y de la industria?" Ya en el siglo XVII, Briguillebert había llegado a decir que los fenómenos económicos no dependen sino de las leyes de la libre concurrencia. La palabra *reforma* fué la palabra de orden. Todos estaban de acuerdo, al fin, en que inveterados abusos debían ser

reprimidos. Todos exigían, por fin, la desaparición de privilegios y monopolios.

No fué otro el camino que hubieron de seguir aquellos sabios economistas que se denominaron fisiócratas.

Ellos se impusieron la tarea de descubrir las leyes de la economía política, no queriendo sino establecer la vigencia del "poder de la naturaleza"; ya que fisiocracia (del griego *physis*, naturaleza, y *kratos*, poder) significa precisamente eso. Lástima que tan luego entonces Montesquieu y sus adeptos se les atravesasen a los buenos fisiócratas, teorizando sobre las formas de gobierno . . .

Tales vistosas especulaciones sobre un gobierno mixto, sabiamente equilibrado, son y han sido siempre, en su aparatosidad baladí, el repertorio preferido de los teorizadores superficiales, como que es más fácil hablar de las formas de gobierno que de los hondos problemas de la economía pública. De este modo, la declamación de Montesquieu tuvo más suerte que la profunda exposición de los fisiócratas, y se hizo una revolución pavorosa para alegrar a sus manes. No solamente eso. Desde entonces hasta nuestros propios días del siglo XX se abandonó el fondo por la forma en el estudio de los fenómenos vitales de la organización social. Entre los fisiócratas que atribuían los males colectivos a la equivocada organización de la riqueza, y Montesquieu, que los atribuía a las malas formas de gobierno, la masa estuvo con Montesquieu. Pongamos a votación ahora mismo si la Tierra gira alrededor del Sol o si es el Sol quien gira en torno de ella, y sólo votarán por la primera verdad las academias. Los demás se atenderán a lo que dicen los ojos. Ese fué el mal de los fisiócratas: poseer una profunda verdad, de las que no saltan a la

vista. Ni es otro el mal de los georgistas en los tiempos que corren . . .

III

Sin embargo, Quesnay, descubriendo que la tierra es la exclusiva fuente de la riqueza, mientras que la industria y el comercio sólo la transforman y la trasportan, vale tanto como Colón poniendo pie en América. Por eso fueron tan vastos los horizontes que contempló. Por ejemplo, su magnífico artículo sobre los granos (*Encyclopedie*, 1756) es como una atalaya. Se veía surgir un nuevo mundo a la plena luz y al puro aire de la libertad de cambio, de la libertad de trabajo, de la libertad de industria, de la libertad de comercio. Ni monopolios ni privilegios. En su lugar, concurrencia. Se había dado con la fisiocracia; se había dado con "el gobierno de la naturaleza y de sus leyes, superiores y anteriores a la ley escrita". Gracias a Quesnay se pudo hablar del orden natural de las sociedades. Algo más: gracias a él y a su escuela, los derechos del hombre hubieran sido plenamente adquiridos por el hombre. Con el insuficiente triunfo de Montesquieu, fueron solamente *declarados* . . .

Pero son realmente admirables las principales conclusiones de la escuela fisiócrata: necesidad, utilidad y justicia del libre cambio; subordinación de todos los elementos económicos al elemento agrario; fundamental equidad en que cada trabajador sea dueño del fruto de su trabajo; conveniencia de aplicar un impuesto exclusivo y directo sobre la renta de los propietarios . . .

Tanto Quesnay como Gournay supieron investigar

las causas profundas de la ruina o la prosperidad nacional; ora estudiando la agricultura y la moneda, ora el comercio y la industria. ¿Y cuánto vale en oro de la mejor ley aquella fórmula de Argenson — también fisiócrata — en que se logró resumir una de las mayores verdades políticas? Argenson fué el que dijo: “No gobernar demasiado...”

Quede notorio, y nunca parezca de más repetirlo, que los fisiócratas fueron los primeros en sostener la primordial necesidad política de libertar a la tierra, injustamente esclavizada bajo un régimen feudal. No fueron agitadores. No fueron revolucionarios. No buscaban el alzamiento popular. Creían, en cambio, en las revoluciones de arriba, esto es, en la sola acción de los gobiernos sinceramente radicales. Así esperaban realizar el acto más trascendental y más justo que había de conocer la historia. Reconocieron el más inicuo de los agravios en castigar con gabelas al trabajo o en dificultar el desarrollo del libre comercio; y todavía demostraron con los hechos mismos los perniciosos efectos que resultan de una rígida propiedad agraria sin posesión ni cultivo.

Pero no era la hora de Quesnay. Era la hora de Montesquieu y de Rousseau. Y en la Francia ya trágica de las vísperas revolucionarias se agitaban sus nombres como banderas de guerra. Resultado: el desencadenamiento de la Revolución Francesa, hecha ciegameente desde abajo, y sobre el patíbulo de Luis XVI algunas ilusorias reformas constitucionales, en tanto que los inveterados males económicos de la sociedad y del gobierno alcanzarían, si cabe, una más sólida estabilidad.

¿Y España, a todo esto? ¿Y nosotros, que éramos

entonces sus colonias? España en aquel momento patético en que se jugaba la suerte del mundo, estuvo tal vez en la más alta de las atalayas, mostrando a los pueblos por el índice de Carlos III, las verdaderas rutas, los verdaderos rumbos.

CAPÍTULO IV

EL MUY GLORIOSO CARLOS III

I

Tengo listas las palabras de loa que pide el alto monarca; pero los hechos que lo inmortalizaron hablarán siempre con ventaja, y es lo mejor de todo saber de una vez qué leones de Nemea, qué hidras de Lerna, qué jabalíes de Erimanto fueron los que hubo de afrontar, armado de inmensa sabiduría y paciencia, ese Hércules de la redención española. Para conseguir nuestro objeto nos limitaremos a rehacer el cuadro civil y político de la España que gobernó aquel monarca, deduciéndolo del más fehaciente de los documentos: la famosa *Instrucción Reservada de la Junta de Estado*.

Eran pasadas ya las duras calamidades que aparejaron los Austrias, pero aun quedaba mucho por hacer en los propios tiempos de Carlos. Así, en materia religiosa, tan importante a la sazón, los poco seguros diques del patronato y de las regalías eran rebasados sin mayor dificultad por los decretos pontificios. Había exceso de clérigos en la corte y muchos de ellos "imbuídos de máximas contrarias a las regalías". De otra par-

te, las exorbitantes pretensiones de la Curia Romana no dejaban de hallar apoyo en el general fanatismo español exacerbado muchas veces en los concilios nacionales del clero (Instrucción VII); siendo preciso, para armonizar todo esto con las conveniencias del reino, "mantener el crédito en la corte de Roma, teniendo consideración a los cardenales y prelados de más nombre y reputación, y aun a los príncipes y nobleza, honrándolos oportunamente y protegiendo a los que sean adictos particularmente a la Corona; de que ellos hacen mucho caso". A todo esto, si abundaban en la corte los clérigos sin destino, cundían por las villas y lugares de la península los conocidamente vagabundos. La Iglesia era riquísima, y ello, a menudo, con grave daño del Estado; pues no acababan nunca de fundarse capellanías de manos muertas (Instr. XI y siguientes) en que se inmovilizaban las propiedades más fértiles, sustraídas desde luego a todo tributo fiscal. Y se veía con dolor en unas y otras partes del reino no haber "tierras, casas ni bienes raíces más abandonados y destruídos que los de capellanías". Colmado de donativos y prebendas, pocas veces fué tan rico el clero, ni tuvo mayores rentas, ni gozó de tantas dotaciones, ni cobró tantos diezmos y primicias, ni tantas oblaciones, limosnas, sufragios y cargas (Instr. XXIV). Mas no se crea que a tal auge clerical correspondiera un leal interés de ese clero por el crecimiento del erario público. "Muchos individuos del clero secular y regular, y aun comunidades enteras, auxiliaban, favorecían y se interesaban en el contrabando y los fraudes", si hemos de poner a la letra, sin otro cambio que el tiempo de los verbos, la instrucción CCXXXIV. Ni todas las órdenes tenían un superior español ni era muy férrea la disciplina monástica (Instr.

XV). Y todo dinero resultaba poco para costear tanto viaje de monje al extranjero. Pluguiera al cielo que las costumbres mundanas hubieran sido más edificantes. Pero tampoco esto: En materia de esponsales y contratos de matrimonio quedaba mucho más que arreglar con la Curia de Roma "para evitar tantos desórdenes en la juventud de ambos sexos", pues los más numerosos daños nacían "de la indeliberación, de la seducción o de la malicia y pasión desordenada con que se conciben y extienden los llamados esponsales o promesas de casarse" (Instr. XX). Al propio tiempo, los hijos de nadie no dejaban de hacer girar el torno de las inclusas, depositados noche a noche a la buena de Dios (Instr. LXIV y siguientes).

Y si esto acontecía en lo eclesiástico y mundano, en lo forense y fiscal todo era extorsión en los repartimientos y cobranzas, y gravámenes indebidos de variados linajes (Instr. XLI). Pésimas las ordenanzas de la administración de justicia, urgía un nuevo método "en la posesión de las plazas togadas". ¡Qué incuria y qué general desastre en los consejos y cámaras de Castilla e Indias y en lo demás de la judicatura (Instr. XLIII)! Para la elección de presidente y consejeros no había sino consultar la limpieza del nacimiento o la repentina gloria militar; y así iba de descalabrado aquello, reemplazadas por doquier la rectitud y la sabiduría por las falsas honras sociales. Y nada se diga de los procedimientos malísimos, con que se gobernaba y se administraba justicia dentro y fuera de España, desperdiciado el tiempo en formalismos superfluos y enormes dilaciones por competencia de jurisdicción, fueros privilegiados y otras rémoras. Corregidores y alcaldes eran nombrados a menudo por la sola autoridad de un señor de vasallos, como

en la más oscura Edad Media. ¿Y qué eran, de este modo, tales oficios sino “medios de estafar y vejar a los súbditos”? (Instr. XLIX).

De ociosos, vagos y mal entretenidos era España como un semillero. Mas también entre esta gentuza pululaban los verdaderos desvalidos, sin remedio hasta entonces, pues no abundaban, por cierto, ni las casas de expósitos, ni los hospicios de enfermos o de huérfanos, ni los refugios de misericordia (Instr. LI). Pero, ¿cómo sería de otra manera en punto a vagancia, si faltaba el trabajo, o no se le había llegado a estimar y se tenía por más honorable la capa del mendigo que las mangas de camisa del bracero? “Todos querían ser o parecer nobles” (Instr. LII). ¿Nobles? ¿Y qué era un noble en Inglaterra, por ejemplo? Lejos estaban los españoles de matricularse como los nobles ingleses en los gremios de artesanos. En cambio usaban de los mayorazgos inmovilizando los bienes del patrimonio social, tanto o más que lo hacía el clero con las manos muertas.

Si los monasterios comenzaron a fundar escuelas gratuitas de primeras letras no fué sino por iniciativa de Carlos II, que no cesaba de exhortar a los superiores de tanto convento a trocar las limosnas de la portería por la caridad del alfabeto.

¿Y habíase tenido Banco Nacional que de verdad protegiese y apoyase al comercio? ¿Y el comercio general exterior y el tráfico interno habían llegado al conseguimiento de las facilidades que reclamaban? ¿Y adónde estaban las carreteras expeditas y rápidas, y cuáles serían, por ventura, los canales de navegación? Todo debía promoverse por la acción del gran rey que no acabaría nunca de suprimir tanto estorbo y tanta traba para el tráfico,

así fuese el de granos, y tantas gabelas para todo lo que representase circulación de la riqueza (Instr. LXXV).

Yacía yerta la agricultura, falta de riego, desaprovechadas las lluvias, mal utilizados los ríos, jamás replantados los montes, carente el reino de leña y de carbón, sin un árbol las comarcas, sin pastos los campos que la maleza invadía; incultos, pero vedados a toda iniciativa particular los latifundios del derecho romano o del canónico.

¿Y en Indias? Desde su clero, que pasaba por depravadísimos, hasta sus funcionarios civiles — así fuesen virreyes o gobernadores —, todos debían ser vigilados y reorganizados después, todo llamado y sujeto a mejor derecho y a mayor equidad (Instr. LXXXVI y siguientes).

Y, punto curioso, ya en los límites de la Luisiana y la Florida empezaba el ciudadano de los Estados Unidos (Instr. XCIX) su introducción y usurpaciones, procurando con rapidez “extenderse por aquellas regiones y vastos territorios” tan “diligentes” como “desasosgados vecinos” (Instr. C).

Sin embargo ¿qué remedio militar cabría para América, si había que reorganizar las propias fuerzas peninsulares? Pues el ejército peninsular no se singularizaba ni por su disciplina ni por su calidad (Instr. CXLVIII). Tampoco por sus progresos tácticos (Instr. CLVIII). Faltaba experiencia “en todo lo relativo a la hidráulica militar y civil”, y eran bien escasas las noticias que llegaban al reino de los nuevos métodos prusianos, para no citar más. Estaban mal mantenidas y escaseaban pura y simplemente las tropas. En los ramos de fortificación y artillería padecía considerable atraso y no se contaba con la suficiente infantería veterana. Urgía sacar el de-

bido provecho a las milicias provinciales. Y, para decirlo todo de una vez, las disposiciones de antaño no atendían sino a la clase de los jefes, siempre ansiosos de ascender, y poco sabían del humilde soldado mal servidor a fuerza de mal servido.

Más aún. Con ser España potencia marítima, así por su situación como por la extensión de sus dominios de ultramar, no ofrecían sus buques toda la perfección debida, bien que soportase la nación un pesado y dispendioso presupuesto naval. Fuera de ésto, habiendo buenas escuelas de náutica y pilotaje se daba el extraño caso de que los oficiales no asistieran a ellas. Y en lo restante de las cosas de mar, faltaba organizar el comercio de cabotaje en las propias costas de España, y fomentar la gran pesca en los mares lejanos de jurisdicción nacional.

II

Pero se haría todo; pero se hacía todo; pero se estaba haciendo todo. El rey formaría un fondo particular para atender al fomento de la agricultura, del comercio, de la industria. Se edificarían las casas para labradores; se propendería a la siembra de nuevas extensiones; se adquirirían máquinas; se premiaría el esfuerzo privado; se adelantaría dinero a las empresas útiles; se aliviaría de exacciones el trabajo de campesinos y artesanos, y al fin conocería el propietario feudal el peso de un tributo. Puesto a resolver problemas tan diversos, el gobierno sería proteccionista y librecambista a la vez, lo mismo en materia de entradas que de salidas. Se ordenaría la renta, incluso la provincial, fuente

inagotable de abusos. Y se pondría orden en los estancos. Y el pensamiento fiscal iría más lejos: con “los reglamentos vigentes y con las enmiendas hechas y otras que mostrase la experiencia, vendrían poco a poco a simplificarse los tributos, de modo que se redujesen a un método sencillo de contribuir, único y universal” (Instr. CCLXVII). Y ya se pensaba, aunque arredrase la idea de la súbita transformación, en establecer “una contribución única por reglas de catastro sobre las tierras y bienes raíces o estables”, lo cual se venía declamando, dice la instrucción citada, “en muchos papeles”. Cosa de especuladores y filósofos hasta entonces, pero que ya preocupaba la mente siempre alerta de Carlos III, sin que hubiesen faltado en la propia España “juntas de hombres afectos a este sistema”.

Ciertamente. Y Jovellanos lo ha estudiado muy bien en el famoso informe al Real Consejo de Castilla sobre el expediente de la Ley Agraria. En el cual informe se hunde la raíz del pensamiento rivadaviano de la enfiteusis. “Para esta enajenación — dice el informe —, no propondrá la Sociedad ninguno de aquellos planes y sistemas de que tanto se habla en el expediente de la Ley Agraria... Vendidos a dinero o a renta, repartidos en enfiteusis o en foro, enajenados en grandes o en pequeñas porciones la utilidad de la operación... sería infalible”. Pero más rivadaviano — claro que *avant la lettre* — es todavía este otro párrafo del memorable informe sobre las tierras concejiles: “Las tierras concejiles, divididas y repartidas en enfiteusis o censo reservativo, sin dejar de ser el mayorazgo de los pueblos ni de acudir más abundantemente a todas las exigencias de su policía municipal, podrían ofrecer establecimiento a un gran número de familias, que ejercitando con ellas

su interés particular, las harían dar considerables productos con gran beneficio suyo y de la comunidad a que perteneciesen”.

Tales y tantas las iniciativas y las obras bajo el reinado del más paternal de los reyes de España. Sin embargo, Carlos III no es popular en la península; y los españoles no lo admiran, ni con mucho, en la proporción con que nosotros los americanos lo admiramos.

¿Por qué esto? Fuera de los elogios oficiales, Carlos III no ha hallado en la patria que tanto sirvió, el eco grande que merecían sus estupendas empresas. En América, en cambio, su nombre vive singularmente amado.

La cosa pide explicación. Adelante la intentaremos.

CAPÍTULO V

MADRE DE NACIONES

I

España ignora todavía, a fines de ese siglo XVIII, lo que le está por suceder. Nadie lo sabe tampoco. Es un secreto que aun no ha bajado de las estrellas. Pero los tiempos se están preparando desde los doce signos del zodiaco. España va a ser madre. Esto es grandioso, y pasarán cosas grandiosas. Tiembla, se estremece, trepida la máquina del mundo aderezando las vestiduras nuevas para las hijas de España que están por nacer.

Siglos hacía, desde los tiempos de Roma, que no se presenciaba un espectáculo igual. En todo caso, ya estaba completamente olvidado. España, al igual que Grecia y que Roma, había sido como un maravilloso pez en el mar de la historia. Pero de muy mayores proporciones que Grecia o que Roma. Ni se comparará con el caso español el de los fenicios y los árabes. Arabes y romanos habían conquistado el mundo por fuerza de armas; griegos y fenicios apenas si habían sembrado en él sus factorías. Pero ¿cuál de estos casos se asemejaba al de España — ese pez fabuloso — que cruzó los

mares de hemisferio a hemisferio y fué a multiplicarse en las más lejanas playas del mundo?

Pues, realmente, el caso de este pez fabuloso de España y el de la portentosa oviparidad con que engendró naciones perfectamente fraternas entre sí, son cosa única, absolutamente única en los tiempos. No sabemos bien cómo pasa en las playas de la historia con estos inmensos huevos étnicos de tales divinos peces, pero sospechamos que se trata de un verdadero oviparismo. Lo cierto es que a la vuelta de tres siglos los inmensos gérmenes coloniales, abrigados por el sol que no se ponía nunca, acabaron por originar naciones.

España ignora todavía — decíamos — a fines de ese siglo XVIII lo que está por acaecerle, pero los tiempos lo saben, y todo está listo para el prodigio. Incluso las hadas van llegando, una a una, con sus presentes. Sólo que estas hadas no son ni han sido nunca sino terribles presencias, cuya varita mágica es la cosa más parecida al rayo del cielo, que se conozca.

España, en la embriaguez de los últimos dones maternos, concibe cosas extrañas, que acaso no hubiera imaginado nunca para sí propia. Se está cumpliendo en ella cierta ley antagónica y compensadora de la ley de la herencia, por cuyo imperio los hijos deben iniciar a su vez un proceso de diferenciación. ¿Qué tienen que ver con el pasado de España — digamos la verdad — esos reformadores suyos del siglo XVIII? Esos reformadores suyos del siglo XVIII nacen para América mucho más que para España.

El orbe entero está cuidando los sueños de la madre sublime. Por larga época la paz y la guerra se relacionan principalmente con ella. Hay una gran actividad por dentro y por fuera de España. Con la buena admi-

nistración de Carlos III, las maternas arterias se hinchan de rica sangre. Las ideas van y vienen por el cielo de Europa y rondan toda la península.

Bajo este influjo, la madre patria sigue concibiendo tiempos nuevos. Y con un tino, con una cautela, con una valerosa prudencia de que sólo es capaz el instinto maternal, si muchos y grandes son los ideales que España acoge sin cesar, ninguno toca en la utopía. Como quien sobrelleva una responsabilidad soberana, los sueños de España agrandan los ámbitos de la vida, pero no se salen de la vida. Francia podrá embriagarse de utopía como nación alguna se embriagó. España no puede. Francia es a la sazón un espíritu absolutamente libre en su destino redentor; un espíritu libre hasta la quimera. España es una madre.

De ahí que le nazcan hombres, grandes hombres, cuyo pensamiento está fijo en América; cuyo pensamiento no cesa de concebir tiempos nuevos. ¿Para quién trabajan? Tomemos cualquier ejemplo. Toda esa minuciosa tarea de Floridablanca cerca de la Santa Sede, concierne a puntos de regalía y concordato, conduce, aunque él lo ignore, a desbrozar los caminos de la conciencia en América, haciendo posible la libertad de cultos — condición vital — desde la aurora política de las nuevas naciones. El ocaso de la Inquisición en España se relaciona directamente con la aurora argentina de 1813. Lo que Floridablanca agencia en Roma es la libertad confesional del Nuevo Mundo. Es admirable este caso de maternidad previsor, generoso, magnífica.

Si Alberdi no se equivocó ni Ingenieros tampoco, “la expulsión de los jesuitas se nos presenta como el prolegómeno espiritual de la revolución argentina”; ya que la presencia de los padres en el virreinato “habría

impedido la formación del pensamiento revolucionario y trabado los esfuerzos de sus ejecutores". Alberdi es categórico: "Los padres jesuítas hubieran eternizado nuestra sujeción a la España, si no se van". Y bien sabido se está que nada más antiespañol pudo hacer España que expulsar de sus dominios a sus mejores patriotas. Caso maravilloso también.

De igual manera, con el expediente del obispo de Cuenca se juzga de una vez y para siempre el régimen de las manos muertas y se da al César lo que es del César. Y esto también está pensado para América mucho más que para España. Agricultura, comercio, trasportes, caminos: éstas son las voces de orden de los reformadores. Y esto también está pensado, singularmente pensado, para América mucho más que para España. Para que América no se deshaga en el caos, para que no se disipe en una inmensidad demasiado parecida a la nada, es menester que sus hijos se enamoren de la tierra y sepan desde el primer instante lo que les toca hacer. *El Telégrafo Mercantil* y el *Semanario de Agricultura* son el eco de esa voz tutelar de España. Allí se hablará, número a número, de "la tierra más feraz del universo" y de "nuestros dilatados campos". Y se irá comprendiendo, primero poco a poco y después mucho a mucho, que el comercio propio, con revolución o sin ella, será la verdadera epopeya de la emancipación.

El árbol fué sabia y perfectamente hachado. Primero de un lado, después del otro. Primero fué la obra de los principios liberales la que desbastaba el tronco. Después, del otro lado, la obra del despotismo. Los grandes ministros dejan de trabajar cuando comienza a decaer Carlos IV. Sigue así a lo generoso, lo mezquino; a las realidades hermosas, las vanas jactancias; a

“los inmortales ministros”, “el indigno valido”. A Floridablanca, Godoy.

Ya las colonias aprendieron, por la obra de los grandes políticos de la corte, la estimación de sí propias. (Así fué hachado un lado del árbol). Ahora falta que con Manuel Godoy aprendan a perder, siquiera temporariamente, la estimación por España. (Así fué hachado el otro lado del árbol). El rey parecerá un pobre hombre y la reina andará en coplas.

Si maravillosa es la labor de la naturaleza para que nazca un hijo de vientre de mujer, prodigiosos sobre todo portento son los fenómenos que precipita la historia para que nazcan naciones.

Napoleón es, con seguridad, el agente del destino, el meteoro inconfundible de los cielos. Una madre dando a luz un hijo es algo tan sublime como espantable y tan sagrado como irrisorio. Por eso España se volverá irrisoria entre las manos augurales de Napoleón. Por eso también, apenas pasado el trance, se mostrará como nunca sublime. ¡Qué! Guerras y revoluciones son únicamente los cortinados que corre la Providencia en la cámara del prodigio.

II

Y ahora una digresión que acaso no lo sea. Pero conste una sincera verdad. Sería yo español y escribiría lo que voy a escribir. La conquista de América es un hecho colosal que suspende y arrebató; pero en lo tocante a la particular conquista del Perú, Pizarro es una figura abominable. La cruzada espiritual de América cumplida por frailes, casi siempre heroicos, me parece admirable;

pero Valverde se nos muestra no menos abominable que Pizarro en la tarde de Caxamalca. No por pensarlo así se me creerá caído de pronto en veleidosa enemistad por España. También abomino de Rosas y de toda su época y de todas sus cosas, y no me creo por ello mal argentino. Antes bien, es una imposición de mi amor a la patria abominar de Rosas. Muy semejantes mis cuentas con Pizarro.

Y ahora, la digresión.

Por un momento, España debe vivir las mismas horas que viviera el Perú. Si Pizarro entró en el Perú fingiendo amistad, asimismo será como entre Napoleón en España. Si en el Perú había dos bandos, el de Atahualpa y el de Huáscar, dos bandos habrá en España, el de Carlos y el de Fernando. Si Pizarro en el Perú asume la falsa defensa de uno de ellos, idéntica conducta será la de Napoleón en España. Si la gente de Atahualpa se maravilla, fascinada, del poder de los españoles, no menos se maravillará el vulgo español de la gloria del emperador. Si para el Perú llegó a parecer celestial la presencia de los españoles, providencial parecerá también en la península la intromisión napoleónica. Si Pizarro, recién llegado a Caxamalca, manda a decir al Inca cuánto se holgaría en recibirle, lo mismo hará Napoleón, que henchido de insolencia llama al rey de las Españas donde buenamente le place. Si Atahualpa acude a la traidora cita del capitán español, también ha de acudir Carlos IV a la falaz entrevista con el corso. ¿Qué pensar? Parecería que Carlos tuvo a su cargo, por rigurosa fatalidad de la historia, una expiación irredimible. Parecería que el destino se cobró entonces con España, para compensación justiciera, la humillación inútil del Inca y su martirio afrentoso. Si Atahualpa lloraba la

enemistad de un hermano, Carlos llorará la felonía de un hijo. ¿Necesitó Pizarro de algo más que un pretexto fútil para inmiscuirse en las cosas peruanas? Nada más que un pretexto fútil necesitará Bonaparte para inmiscuirse en las peninsulares. Si Atahualpa comparece solo y sin armas ante el capitán, solo y sin armas comparecerá Carlos ante el emperador. Y como quiera que el P. Valverde fué quien dijo, en nombre de Roma con atroz arrogancia, señalando la hora de la matanza: “¡A ellos! ¡A ellos!”, también ahora estará Roma en juego, y Napoleón, sin mayores miramientos, se servirá del Papa como de un instrumento más.

Esta correspondencia trágica de sucesos paralelos se puede seguir paso a paso; tal como si los acontecimientos españoles no fueran sino la sombra de aquellos otros del Cuzco; sin más variante que ver trocados los papeles, y humillado al que humilló. Bayona vale por Caxamalca. Poco a poco es empujado Carlos, burla burlando, de Burgos a Vitoria, de Vitoria a las márgenes del Bidasoa, por el callejón de las tropas francesas que le hacían corredor inexcusable hacia Bayona. Lo mismo fué con Atahualpa. Y allá tiene que ir el rey y quedar cogido en las redes astutas del emperador, tal como Atahualpa fué cogido en las del capitán Pizarro. Red por red. España hubo de conocer así aquel mismo dolor que conociera el Perú viendo a su legítimo rey rebajado a ridículo pelele. Y aquí no acaba el paralelo. Porque si Atahualpa perdió el poder, también lo perdió Carlos IV; y si, en último término, los Incas perdieron para siempre sus dominios y América fué para los españoles, ahora, bajo la estrella napoleónica, España perderá de una vez toda América. Poco importa que España se recobre después, y que entre proezas sin cuen-

to arroje al invasor. La tarea secretā de Napoleón, la que él mismo ignora, ya está cumplida. La invasión a España era una finta. El verdadero golpe, la independencia de América. No sé... no sé... Pero sí juraría que Napoleón no fué sino el avatar vengativo del Inca y que Carlos no fué más que la sombra de Pizarro. No sé, no sé. Lo cierto es que Napoleón está en guardia a la hora justa del destino y que no sólo agarrota los miembros de España sino que, alborotando y revolviendo el continente entero, impide hasta lo ineluctable que nadie tenga poder suficiente para intervenir en las cosas del nuevo mundo. Ni Francia ni nadie. Y, sin saberlo, decreta la libertad de América, inexorablemente.

III

Entretanto, España ha cumplido todo su ciclo en América, y Carlos III, el más tutelar de los reyes, lo ha dejado todo listo para el primer ensayo de la libertad. La madre de naciones ha terminado su misión. Todo está consumado: desde la sublimidad del milagro conquistador hasta la sublimidad del último sacrificio.

América es libre. Ya no hay ningún inconveniente en que Napoleón sea arrojado de España. América ha nacido. Napoleón, a su vez, ha cumplido su verdadero destino.

LIBRO II
POSTRIMERIAS COLONIALES

CAPÍTULO VI

LA FORMACIÓN DE RIVADAVIA

I

En medio de tanta oscuridad como envuelve los veinticinco primeros años de Rivadavia, de quien apenas se conoce dónde estudió, se quisiera saber cabalmente cuáles fueron sus lecturas, cuáles sus maestros predilectos. Como no sea la fecha justa de su nacimiento — 20 de mayo de 1780 — nada exacto sabemos del gran prócer civil en toda su primera época; pues si conocemos por sus biógrafos que cursó estudios en el Real Colegio de San Carlos, ignoramos los años precisos en que los realizó, y con ello y en torno de ello, multitud de circunstancias preciosas. Algo se encuentra, sin embargo, en una breve monografía, muy difícil de hallar, que escribiera adolescente aún, don Pastor S. Obligado, con el título de *Rivadavia* (1).

Sabemos por esta monografía casi escolar, que un sacerdote respetable, el Dr. D. Marcos Salcedo, dirigió la primera educación del patricio, el cual cursó después

(1) Está en la Biblioteca Nacional registrada bajo el número 31.074.

en el Colegio de San Carlos, latín, retórica, filosofía, física y teología (interrumpidos estos últimos estudios por las invasiones inglesas), teniendo por maestros a D. Bernardo Crese, a D. Pedro Fernández, a D. Valentín Gómez, a D. Luis J. Chorroarín. . .

Dieciséis años cumplidos tiene Rivadavia cuando un suceso memorable llenó las calles de la ciudad con resonancia nunca oída. Los estudiantes del Real Colegio se han alzado contra sus maestros, los han preso, los han castigado, han puesto en fuga a la Audiencia que venía de parlamento a reducirlos y se han batido con los veteranos del Fijo.

¿Dónde estaba Rivadavia a la sazón? Si ya asistía — que lo dudamos — a las revueltas aulas, él debió ser de las “bocas inútiles” que los insurgentes arrojaron de sí. En todo caso, Rivadavia no fué a ninguna edad de su vida, hombre de motines.

En cambio, la preocupación de Rivadavia por lo que López ha llamado “filosofía de la riqueza pública”, tan en boga entonces, debe datar de los albores de su adolescencia. Todos, dice López, creían tocar “a las puertas de una nueva Edad de Oro”, tanto por las realizaciones que el nuevo espíritu había logrado en España cuanto por las maravillosas lejanías que no cesaban de mostrar a los cuatro rumbos los enormes relámpagos de la Revolución francesa.

Mas no nos preguntemos — que sería gran candor — qué impresión produjeron en Rivadavia adolescente, autores y libros de Europa. Mucho más influye en un jovenzuelo la palabra directa de quien le lleve diez años de edad, que los mayores genios aunque los haya leído. Diez años le llevaba justamente, y había vuelto de España, imbuído de ideas económicas revoluciona-

rias, don Manuel Belgrano. Es justísimo imaginar a Rivadavia en el corro de los que oían con el alma meditativa la palabra del recién llegado, así fuese en la rueda ocasional de la aristocrática Alameda, o en el atrio de un templo, o en el portal del Real Colegio, ya que no acaso en los salones de la Sociedad Patriótica Literaria y Económica de incierta duración.

Con dos años más que don Bernardino, fué Moreno desde 1804 otro oráculo vivo de la juventud, y dechado, además, de elegancia espiritual con sus borlas de doctor en leyes, tan gallardamente llevadas que el alto comercio tenía de continuo los ojos fijos en él. También a Moreno debió de escuchar Rivadavia con seducida atención, aunque en actitud un poco empinada que le venía de abrigar ideas propias sobre la causa pública, como tal vez lo demostraba su siempre taciturno ensimismamiento; sin contar con la secreta esquizivez que determina la adivinación de una rivalidad inevitable.

II

Bien que se trate de papeles que “parecían escritos en una celda para leídos en un sótano”, según la expresión de Groussac, felicísima como todas las del extraordinario maestro, vale la pena también figurarse a Rivadavia como lector entusiasta de la primera hoja periódica de Buenos Aires, cuando en 1801, don José Antonio Cabello y Mesa fundara *El Telégrafo Mercantil, moral, político, económico* y todavía *historiógrafo del Río de la Plata*. Y aun es posible que al pasar por las calles don José Antonio, los jóvenes se lo señalasen, los unos a los otros, como a espejo de hom-

bres progresistas. Pues a fe que lo era. De suerte que apenas el ánimo enterarse de que hombre tan eficaz acabara sus andanzas políticas en el banquillo, allá en España, según lo cuentan los eruditos prologuistas de la edición facsimilar de *El Telégrafo*, don José Antonio Pillado y don Jorge A. Echayde, bajo cuya dirección ilustradísima, lo mandara imprimir nuestra ilustre Junta de Historia y Numismática Americana.

Yo no digo que este periódico, ni los que vinieron luego fuesen, ni poco ni mucho, los arietes de la revolución. Groussac tiene harta razón cuando lo niega categóricamente sonriendo de paso. Pero sí digo, puesto a juzgar su gravitación sobre algunos espíritus, que Rivadavia, solemne desde su primera juventud, era propenso a una semejante influencia y que *El Telégrafo* debió acompañar muchas veces la meditación de sus noches. Siquiera por esta sospecha conviene mucho saber cuál era el panorama intelectual de la hoja y cuáles sus perspectivas sociales y doctrinarias.

Si Rivadavia sintió desde niño la fascinación de Floridablanca, a la lumbrarada de alguna dogmática afirmación oída *para siempre* en la infancia — y así suele suceder con las fascinaciones —, el anuncio de la fundación de *El Telégrafo* no debió parecerle sino el de que este órgano prolongaría en Buenos Aires el espíritu de los grandes reformadores españoles del siglo XVIII. Debemos creer que el anuncio de la primera hoja pública produjo en la ciudad, un particular estado de alma, entre el ensueño de los unos y el temor de los otros. Quizás era la primera vez que se producía en Buenos Aires un estado de atenta y un poco alarmada curiosidad colectiva. Curiosidad, la hubo muy aguda una vez, pero de los ojos para afuera, cuando llegó el primer vi-

rrey del Río de la Plata. Su espectáculo siguió el destino de todas las teatralidades callejeras — pasar — dejando más bien desazonado que satisfecho el corazón. Ahora se trataba de un acontecimiento del espíritu, de una solemnidad de la palabra. El pensamiento se revestía del manto de la décima musa (la del periodismo lo es) y se mostraba, previo toque de los clarines de la fama, con todo el prestigio de los brillantes heraldos.

Su propósito no era otro que el de suscitar la altas preocupaciones de la cosa pública. La embriaguez, la bribonería, la mendicidad, el latrocinio — filosofaba Cabello y Mesa —, si tenían arraigo en Buenos Aires (¡y vaya si lo tenían!) no sería sino por el abatimiento del comercio, de la industria, de la agricultura, de las artes. Se quería labrar la riqueza. Y a buena hora. Prontas estaban las macizas puertas de la colonia para que tales aldabonazos resonasen largamente. La gente cultivaba ya los aforismos rotundos de la ambición comercial. No hay felicidad sin riqueza, decíase; y en cuanto al lujo, parecía una fruición natural. El país ya sabía que le tocaba ser agricultor y comerciante. De sobra se lo habían advertido los siempre activos buques del contrabando europeo. Y, por de contado, que Rivadavia soñaba como el que más, con un Río de la Plata cubierto de fragatas y bergantines, o siquiera de balandras y faluchos.

Y a la verdad no escaseaban en *El Telégrafo* los axiomas del nuevo dogma de la felicidad. ¿Qué se decía de todos los países en general? “Con el comercio son ricos, sin él son pobres” (Núm. 3). Y de la propia comarca cosas como esta: “No habría provincias que igualasen a las del Río de la Plata, si su comercio fuese proporcionado a la extensión y riqueza de sus fondos” (ibidem).

No, yo no digo que *El Telégrafo* fuese un ariete revolucionario. Pero es incuestionable que sirvió desde el primer número a la causa de la ambición nacional de alcanzar riqueza, sin la cual no hubiera habido ni revolución ni independencia; por donde hasta con aquellos pésimos versos en que se cantaba al alígero Mercurio, *El Telégrafo* cumplía una misión suscitadora. Y lo mismo afirmo de la oda de Labardén, que ofreciera en su arrebatado canto al Paraná, una imagen de la futura grandeza argentina. Poco importa que todo estuviera por hacerse, desde la elemental salazón de tocinos hasta la fabricación de lonas. Lo esencial, de seguro, era afirmar que tantas y tantas eran las riquezas nacionales que apenas había cómo inventariarlas, tratárase de los cueros, del algodón, de los frutos, de las minas. Lo esencial era decir y repetir, con la magia de las primeras letras de molde, indelebles como un tatuaje, que no había en la redondez del globo tierras más pingües en producciones, y que por sus ganados no había absolutamente reino alguno con que equipararlas. Desde este punto de vista, la hoja fué un ariete, y el juicio entusiasta del general Mitre sobre *El Correo* de Belgrano no hubiera tenido nada de excesivo aplicado al heraldo de Cabello y Mesa. Después de todo, los lectores del Plata, a quienes se dirigía el "folio volante" eran, aunque se llamasen criollos, aquellos mismos españoles de la conquista. Si tanto pudo en ellos la ambición de riquezas, mucho, muchísimo podría también sobre estos otros. "Porteños pintureros", se decía por el continente, a poco de rechazado el inglés. Y era cierto. Pintureros eran los porteños, como cualquiera lo es en las vísperas vanidosas y orgullosas de una riqueza segura.

III

De otra parte, la hoja era como un termómetro que mostraba en cifras evidentes el crecimiento incesante de las operaciones comerciales del emporio porteño, cuya actividad subía de punto, apenas una guerra entre España y Portugal, verbigracia, lo libraba a sus propias exclusivas fuerzas. ¡Qué paradoja más revolucionaria esa de enriquecerse en el aislamiento?

¡Cómo no imaginar a Rivadavia atento lector del periódico, si de todas las partes del virreinato, y aun del Perú y de Chile, llovían cartas y "rasgos" (así se llamaba a los "suelos" o artículos) sin que alcanzase jamás la mezquindad del espacio? Señal clarísima de que se necesitaba el periódico, y manifiesto signo de que América, como quien se apresta para un esfuerzo de conjunto, quería con premura conocerse a sí misma.

Y realmente fué grande el empeño del editor por todas las cosas de la cultura americana. Y aun le vemos llamando a concurso y ofreciendo premios (ora el periódico gratuito, ora un doblón de a cuatro pesos) a quien presentase legajos de antiguas fundaciones o al que mejor respondiese sobre cómo progresarían más, y más rápidamente las provincias argentinas, en comercio, en agricultura, en industria, en población, en navegación, en policía. Tan ufano estaba de su obra el editor, que estampaba en el número 15 este jactancioso desafío: "Repasen mis amados críticos, los diferentes periódicos de Europa y verán si este *Telégrafo* es muy inferior a aquéllos en su nacimiento". ¡Y qué jardín de hermosas flores no se prometía hacer con él!

Podía estar ufano el editor. Denotando un efectivo

progreso, su órgano mercantil, "primer folio volante que ha disparado en su infancia literaria esta preciosa capital de la Argentina", creaba secciones nuevas, pequeñas, minúsculas, pero no carentes en absoluto de interés; tal, por ejemplo, la muy pintoresca de las "afecciones meteorológicas", nutrida con los datos concernientes a la altura del termómetro de Reaumur, a la elevación del barómetro, en pulgadas, a las observaciones del higrómetro, a los vientos dominantes y al general estado de la atmósfera, ya clara, ya variable, ya revuelta, ya en fin, "soltando nubes"...

Protegida algo más que de palabra la agricultura, la gente se daba toda la maña que podía. Ahí tenéis a Francisco Arellano, sargento retirado, inventando una máquina para limpiar el trigo con que se ahorraba el trabajo de dieciocho peones. Y ahí tenéis por parte del Real Consulado del Virreinato, el no demorado estímulo en el premio de cien pesos fuertes que se ganó el inventor.

Ariete... no sé; quizás no lo fué en nada ni por nada *El Telégrafo*. Pero suscitador, sí que lo fué. Y sembrador de aforismos como este: "La misma naturaleza dicta la ciencia económica", que acaso dejó pensativo a Rivadavia, ya solemne en sus veinte años, forjando especulaciones de riqueza pública, y planes para la patria del porvenir, muy a lo ministro de Carlos III, y muy, sobre todo, a lo Floridablanca, ¡vive Dios!

CAPÍTULO VII

PAPELES DE LA COLONIA

I

Cuando en 1802 apareció “El Semanario de Agricultura” de don Juan Hipólito Vieytes, en prevista sustitución de *El Telégrafo Mercantil*, la ciudad, en general, debió sentirse perdidosa, aunque una momentánea inquina contra el condenado editor Cabello y Mesa no lo dejase confesar. El nuevo periódico — simple cartilla agromónica — no valía lo que el otro. La gente debería echar de menos la relativa amplitud del órgano suprimido: sus versos, ya ditirámicos, ya satíricos; sus páginas literarias o anecdóticas, o siquiera las noticias comerciales y navieras con que solía tener la plaza al día.

En cambio, los hombres dirigentes debieron alegrarse de esta franca consagración a Ceres. Parecíales de suma urgencia que un espíritu práctico encarnase en las nuevas sociedades americanas. Había que sacar triunfantes en el continente las verdades que Carlos III había puesto en boga. Debía saberse al fin que “la agricultura es la base de las sociedades”. No trabajar totalmente para el servicio de esta verdad reputábase conspirar con-

tra ella. Acaso *El Telégrafo*, desde mucho antes de sucumbir, estaba acusado de frivolidad, aun sin contar con la escandalosa impresión que produjera en sus postimerías tal cual epigrama o satirilla festiva.

Los “sabios argentinos y peruanos” que inspiraban la hoja, no satisfacían el espíritu exclusivista de Vieytes. Los del acabado *Telégrafo* habían querido confesadamente “introducir, plantar y conservar en estos países el *buen gusto*, reuniendo los esfuerzos que, a porfía, hacen hoy todas las naciones que cimentan y elevan sobre el más alto grado de perfección las ciencias, las artes, la literatura, el comercio, la filosofía...” Mucho, muchísimo para los tiempos. Fuera de que todo eso olía demasiado a Lima y hasta traslucía un vano fausto intelectual de tertulia perulera. Vieytes no estaba para estos lujos humanistas en su fiereza dogmática. El sería ante todo un periodista agrónomo. De esta guerra murió *El Telégrafo*, y no precisamente de su escarceo sociológico sobre el estragamiento de las costumbres porteñas.

Murió el papelito de Cabello y Mesa, su “folio volante”, ajusticiado por implacable virrey, y fué la hora de Vieytes. Este era un hombre de fe atravesando una época de esperanza. Creábanse en toda Europa (lo decía el prospecto de *El Semanario*) sociedades económicas, al paso que se erigían por doquier cátedras de agricultura. Urgía que las ricas verdades de la hora llegasen al seno mismo de los labriegos argentinos. Se ensayarían nuevos métodos de propaganda. Ambas potestades, la del Estado y la de la Iglesia, se unirían en un esfuerzo redentor. Los propios párrocos de las más apartadas comarcas serían invitados a derramar desde el púlpito los nuevos principios de la agronomía, los renovados preceptos de la industria. Había que salir de una vez de

“los cuatro granos de trigo y maíz” que era toda la corona de Démeter en el Plata. El cardo y el abrojo alfombraban los campos, ante los cuales yacía el agricultor en la miseria, ignorante de cuantos bienes le ofrecía la salvadora ciencia agronómica y el hada buena de la química. Pero sonaba la hora. Un vasto programa de economía rural transformaría la tierra.

Estaba por comenzar la primavera cuando apareció el periódico de Vieytes, con lo que debió resultar muy puesto en razón y sazón el canto eclógico de la primera entrega: que esto quería ser, en el fondo, la letanía de principios agrícolas que lo informaba.

Agricultura... Comercio... Industria... Educación... Estos eran los puntos cardinales de la nueva hoja. Y nada de lujo ni de artes como preconizaba la otra de prohibida recordación. El ascetismo económico de Vieytes no lo consentiría jamás. A lo práctico. “Producir dos espigas de trigo en lugar de una” debía ser el lema de los sembradores. Buenos Aires estaba rodeada — y había que percatarse por fin — “de terrenos fértiles y agradecidos”. Mas era menester cultivarlos y, asimismo, propender al incremento de las industrias. También había que despertar al comercio, suscitar “la agitada y viva circulación de las permutas”. La verdad es que se despreciaban los oficios en lugar de honrarseles, y que faltaba una sólida educación moral. Prueba cierta de todo ello, la abundancia de célibes. El celibato iba siendo el natural estado civil de estos reinos. Por donde se ve...

II

Por donde se ve que no andaba tan lejos de la verdad el castigado editor de *El Telégrafo* en su lucubración moralista. ¿Suya? Suya no. Prohijada por él solamente. Carlos Correa Luna lo ha dilucidado muy bien en la Junta de Historia y Numismática en brillante página, con esa su inherente elegancia del decir y aquella su mordacidad irónica, tan exenta de maldad, que no es en él sino una forma apenas disimulada de la simpatía.

Volvamos, sin embargo, a la famosa diatriba del *Telégrafo*, y sepamos de una vez lo que allí se dijo. Autor o padre putativo de la disquisición, Cabello y Mesa zahería hoy, en prosa, males que no hacía mucho zahiriese en verso. Y acaso era tanto su espíritu de verdad, ajeno a cualquier rencor calumnioso, que, para decirlo con sabor de época, "el daño mismo lo publicaba, no él".

Dijo, en suma, aquel artículo (*Política*, tomo V de *El Telégrafo*, número 2) que Buenos Aires estaba hecho para la holgazanería y el ocultamiento. Nada tan fácil como vivir a la buena de Dios en comarcas donde abundaba el ganado y la pesca. Si ha de hablarse de esta última, tanta era, que no había viernes de vigilia en que treinta y también cuarenta carretas no viniesen cargadas de pescado a la ciudad. Ahí, pues, de los aventureros que en crecido número llegaban de España, con tan propicia estrella que luego encontraban los agasajos del dulce trato de las porteñas.

Llegaba Pedro, de España — un plebeyo —, y apenas desembarcado la cortesía local lo saludaba de don. Y, *don* Pedro por aquí, *don* Pedro por allí, el advenedizo empezaba a medrar. Quintas y estancias esta-

ban abiertas a una pródiga hospitalidad, no ya de horas, sino de semanas y meses. Las niñas criollas se desvivían por los españoles; y como de hecho había doce mujeres por cada hombre, la competencia era mucha, la puja grande, el recato poco y el caer casi seguro. Una de cada treinta lograba casarse. Para las demás la corrupción o la soltería. Y, por de contado, que los españoles aventureros no venían a casarse, ni había mayormente para qué, con las criollas enamoradas y frívolas. Para mujeres, las de España, cuando el aventurero retornase enriquecido a su pueblo. Aquéllas sabían del huso y de la rueca; estas de aquí, sólo del tocador y de la conversación en el estrado.

Nadie venía a trabajar; todos, más bien a medrar a la sombra de algún pariente rico. A pelotones venían, de Viscaya, Asturias y Castilla, y era casi toda, gente de trueno, alucinada con la opulenta promesa que en su nombre mentía el Río de la Plata. Constante era la deserción en las escuadras reales que por aquí tocaban, y así en los buques de guerra como en los correos y mercantes. Buenos Aires estaba hecho para el fácil ocultamiento. Caballos sobraban para eludir por esos campos la persecución del alcalde. Era facilísimo, además, construirse un rancho en las afueras o simplemente arrimarse de aparcerero al que ya lo tenía. Y de esta suerte, en todo estaba "el mal hábito de la vida bribona", con lo que se cargaba el país de hijos naturales y gentuza de mal vivir. Finalmente, los negros y mulatos de los suburbios sólo servían para esconder a los esclavos prófugos y a toda la negra calaña de la perdición social.

A todo esto, ¿por qué no pensaba el gobierno en empadronar a tanto y tanto vagabundo? No pocas sorpresas se llevaría entonces la justicia. Solteros había por

estas tierras que estaban casados en España, y mozos de don y señor con infamante proceso en la península. Y entre la soldadesca era peor, porque el pésimo régimen de las milicias españolas prefería el soldado soltero al casado. Y así andaban los tales, hechos una sola epidemia secreta. Entretanto, San Julián, Santa Elena, Bahía, Puerto Deseado y las Malvinas clamaban por habitantes . . .

Todo eso, más o menos, fué lo que dijo *El Telégrafo*; glosa circumspecta tan sólo de las letrillas festivas con que el editor desahogara su pecho, allá en enero, horrorizado con las libres costumbres platenses:

Que doncellas y casadas
se pongan a desnudar,
a presencia de mil hombres
quando se van a bañar:
¡Lindo exemplar!

Que también puso en otro metro:

Y de la que al baño
con blancos y negros
se entra sin decoro,
pudor ni respeto:
Reniego.

Como también motejó de relajadas las costumbres de las niñas callejeras en ambas letrillas:

Que Leonor tenga una hija
de presencia regular,
y con la Negra la envíe
a las tiendas a comprar:
¡Lindo exemplar!

O sea:

Y de la que deja
sus padres durmiendo
y anda con la negra
la ciudad corriendo,
¡reniego!

Ello es que ante la nueva andanada (y me afianzo en la sospecha de que respiraba verdad), criollos y españoles, perfectamente solidarizados, respondieron a la ofensa con el anatema. La sociedad del Plata era una sola, y toda a la vez, peninsular o nativa, se sintió herida. Vieytes mismo, el futuro padre de la patria, no sabría decirnos de qué se ofendió más la ciudad, si de puro criolla o si de puro española . . .

III

Pero ya estaba de pie, nuevo guardián, *El Semanario*. Y el editor transcribía ya en su hoja, docente hasta el sopor, cuanto pudiera ser de utilidad general. Y ora enseñaba el modo de conservar la manteca, ora el de beneficiar la cera, ora el de mejorar las lanas, ora el de conocer la buena condición de las harinas. "Inundados de ganado los campos", sólo faltaba la libertad de comercio para granjearse el debido provecho, si la autoridad ponía coto, al fin, a la ciega matanza de animales, vergüenza y aflicción de la patria.

Ya estaba de pie, nuevo guardián, *El Semanario*, para explicar a sus lectores la curación de los viñedos, para proponer la navegación del Bermejo, para estudiar la mejor formación de las estancias, para difundir los nuevos métodos de la fabricación de quesos, para ofrecer, en fin, un curso sintético de agronomía como

aquel dialogado que llevó tantos números y que principiaba: "Pregunta: ¿Qué es Agricultura?"

Ya estaba de pie, nuevo guardián, *El Semanario* para proponer con urgencia la solución de los problemas nacionales. Abí se extendía la tierra.. ¿pero cuánta? ¿Y cuál su valor? La verdad económica se imponía sola: "Para dar valor a las tierras es menester poblarlas", enseñaba Vieytes (Núm. 26, pág. 201). Había que darlas en propiedad y sin costo alguno a quienes solicitasen habitarlas y servir las. Había que movilizar los productos. Mercados semanales y ferias anuales serían dos cosas de muchísima utilidad en el Plata. En cuanto a las incursiones del indio, la solución era una sola: correr la frontera hasta el Río Negro.

Atención al *Semanario*. Don Antonio Cabello y Mesa, "filósofo indiferente", se trazaba como superior finalidad de sus conatos — digámoslo a la antigua — constituir una sociedad patriótica literaria de hombres instruidos y cultos. ¿Y Vieytes? Vieytes no estaba para esas zarandajas peruleras. Una sociedad urgía, sí; pero no de artes y literatura; una sociedad de agricultura...

—¿De agricultura, señor Vieytes?...

—De agricultura... Sí, señor virrey.

CAPÍTULO VIII

RIVADAVIA Y LOS PAPELES COLONIALES

I

Hoy nos parece aburrido *El Semanario* de Vieytes. Verdad. Pero en su tiempo no lo era. Entonces cada renglón de cada *rasgo* (esto es, artículo), llevaba el eco de alguna intensa realidad del ambiente. Lo que no estaba en las líneas estaba en las entre líneas: a tal punto no había idea que no pugnase por manifestarse a los hombres.

Era obvio el aumento de la riqueza pública y notorio el crecimiento de la población. Ahora se recogían los frutos de las grandes administraciones de Cevallos y Vértiz. Por otra parte, Cerviño, Azara, tantos más, eran presencias bienhechoras para el espíritu. Salta y Tucumán se enriquecían. Mendoza y San Juan principiaban a coronarse de pámpanos. Buenos Aires se llenaba de ideas; o, para decirlo con López, de abogados *programistas*. Estos abogados no hablan, no, del Fuero Juzgo ni de las leyes de Partidas ni de la Recopilación de Indias. Estos abogados filosofaban en los salones so-

bre las verdades políticas y económicas que Europa acababa de descubrir. Era la moda del tiempo hablar de política. Una moda y un deber: todo junto. Así es como daba lustre pleitear por el comercio libre de América, siquiera fuese en la mesa de un café. Hoy nos parece aburrido hasta el sopor *El Semanario*. Pero de veras que estaba el pobre, henchido de realidad y de enérgica vida.

Además, era otro muy distinto el ritmo de las ideas, antaño. Las ideas se espaciaban en latas contemplaciones, entonces. Fuera de los buques no había otros mensajeros en el mundo, y los buques llegaban de tarde en tarde con sus mensajes. La imaginación, mientras tanto, trabajaba sola entre el buque recién zarpado y el buque por avistar. No se atropellaban las noticias como ahora... Una noticia, la más grave, presentábase primero como un incierto anuncio y esta nube inasible se quedaba cernida días y días sobre el cielo de la ciudad. Mientras llegaba su anheladísima confirmación, la ciudad conocía esa cosa enorme como de atalaya en la noche que ya no conoce más: la expectativa. Expectativa de días, de semanas, acaso; y en habiendo bloqueo, tal vez de meses.

No había idea — decíamos — que no buscase encarnar en su obra correspondiente. Por abstrusos que fuesen, los principios económicos se concretaban muy pronto, claros y precisos, en el cuadro de algún problema local. La inteligencia tenía sed y hambre de estas cosas, precisamente. Por eso es que no hay artículo original, ni apenas trascripción de *El Semanario* — pongamos por caso — que no diga mucho más de lo que dice. No era sólo el juego de las ideas. Era el juego de las esperanzas. Todos sabían que estaba por operarse una metamorfosis. ¿Cuál y cómo?

A todo esto, se había creado con el progreso urbano una institución de incalculable trascendencia. ¿El Consulado? No. El café. Y sépase de seguro que Belgrano será mucho más útil en el café que en el consulado.

Dos cafés había, nos lo cuenta López: el de los Catalanes y el de Mallcos. El café es un club revolucionario, de suyo. ¿Quién entra ahí? Ese que entra es Manuel Belgrano. Cuando él se sienta en rueda de amigos hay un corro que lo escucha. Y no es un corro de señoritos, vamos al decir. Quienes lo escuchan son los *chisperos*, como se decía entonces. Ahorrémonos una difícil definición que hasta nos complicaría con el barrio de Maravillas de Madrid; ahorrémonosla con dos nombres que son dos retratos: French y Berutti eran *chisperos*. Item más, el pueblo está muy cerca, todo oídos. ¡ Y bien que lo alcanzan los ecos de las sonoras abogacías! Ahora es menos que un coro; pero ya lo veréis mañana frente al Cabildo.

¿Y cuando había señoras? Porque si Cabello y Mesa no se enfadó gratuitamente, de puro ripioso, en su sátirilla del reniego, solían meterse las porteñas en aquellos mentideros, por lo menos en verano:

Y de la que osada,
con raro denuedo,
al café se entra
para beber fresco,
reniego.

Entonces, habiendo señoras, el tono de los discursos se acomodaría a las circunstancias, y la visión de una patria más fuerte y más rica, pediría palabras de particular galanura.

Sobraban temas. Preparando los sucesos, surgían por

todos lados "apuntamientos para una reforma en Europa y América". En Buenos Aires, por de pronto, los patricios ya tienen sus puestos: son y quieren ser los sacerdotes de la riqueza pública, o, cuando menos, vecinos opulentos, comerciantes de pro. Vieytes y Rodríguez Peña, asociándose para fundar una jabonería modelo, no constituyen de ningún modo una excepción. Todos están exaltados de esperanzas. ¡Belgrano les ha llenado la cabeza de ensueños!

II

Ahora, si queremos saber algo verdadero sobre el Rivadavia de comienzos del siglo, retornemos al Café de los Catalanes. Difícil será que no esté, si están los otros. Ya tiene más de veinte años don Bernardino. Abogado en ejercicio, ya que no comerciante con giro de sumas cuantiosas, pone sus ambiciones tan alto como el que más. Será por eso que es tanta la dignidad de su persona. Ahí está. Lo podemos distinguir entre cien, por el aire grave y por la amplia frente, ya que no sea por el cabello renegrado ni otras arbitrarias señas personales, que por sacarlo mulato hubo de adjudicarle la persecución federal. (1).

(1) Tengo al respecto en mi poder esta certificación decisiva del ilustre historiador y director del Museo Histórico Nacional, Dr. Don Antonio Dellepiane:

Buenos Aires, 6 de diciembre de 1928.

Señor Dr. Arturo Capdevila.

Mi apreciado amigo:

Contrariamente a la opinión de los historiadores que, sin documentarse previamente, atribuyen a Rivadavia ojos y cabello negros,

Habla Belgrano, y por ventura el que más hondamente lo escucha es Rivadavia. Belgrano frisa en los treinta y dos años, y es lo cierto que nadie en la ciudad merece más que él la atención de los jóvenes. El futuro general argentino, por el momento, no tiene nada de futuro general, a pesar de sus despachos de capitán de milicias. ¿Qué era, pues? Era un hombre de leyes que había visto mundo. Había estudiado en Salamanca, en Madrid y en Valladolid; y bien que contara, a dos mil leguas de los suyos, "con una libertad indefinida" amén de cuanto necesitase "para satisfacer sus caprichos", él se aplicó al estudio dentro y fuera de las aulas; dentro, como aprovechadísimo alumno; fuera, buscando, como quien busca oro, la amistad de los "hombres amantes del bien público".

Ese era también su grande amor: el bien público. Y lo leía todo, en mira de ser útil a su patria algún día. Lo leía todo, inclusive libros prohibidos. "Para tranquilidad de su conciencia y aumento de su erudición"

el prócer tenía el pelo castaño, es decir del matiz de la cáscara de la castaña. En cuanto a sus ojos eran pardos de color. Todo lo cual resulta rigurosamente establecido por el magnífico retrato de don Bernardino pintado del natural en Londres en 1819, que posee el Museo Histórico Nacional al que le fué donado por la señora Isabel C. de Rivadavia.

Con los ojos de Belgrano ha ocurrido algo parecido. Mitre, habitualmente prolijo hasta en el detalle, escribió que eran de color azul oscuro. Con una serie de documentos gráficos fehacientes afirmé que fueron de color caramelo o topacio. Ello no ha obstado sin embargo para que algunos historiadores de nota insistan en el error; tan difícil resulta destruir afirmaciones falsas, una vez lanzadas a la circulación en letras de molde, sobre todo cuando las abona un nombre autorizado.

Su amigo de siempre.

ANTONIO DELLEPIANE.

suplicó desde Salamanca “al beatísimo Padre”, permiso “para leer y retener libros prohibidos en la regla más amplia”: *pro indulto legendi et retinendi librorum prohibitor in ampliori forme*. Y lo obtuvo tan completo que por toda su vida le quedaron francos los libros de autores condenados y aun herejes, sin otra excepción que las obras de astrología judiciaria y los ex profeso obscenos(1).

Pasan vanamente los años, poco puede en el Consulado un paladín reformador; pero Belgrano sigue fiel a su ensueño. Fomentar la agricultura, animar la industria, proteger el comercio: he ahí los caminos del engrandecimiento rápido. La sala del Consulado es sorda a su palabra; pero los muros del café vibran y resuenan con ella. El café se llena con los ecos de su apostolado. No hay materia más útil que la agricultura; tan digna, que siempre fué la delicia de los grandes hombres. Vieytes asiente con la cabeza. Cita en su abono el nombre de Cincinato y hasta el de Osiris... Lo mismo que en la célebre memoria de 1796. Todavía más... ¿Más? Pues sí. La agricultura encierra el recóndito pensamiento de Dios. ¿O no se está viendo cómo las estaciones varían al sólo fin de que la tierra engendre y descanse alternadamente? La agricultura es el manantial de los bienes y la manifiesta bendición de Dios.

(1) Constancias de los “Documentos del Archivo de Belgrano”, publicación del Museo Mitre, y de la “Historia de Belgrano” del general Mitre. Me han sido utilísimos también los dos tomos de la “Historia de las leyes” del doctor David Peña, y los preciosos volúmenes relacionados con la Revolución, de la “Biblioteca de Grandes Escritores Argentinos” que dirige con pleno acierto el doctor Alberto Palcos.

Y Rivadavia escucha profundamente. Hacen rueda también, como contertulios o como chisperos, don Vicente López, don Esteban de Luca, don Matías Patrón, don Agustín Donado, Chiclana, el de la palabra inflamada, Paso, el de las destempladas impaciencias. Están todos, excepto Moreno que anda por Chuquisaca. Están todos, y no se pierde la palabra del prócer. Pero, tocante a las cosas de la agricultura, uno solo será el discípulo genuino, el que reciba la antorcha y alumbre nuevos senderos: Rivadavia. Los otros, a lo Vieytes, se quedarán en la noción agrícola; Rivadavia, dominará las alturas de la cuestión agraria.

Belgrano da definiciones precisas y enlaza sus verdades, unas con otras. "¿Qué cosa es comercio? Es el cambio de lo sobrante por lo necesario". Pero ¿cómo habrá comercio en el Plata si no florece la agricultura? Y se apoyaba, desde luego, en la autoridad de Quesnay. ¡Ah, sí! Había que enamorarse de estos ideales. Él, por su parte, no tenía otro anhelo que el de contribuir al general provecho, realizando tales trabajos que le diesen renombre. No en vano había respirado en la España fronteriza de sus mocedades el aire de fuego de la Revolución Francesa. No en vano se había enamorado desde entonces de las grandes fórmulas revolucionarias: libertad para todos, igualdad para todos, propiedad para todos.

En ambiente como aquél, familiar, casero, de un Buenos Aires aldeano, la palabra viva es muy más de considerar que la palabra escrita. Por eso he querido figurármelo a Belgrano en el café con sus amigos. Yo no sé ni necesito saber cuánto vale por su poder dialéctico o polémico una página de Manuel Belgrano. Pero bien se me alcanza cuánto puede en sus labios, y en

aquel teatro silencioso, una sola frase suya, sentenciosamente dicha. En épocas de titanismo como aquélla, las palabras son relámpagos, y aunque nada sepamos de los espacios que alumbraron, nosotros, los que un siglo después oímos el último apagado rumor del primitivo trueno, jamás pondremos en duda su luminosa potencia de revelación fatídica.

Mas no nos apartemos todavía de Rivadavia. Y ante su cabeza pensativa, recordemos — dato de Gutiérrez — que el presbítero Pedro Fernández fué su maestro desde 1790; el buen presbítero Fernández que tanto sabía de agricultura y tanto de las Geórgicas y de las Églogas. . . Con lo que la palabra de Belgrano caía en el espíritu de Rivadavia como una rica semilla en un fecundo surco.

¡Como una rica semilla en un fecundo surco!

CAPÍTULO IX.

LA CIENCIA DE RIVADAVIA

I

Queremos hacer un alto en los estudios que hemos emprendido tendientes a esclarecer el pensamiento económico de Rivadavia sobre la enfiteusis, a la luz de las ideas que nos legara España, justamente en las vísperas de nuestra emancipación. La simple novela de la historia no necesita de tales altos; la historia filosófica, sí. Y ahora queremos hacer un alto de meditación en la buena, en la excelente compañía de dos espíritus emparentadísimos: con José Manuel Eizaguirre y Ricardo Levene, autores ambos de sendos libros de historia argentina en que ésta aparece todo lo española que lógicamente debe aparecer.

Pero todavía hay que cuidarse mucho en estos climas inmigratorios para sostener el españolismo de nuestra historia, que no pocos querrían considerar como nacida de la tierra en mítica espontaneidad autóctona. Yo sólo sé, por mi parte, que anhelando llegar a la verdad en mi asunto, he de dar al Plata lo que es del Plata, y al Manzanares lo que es del Manzanares. Pres-

cindir del antecedente hispánico podrá permitir apreciar un fenómeno, pero quita toda probabilidad de conocer su clave; y ante ideas de un gran horizonte como aquella de la enfiteusis rivadaviana, tal prescindencia sólo conduce a perderse en anécdotas legislativas sin ningún sentido, toda vez que no se desciende a la discusión doctrinaria del legislador, como en algunas monografías demasiado parecidas a despreciables libelos.

El pasado en el presente es la obra de Eizaguirre; *Investigaciones acerca de la historia económica del virreinato* es la de Levene. Ambos libros, fundamentales; y ambos autores, maestros de verdad.

Ocurre, pues, a lo largo de una investigación sostenida, sentir la necesidad de visitar otros espíritus que desde la eminencia de elevadas concepciones hayan contemplado en perspectiva algunos de los caminos por donde fueron o irán nuestros pasos. Cosa grata visitar así escogidos espíritus en las moradas de sus libros.

Pero, en esta materia, ¿quién dudará que hay libros de los que se leen sólo a busca de datos, que es casi no leerlos; libros-almacenes, en que nos surtimos y abastecemos de pasada; y otros, en cambio, que son como moradas del pensamiento histórico, donde nos place recogerlos silenciosamente a meditar? Son moradas que visitamos tan sin prisa, que no tenemos cuenta con el tiempo. Gustamos de que la noche nos sorprenda en ellas, hasta que se enciendan las lámparas de la mansión.

Así entramos, por ejemplo, en el libro de Eizaguirre *El pasado en el presente*. Ahí resuena un acento sabio; una voz de serena vibración como pocas veces hemos oído: voz de un hombre que ha pensado mucho; que

ha velado mientras los otros dormían; que ha dado cotidianamente su enseñanza a un pueblo ávido, sin otro amor que el de la enseñanza misma, pues en cuanto a la gloria, tan escasamente la buscaba, que escondía su obra en el anónimo. Con lo que acabo de perfilar la figura del periodista perfecto, capaz ahora, para diario servicio de las generaciones presentes, de mirar con hondura el pasado; nuevo tipo de historiador de que resulta dechado Eizaguirre.

La historia, desde el periodismo avizor, alcanza nuevas dotes. Estará hecha sobre todo de claridad, y será su norte la simplificación de los problemas. Nada de exornarse vistosamente con vanidosas galas discursivas: una verdad clara, trasparente, recta, y nada más que esto. Historia que se aligera tanto de toda fofa sustancia que ha de quedar reducida a puro esqueleto sociológico. De tanto ir derecho a la verdad esencial, una historia semejante dejará de lado casi todo el teatro de la historia, y lo que es más, sus comparsas; y, en todo caso, entre el desfilar de los personajes, siempre muy breve, pasarán las ideas, y el manto de los hechos cubrirá apenas la desnudez vigorosa de las causas.

En tal morada como *El pasado en el presente*, la voz del morador enseña que “nuestro origen hispánico debe ser reconocido y proclamado sin las negaciones que antes eran extraídas del acervo que dejó la lucha por la emancipación”; que en la revolución “las energías y el liberalismo de muy buenos ejemplares de la raza renacían en los descendientes hispanoamericanos”. Todo ello fundamentado en la confrontación “de lo que fué con lo que aun muestra palpitaciones de vida”. Y en la amplitud de tales principios va surgiendo el cuadro social de las instituciones en líneas precisas y ri-

gurosas, y se destacan señaladamente las ciudades, las campañas, la raza, la casa, la familia, el poder público, la Iglesia, la Universidad. . .

II

Análogamente, en la *Historia económica* de Levene el pensamiento se dirige a lo hispánico, mirado en largas y abiertas perspectivas por encima del antiguo polvo de las polémicas que hasta ayer no más oscurecía los horizontes, al punto de que no se acertaba a historiar lo argentino sin anatematizar lo español: tales eran los engaños de las polvaredas.

Mas he aquí como un lema este aforismo de Levene a las primeras páginas: "Vano es el intento de ensayar una interpretación de la historia argentina que comienza en 1810, surgiendo instantáneamente de ese momento histórico como de milagrosa fuente". Bien por el contrario: la revolución comenzó en España misma, como que en materia económica — sustancia revolucionaria por excelencia — la bibliografía española del siglo XVIII "anticipó la formación científica de la economía política, en la historia de las ideas". Y no se pregunte por su poder en el Plata. . . La revolución en la plaza no podría hacerse nunca, duradera, sin la revolución en las almas, y como quiera que ésta fué preparada en España, a buen seguro que la historia de la madre patria y sus colonias es una misma, incluso allí donde el mezquino juicio viera sólo oposición y divorcio.

No sólo la revolución en las ideas se hizo en España. Desde este libro de Levene vemos todo el alcance polí-

tico que había de tener la formación del virreinato del Río de la Plata; previa delineación de nuestra propia tierra patria. Lima y Buenos Aires habían sido como un solo foco vistos desde la metrópoli. Pero Carlos III, que lo vió todo y tan bien, sería el primero en reconocer este caso de estrellas dobles.

Bajo este aspecto, si nosotros determinamos la unidad peninsular al tiempo de la conquista, España, siglos después, nos devolvería el servicio, haciendo como un haz de América; única forma de que América saliese triunfante de España. Que después se disgregue este haz, no importa. Lo importante es que dure lo que debe durar; y duró lo que debía. De todas maneras, es admirable el instinto de los pueblos afines en la serie de las correspondencias históricas.

Señalando a un punto lejano, al siglo XVI, vemos como un albor. Es ya en esa hora temprana el despertar de las ideas sociales y jurídicas en la España de Juan Luis Vives, aquel "que formuló una amplia interpretación de la vida económica y social", trae Levene. Con lo que se advierte luego que el ulterior siglo de oro de los economistas españoles no es un repentino portento. El milagro se iba preparando. España, lo quisiera o no deliberadamente, miraba mucho a América para mejor entender sus propias crisis. Mas no era tan fácil entender. ¿Cómo exigir un perfecto tino financiero a la España del siglo XVI, cuando la Francia del siglo XVIII, la de Law, ignoraba aún la verdadera esencia de la moneda?

III

Fenómenos tan complejos — y que llevaban en sí gérmenes de la aparición de naciones nuevas — gastan siglos para esclarecerse del todo. Primeramente, pareció cosa de embrujo, y solamente esto, aquella riqueza del Nuevo Mundo que empobrecía y arruinaba a su poseedor. Luego, había tanta novedad de que maravillarse, tanto relato fantástico que oír, eran por tal manera grandes los asombros de la fantasía, que una ciencia de tanta razón como la económica, no es mucho que no pudiera mostrarse inmediatamente en la general maraña. Hacer materia de gobierno de lo que únicamente era asunto de aventura, verdad que no es poco. La causa de Midas fué reabierta. Midas, el rey fabuloso, era un hombre verdadero en América: quería que todo se le convirtiese en oro, y así le fué. Entre la locura de Midas y el baño en el Pactolo, debe pasar un tiempo razonable. Por otra parte, siendo tantas y de tal magnitud las contiendas armadas de España, y tantas y tan difíciles de precisar las contingencias del comercio, así bajo el régimen de la libertad como bajo el sistema de los galeones, ¿quién entendería en el tejemaneje de tantos encontrados intereses, en que todos se pasaban de listos?

Ciencia ardua como ninguna esa ciencia económica, porque sobre las oscuridades anejas a cualquier ciencia, ésta se ve llamada a engaño por el egoísmo de todos y de cada uno; la defrauda autoritario el poder; la acusa y la condena prepotente la ignorancia; la sofoca la codicia. (Y cuánto más no ocurriría todo esto en las dilatadas tierras americanas. . .). Ciencia insidiosa, por-

que el mal se muestra donde no está, y, peor aun, como no es. Ciencia que, apenas formada, ya ha de conspirar contra el orden existente, porque ese orden es solamente desorden impuesto por ancestral tiranía; ciencia que ha de habérselas con los poderosos y los déspotas, nación por nación, ciudad por ciudad, casa por casa; y que ni aun para las alianzas tendrá suerte, pues el utopista y el iluso querrán prestarle su quimérico auxilio; ciencia en que opina a gritos la desatentada ambición y en que acaba por ahogarse la voz del sabio; ciencia (ahora mismo) en que un asustadizo terrateniente puede poner a George, el enorme, al despreciable nivel de los mormones y de otras locas hechuras de "la fiebre del oro", sin que se conmueva el mundo; ciencia, en fin, para cuya posesión y ejercicio no basta la sabiduría, sino que es menester todavía la virtud del coraje. Ciencia como ésta, ciencia tal, ¡milagro fué que naciese alguna vez, y honra, grande honra, luminosa honra es para España, haberla, si no parido, amantado a sus pechos!

Ciencia para Rivadavia, esa ciencia.

CAPÍTULO X.

DEL "CORREO" A "LA GACETA"

I

Seguía el pesado *Semanario* de Vieytes definiendo la química, explicando la destilación del aguardiente de caña, instruyendo sobre las propiedades del aire y publicando, entre esas u otras zarandajas científicas, algunas reales órdenes, cuando a vista del grande y general cansancio de los lectores hubo de ser trocada la química por la mineralogía: que no fué remediar ni paliar, sino agravar el daño. Menos mal que vinieron un día los ingleses y la realidad del mundo principió a trabajar por sí misma en la conciencia de los hombres del Plata, que poco o nada hubieran sacado jamás de esas vueltas en el vacío del *Semanario de Agricultura*.

Pero arrojados los ingleses, y puesto que el *Semanario* no resucitaba de entre los muertos minerales de su última docencia, pensóse en fundar otro órgano: el *Correo del Comercio*, bajo una nueva dirección: la del futuro general don Manuel Belgrano. Si ayer trató de reinar Ceres, hoy tomaría el cetro Mercurio. Sería repetir el experimento sin mejores probabilidades de éxi-

to. La prensa puede muy poco desde la vaguedad de los principios; y en todo caso su obra bienhechora no lograría la anhelada expansión por las soledades pampeanas.

A todo esto, corría ya el histórico año de 1810; y bajo tales vientos como soplaban, salió por marzo el tercer papel del virreinato. Es dignísimo de leer el prospecto de la hoja, que acaso registre bastante bien el clima social del momento. Buenos Aires se complace todavía en recordar “el ruido de armas” de las invasiones inglesas tan gloriosamente rechazadas. Buenos Aires se llama “la gran capital de la América meridional” y vive ufana de recibir “todas las atenciones del mundo civilizado”, bien explícitas en ese universal deseo de abrir el Plata al comercio libre. “Todas las atenciones del mundo civilizado” cabrán mañana en dos versos del himno, cuando los libres del mundo respondan “al gran pueblo argentino, salud”. Mas por de pronto el contrabando de los libres del mundo es asiduo y alcanza inclusive a la introducción provechosa de libros prohibidos y clandestinas informaciones políticas, que los patricios recogen, ávidos de novedades.

Y aquí diremos que la orgullosa designación de “patricios” era también, en algún grado, una designación separatista. Era de aquellas cosas que se saben sin decir las. Más aún: de aquellas cosas que se definen de un modo y son de otro. “Por patricio se ha de entender — trae una significativa nota del *Correo de Comercio*, en su número del 30 de junio de 1810 — a todos cuantos han tenido la gloria de nacer en los dominios españoles, sean de Europa o sean de América, pues que formamos todos una misma nación y una misma mo-

narquía sin distinción alguna en nuestros derechos y obligaciones". Explicación que está denunciando a voces el resquemor que suscitaba en el español de las pos-trimerías coloniales, si no la palabra misma, el retintín con que sonaba . . .

Entretanto, según el nuevo papel, Buenos Aires que quiere hacerse "eternamente memorable", funda su nuevo periódico para cuanto antes conseguirlo. Se quiere ilustrar a todos, incluso a las clases más ínfimas. Se dice que la prédica de Vieytes no fué vana. Labradores hubo que "pusieron en práctica sus saludables lecciones". Se vuelve a la faena periodística con redoblado brío. Sepa el comerciante, por órgano de la nueva hoja, cuanto debe saber; instrúyase el industrial, alecciónese el labrador. Los genios del continente — se declara con palabra exenta de énfasis — contribuirán a ello "con sus tareas adecuadas". El señor virrey (ya lo es don Baltasar Hidalgo de Cisneros) sostendrá la empresa. Tribunales de las reales audiencias; prelados diocesanos y provinciales regulares; cabildos eclesiásticos y seculares; gobernadores, intendentes y militares del virreinato, y en fin, los individuos del Real Consulado, y todos los buenos españoles de América se levantarán en un solo impulso para elevar en alto el nuevo faro del Plata.

Y salió el *Correo*.

El flamante periódico instruiría al comercio en el abecé de los cambios. Mas era necesario advertirle, para comenzar, que la moneda es una mercancía como otra cualquiera. Así el *Correo* se dió a bregar. Y a dar cuenta de la entrada y salida de buques. Y a tener la plaza al día. Todo esto, sin olvidar el culto de Ceres. Hasta en los versos que alguna vez publicara, entre dos columnas de precios corrientes, se prefería el tema pastoril

como se vió en aquéllos que cantaban las delicias del labriego: un labriego de égloga mentirosa que no ha existido nunca, y menos en la pampa; especie de dulce Adán, muy monógamo, muy cargado de ejemplares hijos y más trabajador que sus bestias, sumergido, no obstante, en la edad de oro de la más cabal tontería campestre.

En medio de estas soporosas ideas fijas fué sorprendido el *Correo* por los grandes acontecimientos de la revolución.

Mas digo mal que fuera sorprendido. El *Correo* no se sorprende de nada; ni aun siquiera se informa de nada. A tal punto la realidad es una cosa y el periódico otra, que el *Correo* ha de ignorar supinamente las cosas de la calle hasta cuando su propio director ande al medio. Semana a semana, el *Correo* aparece, mondo y lirondo, como si nada aconteciese. Bien está que el número del 26 de mayo no sepa nada de las cosas del Cabildo. Pero lo asombroso es que el 2 de junio el *Correo de Comercio* ignorase aún los sucesos. Ni palabra sobre ellos. Nada tampoco el 9. Nada el 16. Nada el 23. Nada el 30. Apenas se puede soportar ni entender el silencio del *Correo*. Pasan los meses y ni un solo comentario. Cambia Belgrano la pluma por la espada y ni siquiera la noticia. La política verdadera, la de cada día, está proscripta del periódico, trátase de la local o de la europea; hay que hablar solamente de los bueyes perdidos, de la agricultura doctrinaria o de los cambios hipotéticos del comercio en general. Porque, eso sí, la aburrida docencia, que tanto agravara Vieytes, continúa en sus trece. Acontecimientos gravísimos llenaban la ciudad, cundían por América, resonaban en las cortes de Europa; y el *Correo* se preocupaba solamente del "modo

único de extirpar las hormigas". Y murió el *Correo* (sábado 6 de abril de 1811) sin haberse percatado de la revolución continental comenzada por sus propios redactores a la vuelta de sus oficinas.

Caso que está mostrando acabadamente la sin par disciplina de la Colonia. Pasara lo que pasara, el *Correo* seguirá fiel al programa de su fundación. La iniciativa individual no existe fuera del gobierno. Tanto precepto sobre libertad de prensa como echó a correr la revolución francesa... y tan poco haber aprovechado. De igual manera, la *Gazeta de Buenos Ayres* es una creación oficial, y no se funda, desde luego, como suele creerse, para criticar los actos del nuevo gobierno. Antes bien, sólo procura suministrar "una exacta noticia de los procedimientos de la Junta"; anatematiza sin duda "aquellas reservas y misterios inventados por el poder para cubrir sus delitos", mas se limita a creer que "el pueblo tiene derecho a saber la conducta de sus representantes". Aunque se abra "la puerta a las advertencias de cualquiera que pueda contribuir con sus luces a la seguridad del acierto", la *Gaceta* se presenta desde el primer número como un papel oficial, ganoso como el que más del aplauso público, deseoso como el que menos de la pública censura.

II

Es que la prensa no había hallado aún el signo de su destino. La prensa debía llegar a ser el espejo de la vida; pero, ¿cuándo fué tan sencillo fabricar espejos? La lámina de cristal no se pule en breve tiempo, Reflejar una imagen con nitidez no lleva sólo un día.

La imagen es insegura y borrosa antes de ser nítida y clara. Lleno de arrugas salió también el cristal de los periódicos, de esa otra fábrica de espejos de las imprentas. Los periódicos serían espejos muy luego; aun no lo eran. Había que bruñir, había que pulimentar. Y si faltaba mucho esmeril, también faltaba mucho azogue.

Por otra parte, los acontecimientos no querían mirarse en aquellas lunas. El acontecimiento, al principio, con un esguince salvaje, no bien muestra su perfil cuando se retrae. No es nada fácil sacar al acontecimiento de su caverna primitiva. Tiene miedo, como de una brujería, ante el espejo del periódico. Falta mucho tiempo aun para que los acontecimientos se civilicen y vengan solos a retratarse en la cotidiana lámina...

Pero apenas nace la *Gaceta de Buenos Aires* el 7 de junio de 1810, ya es un espejo de los tiempos. Es una verdadera hoja pública, animadamente animadora. La Junta sólo quiso, mediante su fundación, comunicar confianza en la pureza de sus intenciones; que la malicia (palabras casi textuales) no se aprovechase de las equivocaciones que siembra a veces el error.

Pues con tales limitaciones y destinada apenas a defender los derechos del rey legítimo, a quien la Junta había jurado fidelidad, la *Gaceta* se muestra muy otra que las anteriores publicaciones porteñas. Por la nueva hoja sopla el aire de la realidad. Mas no porque haya cambiado el espíritu de las publicaciones periódicas. El elemento dinámico surge de los propios papeles oficiales que la *Gaceta* recoge. Son trascendentales los hechos en que se inspiran. Son revolucionarias las ideas que enuncian. Y son cada día más aleatorias las contingencias de la lucha. Hay una cosa patética en cada oficio de la Junta. Se comprende que sus miembros se están

jugando la cabeza. ¿Cara o cruz? La suerte está en el aire. A cada nave que se avista en el horizonte del Plata, tiembla en Buenos Aires la esperanza de los unos, el temor de los otros. ¿Cara o cruz? Sea lo que fuere, se ha pasado de las exposiciones teóricas a las construcciones directas.

Ahora sí que el pueblo responde. Ahora sí que todos quieren leer la *Gaceta*, así tan sólo sea para ver su nombre en letras de molde. El pueblo entero responde a las necesidades y urgencias de la guerra: quién aporta cantidades; quién especies “para la expedición de las tierras de arriba”; quién en fin, no teniendo más que su persona y un caballo, lo ofrece todo de una vez “para caminar con los ejércitos de la patria”.

Hasta los versos cobran un sentido nuevo en la hoja nueva. Se acabaron las letrillas insustanciales y las pastoriles endechas. Ahora ved. Los verbos han despertado y vuelan hacia las formas imperativas. Los adjetivos se han armado y de a tres juntos andan de guerrilleros por las estrofas.

También se acabó la química para la *Gaceta*. Y se acabaron las recetas agronómicas. Y se acabó la mineralogía. El pueblo no entendía palabra y era un puro perder el tiempo seguir por ahí. Ahora se habla de lo que se entiende y la acción se adelanta a las palabras. ¿Agronomía? ¿Mineralogía? ¿Química? Por de pronto había llegado la hora del arado de las batallas, de la mineralogía del fusil y de la química de la libertad. Ayer fueron los consejos sobre la única manera de extirpar las hormigas. Mañana habrá algo muy mejor que eso. Por ejemplo, la enfiteusis de Rivadavia.

¿La *Gaceta* es la vela del buque, y esta vela recoge todo el viento que sopla? Sin duda; pero preferimos el primer símil. La *Gaceta* es el espejo de los tiempos.

LIBRO III

**LA REVOLUCIÓN: SU ESPAÑOLISMO
LIBERAL**

CAPÍTULO XI.

LA MÁSCARA DE FERNANDO

I

Los acontecimientos que hacia 1810 agitan el mundo hispánico son tan superiores a los hombres, que se van desarrollando solos. Es vana cuestión la de preguntarse si los hombres de la Primera Junta fueron leales partidarios de Fernando VII, el rey legítimo, o si hallaron máscara para sus instintos separatistas en la invocación consabida del "amado monarca". En esta nave de la revolución argentina, mejor dicho de la revolución de América, esa gente de la Primera Junta no ha pretendido siquiera tomar el timón y dar el rumbo. Estos notables varones de la Primera Junta, como toda la mejor gente de España y de América se ha corrido a la parte de proa y es solamente la primera en vislumbrar aquello que los demás vislumbrarán los últimos. No hallo ninguna maniobra hipócrita, ninguna solapada intención, ninguna máscara (ni la de Fernando el amado, ni otra alguna) en aquellos hombres que a un tiempo mismo juraban fidelidad a España y sublevaban los pueblos del continente. El destino había ordenado

estar listos para todas las contingencias posibles, incluso para la emancipación. De todas maneras, y pues que nadie sabía lo que había de ser, sólo cabía aprovechar los tiempos y sembrar en la revuelta tierra semilla liberal. Y esto sí que se hizo en Buenos Aires a manos llenas. Saliese o no saliese el sol esperado, esta siembra de liberalismo institucional no se perdería nunca. Y no se perdió ciertamente.

Hay una dualidad muy curiosa, o por mejor decir la fidelidad toma un traje nuevo. Se sirve a la causa de Fernando VII, pero revolucionariamente. Los cargos que conferían dignidad y privilegio en años de los virreyes se visten por así decirlo de demagogia francesa, a ojos de los viejos funcionarios. Este ejemplo es típico: Separados después del pronunciamiento los antiguos oidores y fiscales, son nombrados conjueces en su reemplazo. Y reza el decreto: "Estos nombramientos — palabras de la Junta — han sido extendidos con la expresa condición de que no gocen más sueldo que dos mil pesos, que no tengan tratamiento, ni otro traje que el de abogados. . . . No son obra de un favorito que en contraba en los empleos el medio de satisfacer las pasiones y de comprar los delitos. . . ." De este modo se desacreditaba el pasado, como para hacer imposible su retorno. De este modo se mina el régimen que fué y se viven horas nuevas.

Entretanto ¿qué se quiere? ¿La independencia municipal y casera, o la independencia total? Es clarísimo: se quiere lo que se puede querer, según lo van dictando los acontecimientos. Si algo caracteriza a estos hombres de Mayo es la circunspección. Si de algo están astronómicamente lejos es de la fanfarronería. Por de pronto, he aquí una de las fórmulas de juramento: "¿Jura

vuestra merced a Dios Nuestro Señor y a estos Santos Evangelios usar fiel y legalmente el cargo de conjuer de esta Real Audiencia, votar las causas de su conocimiento con el desinterés, imparcialidad y justicia que previenen las leyes y morir por la defensa de nuestro Augusto Monarca el Señor D. Fernando VII y conservación de sus augustos derechos, observando las prácticas legales del Tribunal y puntual asistencia al despacho de su ministerio?"

El "sí juro" era contestado por un hombre de honor y fe, y no es cosa de poner en duda, sin grave violencia de la razón, la sinceridad de aquellos pechos; bien que admitamos que el morir "por la defensa de nuestro augusto monarca" definiera tan sólo la adhesión perfecta a la Junta que aquella causa invocaba.

A fines de 1811, y no obstante las mudanzas políticas de las Provincias Unidas y la buena suerte de sus armas, el juramento del gobierno subsiste igual: "¿Jura el Superior Gobierno Provisional de las Provincias Unidas del Río de la Plata, a nombre del Sr. D. Fernando VII, a esta Capital y demás pueblos unidos, por Dios Nuestro Señor y sobre estos Santos Evangelios, observar y hacer cumplir inviolablemente el estatuto y decretos que le integran, y que acaba de leerse?"

Cuando el gobierno jura, habla de nuevo con voz solemne el alcalde de primer voto, diciendo:

—"Si así lo hacéis en bendición y pro os sea. Y si no en maldición eterna".

Pero coexiste una cierta dualidad, plenamente sincera, que lo vuelve todo posible. El pensamiento revolucionario es tan amplio que nadie siente repugnancia por él. Frailes, humildes frailes, como aquel fray José Zambrano de grata memoria, pueden dirigirse a la Jun-

ta ofreciendo para soldado al negro que adquirieron para su servicio: porque la patria necesita más de que la defiendan con las armas, que él de quien le sirva en la celda con la escoba...

Donde parecería estar la debilidad de la revolución estaba su fuerza. El liberalismo — un liberalismo de medios y de fines — sería juntamente su siembra y su segura cosecha, con Fernando o sin Fernando, con España o contra España.

Los hombres de la Primera Juntā no tenían nada que explicar. Todo era claro en su aparente turbiedad. Eran simplemente los hombres del deber generoso. Sin embargo, como no jugaban únicamente sus vidas, sino también los destinos de un pueblo entero, helos ahí tan valientes como cautos. Y así nada más digno de alabanza que la honradez sin máscara de estos hombres.

II

Insistimos con sobrada razón. Si fué maravillosa la moderación con que los hombres de la Primera Junta adoptaron la actitud que correspondía ante los hechos consumados de la península, no menos fué moderado y prudente el pensamiento de la revolución en marcha. No será *La Gaceta* quien siembre utopías en el Plata. Originales o transcriptos, sus artículos se inspiran en la realidad bien observada. Muchos no quieren llamarle revolución al movimiento iniciado, sino reforma; reforma general de América.

A todo esto, la guerra se ha encendido por todo el continente. El sentimiento patriótico, sin estancos ni alcaba-

las, corre libre ahora por la tierra americana. Quiéralo o no lo quiera, *La Gaceta* con sólo cumplir su misión informativa siembra la revolución a los cuatro vientos; de todas partes llegan papeles que transcribir: todos con la misma cantinela de la emancipación de América por causa de las particulares circunstancias de España. La guerra se ha encendido; sus llamas devorarán todo lo que deba ser devorado. Se pelea, desde luego, por el legítimo rey D. Fernando contra los que quisieran prestar obediencia al nuevo orden de cosas peninsular. Así se anduvo, ganando terreno casi sin querer. Los caminos se van abriendo solos entre las llamas, y no hay otros. Se acabaron los alegatos. Hay hombres que caen muertos por la patria. La violencia está aflojando lo que debe ser aflojado y está probando la solidez de las cosas verdaderamente sólidas.

Al principio, todo era seguir la marcha de los acontecimientos militares de España. La inmensidad de América no era más que el blanco lienzo en que se proyectaban aquellas lejanas visiones. Ahora, con el transcurso de un poco de historia vivida por cuenta propia, empieza a ser ridículo preocuparse de las anécdotas guerreras de España, en que siempre triunfa el francés, y desentenderse del inmediato espectáculo en que algo nuevo surge día a día. Enormes acontecimientos llenan ya el teatro de América. El nombre de Fernando VII consta siempre en los papeles públicos, pero se pronuncia cada día menos. Es un nombre al que no responde ninguna realidad. El océano carece de eco a tales distancias cuando se le deja solo.

No es que América se haya emancipado aún. Es que los propios hechos militares y políticos de América han cobrado una independencia especial. La providen-

cia ha construído con todos ellos una máquina aparte con ruedas y correas propias que trabaja ya por sí misma. España quedó relegada, por la fuerza de las cosas, a la geografía, a los mapas, a las lontananzas casi irreales de lo que un día fué. Si las manos están en América para hacer, la mente no puede estar en España para pensar lo que ha de hacerse.

Y esta es la situación continental, ya no solamente para los criollos amigos de novedades. Lo es también para los españoles europeos, aquí residentes. Ellos tampoco pueden tener por más tiempo las manos aquí, la mente y el corazón allá. En tiempos revolucionarios, la idea y la acción trabajan juntas o no trabajan de ningún modo.

Difícil parece e imposible será que América entre siquiera a tratar con la madre patria el ajuste de un nuevo orden institucional en lo político y en lo económico. *La Gaceta* del 4 de julio de 1811 es ya explícita: "Es cierto que en el estado presente de América por efectivas que fuesen las ventajas con que se nos brinda, y aunque ellas tuviesen toda la extensión que les corresponde por los derechos más sagrados de que se ha hecho y se hace tan poco aprecio, bastaría que viniese hoy por la mano sospechosa de España para que no debiesen ser admitidas".

Ya todo estorba: dos mil leguas de mar, trescientos años de historia. El derecho, tardíamente reconocido, parece insulto. Las cláusulas en que se proyecta la representación de América en las Cortes se toman con sesgo irónico. De esa suerte — se razona—, siendo nosotros los más y ellos los menos, comencemos desde ahora a gobernarlos y sea nuestro primer acto de soberanía mandarles de aquí nombrado un gobernador para

Cádiz... Así, las pocas posibilidades que van quedando se reducen al absurdo, se deshacen en chirigotas. Han dado con palabras que matan: aéreo, imaginario... El ridículo surge solo. ¿Qué podía ofrecer ahora España que no disfrutase ya la vasta América? "Sepan, pues, los españoles, que aquí estamos ya en posesión de esos empleos y administración... y que harán bien las Cortes en no entrometerse a concedernos lo que ya obtuvimos".

Estas líneas marcan el tono más agrio de la diatriba antiespañola en los días revolucionarios. Las convicciones, para honra de los dirigentes de Mayo, son tan serenas como firmes. Un noble decoro preside los actos más enérgicos y un espíritu de verdad ilumina las palabras más severas, volviéndolas justas y cabales. A veces la ironía echa su malicioso condimento; mas siempre sin exceso, como cuando chanceándose de las Cortes de Cádiz y de sus jactancias *La Gaceta* se interroga: "¿Cómo? ¿Se ha extinguido ya en España la antigua y propalada secta de defraudadores de caudales públicos?"

Lo cierto es que el escenario está listo y que los grandes actores se aprestan a entrar en escena. Corriendo el segundo año de la revolución, Rivadavia se incorpora: es el héroe civil que está pronto. Y a poco llega San Martín: es el héroe militar en su puesto. Por *La Gaceta* sabemos que este "individuo" venía a ofrecer sus servicios al gobierno y que fué recibido con la consideración que merecía...

Hombres de la realidad, por ningún modo soñadores ni utopistas, son los que se levantan en Buenos Aires para iniciar la obra inmensa, llenos de una circunspección difícil de encontrar en tantos otros revolucionarios de

América que, hablando más de lo que hacían, pronto vieron enlutarse sus armas al vengativo retorno de los virreyes. En Buenos Aires, no. Los virreyes se van y no vuelven. Y es que en el Plata se habla menos, mucho menos de lo que se hace. Para no quebrantar esta ley, los porteños se han inventado un refrán: *O comprar obras o vender palabras*. Es como un santo y seña. Y como no quieren ser vendedores de palabras, compran todas las obras que pueden.

A esta circunspección de todos los momentos se reduce en los hombres de Mayo, según pude saber y entender por cuenta propia, la famosa y decantada "máscara de Fernando".

CAPÍTULO XII.

EL ESPAÑOLISMO LIBERAL DE LA REVOLUCIÓN ARGENTINA

I

Fuerza es reconocer, lo primero, que al tiempo de la revolución de mayo era muy difícil mantenerse fiel a España. Todo conspiraba en contra. De mal en peor, España había llegado al límite mismo de la desorganización y de la decadencia: de señora que fué, rebajábase a sierva sumisa de Bonaparte. Un virrey cobarde, un rey burlado, una reina que andaba en coplas, un favorito burlador y un avieso príncipe de Asturias no eran parte a mantener, océano de por medio, el prestigio de la metrópoli en ciudad que como Buenos Aires acababa de probar por dos veces, en las invasiones inglesas, el saber bastarse a sí misma.

Si ya por 1783 el conde de Aranda proponía otro régimen para la América española, porque “jamás han podido conservarse por mucho tiempo tan vastas posesiones colocadas a tan gran distancia”, ¿qué no sería en las agravadas circunstancias que los increíbles sucesos del reino iban creando? Carlos IV era el ludibrio de

Europa, al paso que Fernando VII, convicto y confeso de horrenda tentativa de parricidio, criminal de Estado con todas las letras, parecía la viva imagen de la desvergüenza ambiciosa. Este era el amado Fernando. Confabulaciones tenebrosas y motines traicioneros venían precipitando la ruina de la casa reinante, en tanto que los ejércitos de Napoleón, tentaculares, sofocaban el país. Finalmente, el pleito dinástico se resolvió por la usurpación del rey José, y el despreciable príncipe fué sin demora a inclinarse ante el usurpador del trono.

Pero entonces, ¿a qué alzar por bandera en Buenos Aires el nombre de Fernando? ¿No era mejor, como acontecería en otras capitales de América, lanzar simplemente el grito de independencia y prescindir para siempre de la península? Dos caminos políticos se abrían el 25 de mayo: el de la fidelidad al rey legítimo, en cuyo nombre se asumía el poder, o el de sentar plaza de aventurero en la gran aventura napoleónica. Lo primero era una actitud jurídica. Lo segundo, lanzarse al vacío. Gobernar en nombre de Fernando VII equivalía, cuando menos, a no perder el sustento de la realidad histórica. Y otra cosa importante: el nombre de Fernando VII legitimaba la guerra de los ejércitos de la patria ante el derecho internacional, que es decir ante las naciones al acecho, capaces de convertir la revolución emancipadora en un mero cambio de amo. Por otra parte, este juramento de fidelidad a Fernando — se lo dé o no se lo dé por perdido — presupone el de ser independiente de cualquier otro poder de la tierra. Para comenzar, el nombre de Fernando sería bandera alzada frente a Francia. Se jura a Fernando VII, y de hecho y de derecho se reniega de Napoleón para siempre, y de su lugarteniente, el rey José, que ya se decía rey de

España y de las Indias. Y nótese, además, que el nombre de Fernando ofrecía mucha mayor solidez legal que el de las Juntas de España, libradas al azar de los acontecimientos guerreros.

Con estos recaudos, todas las puertas se podrán abrir a Napoleón, menos las de Buenos Aires. No es tanto el odio a España que en algún momento se llegue a justificar la francesada. Monstruosa parece, desde el Plata, la felonía de Bonaparte asesinando a España por la espalda. No digo que no se aprovechen las oportunidades, una a una, pero sí digo y afirmo que si Buenos Aires se alejaba de la madre patria, no era ciertamente para buscar la vecindad de su victimario ni el refugio de ninguna dinastía extranjera.

Fuese que Napoleón representara ante todo el peligro, fuese que la Revolución Francesa no hubiera gozado nunca popularidad en el Plata, lo cierto es que Francia no entusiasmaba a los hombres de la Revolución de Mayo y que, con invasiones y todo, era incomparablemente mayor el predicamento inglés. La admiración por Francia vino después, con la cultura de los unitarios, y casi fué de privativo uso suyo. No entusiasmaba Francia ni por su obra revolucionaria. "Se ha dicho que la revolución dará vuelta al mundo — trae *La Gaceta* en transcripción del 16 de mayo de 1811—, y por desgracia podrá ser esto verdad; pero la Revolución Francesa es un saludable ejemplo para precaver las revoluciones ulteriores". Crímenes, absurdos, utopías, como los que vió París, "son el mayor antídoto para los pueblos".

Por donde se ve que, así en el orden civil como en el político, al preguntarse los estadistas argentinos con quién habrían de estar, si con España (esto es, con la

más liberal tradición española) o con Francia, luego sufragaron por España. Rasgos como éstos, que al punto se descubren con sólo abrir *La Gaceta*, son los que definen el españolismo, el buen españolismo de la revolución argentina, en nada inconciliable, sino, antes bien, conciliadísimo con los anhelos de una firmemente cimentada libertad.

II

La Gaceta del 22 de agosto de 1811 tiene suma importancia. En ella se plantea la situación tal cual es. Como todo se plantea en hipótesis, la libertad de juicio es perfecta. Se trata de un artículo del *Correo Brasiliense* comentado por el editor de *La Gaceta*, como comentaríamos hoy por puro placer intelectual una bien jugada partida de ajedrez; tanta es su edificante serenidad. ¿Qué va a ser de América? España, bien mirado, puede quedar independiente o al fin sujeta a Napoleón. Si lo primero, América volverá al antiguo vasallaje o quedará unida a la metrópoli en una libre asociación, como por ejemplo, Irlanda a la Gran Bretaña, a menos que logre su independencia total. Mas en este último caso necesitaría, o bien del auxilio de Inglaterra o bien de la protección de Bonaparte, salvo, según ya se dijo, que fuese capaz de liberarse por sí misma. Pero, ¿y con España sujeta a Napoleón? En esta hipótesis, el retorno al vasallaje sería inevitable, siendo aún más despótica la corona imperial que nunca lo fué la española. Pero también en este caso habría dos caminos para la libertad: el ya imaginado auxilio británico o la revolución sos-

tenida con los propios recursos y triunfante sin ayuda ajena.

Esas son las piezas del ajedrez, y ese el tablero que dije. Luego, como en los problemas, comienza el mudar de casillas para ver todas las posibilidades del juego. Y entonces dice el comentarista de Mayo — gran jugador — estas bien pensadas palabras, dignísimas de transcripción total: “Esta reflexión contiene una porción de hipótesis verdaderamente tales en toda la extensión del significado de la voz, y bastante remotas en los puntos que abrazan. Es hipótesis bastante remota la independencia de la España, en el concepto general de los políticos. Es hipótesis también el que la América, en tal caso, tratase de su independencia; pues tiene protestada a Fernando la más firme adhesión, si volviese libre a su trono y se restituyese la España al estado de libertad y orden que tenía antes del desgraciado mes de mayo de 1808. Es hipótesis el que la Gran Bretaña se opusiese en tal caso a la emancipación de la América, porque del estado actual de las cosas al que entonces tendrían, debería haber mucha diferencia, y nadie creo que pueda calcular hoy cómo pensaría entonces Inglaterra. Y es hipótesis también, por último, el que el emperador auxiliase la empresa, ni que nosotros entrásemos por admitir su protección. Son muy grandes y justos los principios sobre que hoy se funda nuestra enemistad con aquella nación, para poderlos desatender alguna vez. Debe creerse también que, aun cuando la América, hipotéticamente hablando, llegase en algún tiempo a pensar en su independencia, estaría siempre muy distante de admitir auxilios que consistiesen en introducirle tropas extranjeras en su territorio; pues le serían siempre sospechosos estos favores, con lo que tiene

ya visto, y por lo que debería temer ella prudentemente con especialidad de la Francia”.

Así es como hablan y así es como piensan aquellos hombres heroicos y serenos a la vez. La patria es cosa seria, y no se juega con ella. Peor que matarla es hacerla nacer para la vida de un solo día. Harto padecimiento es vivir, aun triunfando y señoreando, para vivir solamente, por el puro afán de vivir, una sola ignominiosa derrota. Declaro mi encantamiento y mi veneración ante la prudencia magnífica de esos padres de la patria, y cuando juran por Fernando, con ser Fernando lo que era, es cuando me gustan más, pues nunca los veo más serios, más henchidos de responsabilidad, ni más heroicamente seguros de su coraje.

Y váyase viendo que en todo el párrafo arriba transcrito no hay “máscara de Fernando” que valga. Ya vimos en otro capítulo cómo la sagaz prudencia y el decoro en la conducta de los hombres que nos dieron patria fueron malamente confundidos con la hipocresía y la doblez. ¡Simuladores ellos! Que nunca más se escriba esto. Para la supuesta “máscara de Fernando” ninguna ocasión más propicia que la que hubo de ofrecer a los patricios la princesa Carlota, mala ambiciosa como su mal hermano. Fuera de don Saturnino Rodríguez Peña, ¿quién la siguió más que momentáneamente, así pareciera “providencialmente venida a este lado del Atlántico para elevarnos al rango de las naciones independientes?”

Es que no era eso. No era zafarse de España y ganar a cualquier precio — digno o indigno — la independencia política, lo que buscaban aquellos hombres, aquellos padres. Era, en primer lugar, no negarse a sí mismos. Y también por esto hacían bien de ser espa-

ñolistas, porque así la independencia sería como un hecho biológico, tan grande como simple, semejante en todo a un augusto nacimiento, y nunca, por modo alguno, a desenlace de almoneda en una urgencia de esclavo que por mal comido — poned ahí toda la *Representación de los Hacendados* — implora amo, sea el que fuere, en la tienda del traficante.

III

Cambiar de yugo, no. Ser libres, sí. Esta era la decisión profundamente honesta de aquellos venerables hombres, que no excluían del todo la posibilidad de un mejor entendimiento con la propia España en un concierto de robustas autonomías. Todo lo demás, descartado. Francia, Inglaterra y Portugal eran las tres naciones que por razones diversas podían complicarse en la política del Plata. Con ellas, nada. Ejércitos de Napoleón en Buenos Aires hubieran corrido la misma suerte que los de Inglaterra. Que no esperase tampoco el inglés en un tercer ataque, siquiera fuese de diplomática astucia, la connivencia del vecindario. En cuanto al Portugal, era cosa bien fácil de adivinar el corto fin del descalabrado proyecto de don Saturnino.

Mas quiero recalcar, para aviso de suspicaces, que en el juicio del redactor de *La Gaceta* poco pesaban las buenas nuevas que tres semanas antes habían llegado de la península. No puede ser más dubitativo el tono de *La Gaceta* al recoger el rumor de los milagros “con que de un momento a otro parece que se ha empeñado el Omnipotente en restituir su libertad a España”. Causan pasmo las noticias, y tal es su enorme bulto, que ni el

peninsular les da crédito. ¿Bonaparte vencido? ¿El enemigo que evacua las plazas españolas? ¿El castillo de San Fernando recobrado? ¿El rey José, prófugo? Novela pareció, de las tantas que corrían bajo los soportales del Cabildo, apenas llegaba correo de ultramar. Novela pareció, y por de pronto lo era. España, que ya no tenía ejército y cuyos principales jefes estaban pasados al invasor, recobrada por un puñado de guerrilleros sin táctica, sin capitanes. . . El estratega mayor de los tiempos vencido por el instinto elemental de un pueblo acorralado. . . El redactor de *La Gaceta* se limita a creer que, una vez más, en lugar de comprar obras se están vendiendo palabras. No hay duda para él. Novelas y falsificaciones deben de ser, como tantas otras que corrieron y pasaron. Todo podía admitirse como natural y lógico, menos que de un día para otro España, definitivo feudo francés, se levantase de entre los muertos.

Milagro increíble el de una súbita liberación de la encadenada España. . . Y la libertad de América, problemática, hipotética, ilusa. . . Si toda Europa naufragaba, el pensamiento de la Providencia relucía clarísimo para el Nuevo Mundo. Pero, si no naufragaba, ¡qué cerco de enemigos! ¡Y qué milagro romperlo, si se rompía!

Honduras de la historia son éstas. ¡Y qué! Ambos milagros iban a ser posibles y paralelamente dignos uno del otro: el milagro de allá y el milagro de aquí.

CAPÍTULO XIII.

¿DÓNDE ESTÁ EL PUEBLO?

I

Los leales y generosos pueblos del virreinato de Buenos Aires están a la mira de lo que va a pasar. El año de 1810 trae todas las señales. Cualquiera de sus días puede ser el último día de España. El escenario del mundo, todo entero, está listo. Para que llegue el último día de España en América se han conjurado todos los poderes del cielo y de la tierra. Hay un viento que barre el pasado; hay un alba en que sube el porvenir. A mediados de mayo, el virrey don Baltasar Hidalgo de Cisneros no ha podido guardar en su pecho, por más tiempo, novedades tan tremendas como las que el 13 de ese mes de los hados, trajera una fragata británica arribada a la muy noble y muy leal ciudad de la Santísima Trinidad, puerto de Santa María de los Buenos Aires. El espantoso eco de la catástrofe española resuena por toda América. Don Fernando VII se llamará Fernando el Último, ineluctablemente. La hora titánica de la soberanía ha llegado, sin duda, para todos los virreinos. ¿Cómo y dónde sustentarla? Es una

formidable carga, inaguantable quizás. Los cabildos, endebles trabazones, se desmoronarán al primer día, bajo su peso. Y, sin embargo, la responsabilidad casera de cada uno se ha vuelto de pronto una responsabilidad histórica. El mundo tiene los ojos fijos en la conducta de estas minorías selectas. La patria está por nacer entre dolores y esperanzas; pero una patria no nace en una hora, ni en dos, ni en tres. Debe nacer en cada espíritu entre esperanzas alucinadoras y dolores gigantescos. A todo esto, hay dos luces recíprocamente engañosas: una luz de ocaso y una luz de naciente; todo a la vez. Un sol que se pone y un sol que se levanta: cada uno de un color y de una luz. Unas mismas cosas son perfectamente distintas según de donde se las mire. La lealtad mirada desde el ocaso es traición. Los mismos paisajes que el oriente viste de gloria son teñidos de ignominia por el ocaso. Es necesario que el espíritu de cada uno añada su propia luz para que triunfe el día que nace y acabe de rodar a la noche el sol que se muere. Yo no sé si en algún orden planetario de los cielos son posibles estos patéticos crepúsculos entre dos soles. Para los pueblos, la astronomía de la historia nos enseña que sí.

Ya pueden abrirse las puertas del Cabildo. Ya puede entrar el escribano de la ciudad. Si este hombre tiene ojos para ver comprenderá, juzgando siquiera por la nueva apostura de cada vecino de los que ahí entran y se congregan, que la historia viene con ellos. Los labios están mudos, pero no hay además que no sea de una elocuencia viva. Alcaldes y regidores, oidores y tenientes generales, notarios y comandantes, rectores y padres maestros, guardianes y clérigos, comerciantes y abogados, ¡cómo se miran y consideran! El caballero síndico,

procurador general doctor don Julián de Leiva lleva bien empleada su inquietud de tantos días. Hay algo de cuadro ya eternizado por el arte glorificador, en esos grupos que de un extremo a otro de la sala capitular se reúnen por secretas afinidades.

Pero algo más. La plaza está llena de gente. No se debe contar solamente con los votos de adentro. Si el pueblo se agolpa en la plaza mayor y da voces tan altas, señal será de que tiene cosa muy grande que decir. ¿La monarquía es una e indivisible? Así lo expresa el señor virrey. Es posible que muchas conciencias *crean* esto también y al propio tiempo *sepan* lo contrario. Falta el tiempo y crece la pública expectación. La urgencia se sofoca en la espera. Las palabras son lentas. Sólo el grito es ágil. Ha llegado un momento en que las palabras no tienen nada nuevo que decir. Entonces empiezan a silbar como dardos por encima de las voces capitulares los gritos desnudos de la muchedumbre. Se quiere votar y no se acierta con la fórmula del voto. Se quiere salir de ese dédalo de las discusiones y no se acierta con la puerta de salida. Es necesario entonces que entre en juego el instinto de la multitud. Si no basta que destaque diputados, dará recios golpes a la puerta de la sala capitular. *El pueblo quiere saber de lo que se trata* es un excelente estribillo que la magia inconsciente de los ciudadanos acaba de inventar para apresurar las horas.

El 22 de mayo fué el verdadero día revolucionario de 1810, por todo lo que se hizo y por todo lo que se deshizo. Fué un día pleno, como otro alguno. En ningún otro subieron a tanta altura las llamas del deseo popular, lamiendo las paredes del Cabildo, coronando de fuego vencedor sus techumbres y azoteas.

Pero tan extraordinaria jornada no dió de sí cuanto se esperaba. Todos cayeron en la cortapisa de aquel último ayuntamiento de la Colonia. Entonces comenzaron a pasar horas muy turbias entre el ir y venir de los hombres de mayo, desorientados y corridos, si no también recelosos los unos de los otros. Los hechos no habían respondido a las justas esperanzas. La propia suma de los hechos — si esto había de ser el Cabildo — salía equivocada. Los patricios juraban por su honor ser enorme la efervescencia de los cuarteles y de las calles. Pero ¿dónde estaba el pueblo? Apenas si quedaban algunos “chisperos” bajo los soportales de la Recova. Los demás se habían disgregado, o por conformidad o por desaliento y abandono. Los peninsulares del Cabildo abrían el ojo a esta final conjetura. No es muy difícil — decíanse — presentar un escrito con una lista improvisada, ni cuesta mucho trabajo invocar el nombre del pueblo. La cosa está en congregar a ese pueblo para que se ratifique. Todos están de acuerdo y se pone el plazo de un gran rato para que los emisarios “congregasen el pueblo en la plaza”. Fué pasado ese “gran rato” cuando el caballero síndico procurador general “viendo congregado un corto número de gentes con respecto al que esperaba”, inquirió: *¿Dónde está el pueblo?* Pregunta de tal magnitud que los historiadores se han detenido siempre ante ella por su extraño sentido. Nada dura tanto como una interrogación bien hecha, y tanto ha durado ésta del doctor Leiva, que ahora mismo da título y asunto principal a obra tan llena de sugerencias como la del tratadista don José Manuel Eizaguirre, para quien “la pregunta, candorosa en su forma, contenía un alto significado en nuestra historia política”, ya que pueblo propiamente tal no había, bien que “el

noble entusiasmo de nuestra argentinidad haya inventado un carácter más definido a aquel conglomerado”.

II

¿Qué pensar? Eizaguirre es más categórico todavía: “A mi juicio... en 1810 no existían aquí, en nuestro territorio, un pueblo argentino ni una república”.

Confesamos la pesadumbre patriótica que en el primer momento se apodera de nosotros al cerrar, varias veces releídas, las páginas de esta intensa, sugerente y, sobre todo, inquietante meditación del insigne maestro. Nos da como amarga pena considerar a los hombres de la revolución chasqueados por una sombra. Ellos creían de verdad que había un pueblo a sus espaldas. Cantarían de perfecta buena fe: *Y los libres del mundo responden — al gran pueblo argentino, salud*. Miraban a su alrededor, y en la mucha riqueza estaban todas las posibilidades. Miraban en el tiempo y el futuro se les mostraba inmenso. Sin embargo, *¿dónde está el pueblo?*, preguntó Leiva, y no lo vió. *¿Dónde estaba el pueblo?*, pregunta Eizaguirre, con un sentido nuevo, y no lo ve. Quiere decir entonces que el primer gobierno patrio surgió a crédito; que detrás de Moreno sólo había una fracción oligárquica; que el pasado era un hueco y el porvenir una oscuridad. Sin duda ninguna: una simple colectividad no es un pueblo; una muchedumbre heterogénea no es un pueblo; “un conglomerado de europeos, indígenas, negros y mestizos” no es un pueblo. Bluntschli tiene toda la razón en sus definiciones. Fuerza es también, para que haya pueblo, que la comunidad se sienta unida por una sola y misma tradición; y, de otra parte, extraña a cual-

quiera otra comunidad nacional. Todo esto es verdad. ¿Dónde, entonces, estaba el pueblo? La pregunta de Eizaguirre, a más de cien años de la de Leiva, comporta el más hondo y diabólico problema que haya podido plantear un pensador a sus compatriotas.

Y lo más grave del caso es que Eizaguirre no se satisface con la respuesta que satisfizo a Leiva. Y es que la pregunta de Eizaguirre va mucho más lejos que la otra. Leiva sólo quería ver muchedumbre amotinada. Eizaguirre quiere ver un pueblo verdaderamente digno de ese nombre. Leiva se dejó persuadir fácilmente: "Y después de varias contestaciones dadas por los que allí se habían apersonado y reconveniones hechas por el caballero síndico, se oyeron entre aquéllas las voces de que si hasta entonces se había procedido con prudencia, porque la ciudad no experimentase desastres, sería ya preciso echar mano de los medios de violencia; que las gentes, por ser hora inoportuna, se habían retirado a sus casas; que se tocase la campana del Cabildo, y que si por falta de badajo no se hacía uso de la campana, mandarían ellos tocar generala y que se abriesen los cuárteles. . ."

Pretendo, sin ánimo de hacer paradojas, que si el capítulo inicial del inquietante libro de Eizaguirre plantea la cuestión de dónde estaba el pueblo, los restantes, y en rigor toda la obra de este autor, le dan satisfactoria solución. El pueblo de mayo no habrá sido el ente ideal de Bluntschli, pero fué en la cortedad de su número el pueblo que hacía falta. El propio señor Eizaguirre nos ha mostrado en otras páginas cómo se formó el espíritu argentino, cómo surgieron "los hijos de la tierra", cómo hay un sueño del porvenir que no cesa; cómo, en fin, ideales de libertad, de igualdad y de progreso van prefiando de suyo los días futuros. ¡Quién sabe tengan va-

lor universal las conclusiones del Derecho público europeo! A nuevos tiempos, nuevas formas; a nuevos medios geográficos, nuevas hazañas del espíritu. Tal vez en ningún otro escenario del mundo fué tan enorme, como en el nuestro, el poder de los símbolos. El himno, el escudo y la bandera han sido fuerzas gigantescas en la Argentina. Lo español tomó desde los comienzos coloniales una postura criolla. Hay que recordar a Córdoba, tan española, pero tan argentina. Con esclavo y con farol hace camino por la noche de la colonia la historia nueva...

De todas maneras, se alza maravillosamente asistida de signos propicios, el alba de la revolución argentina. De mucho menos se hizo la grandeza del pueblo de Roma. Parecería, pues, que muy en conformidad con las generales leyes biológicas, los pueblos nacen, crecen, a veces se reproducen, y mueren. Lo importante para los pueblos es nacer, como nació el nuestro, consumando hazañas magníficas. Sin este signo de Hércules, tal vez no llegue a haber nunca pueblo. Con este signo, en cambio, se puede ser un gran pueblo desde el instante mismo de nacer.

Dejo ahí contestada la pregunta grande de Eizaguirre: "¿Dónde estaba el pueblo?" Contéstela cada uno, según pueda y sepa, como cada uno según sabía y podía se la contestara a Leiva el 25 de Mayo. Estas preguntas inquietantes son muy útiles. Siempre vienen bien estos relámpagos sobre las cabezas de los pueblos. Eizaguirre ha formulado esta pregunta grande para que tenga resonancia en lo hondo de cada conciencia.

CAPÍTULO XIV

LA HERENCIA DE MORENO

I

Moreno se va. Mariano Moreno — el primer meteoro de nuestra Revolución — debe extinguirse en el mar. Pero como en la plácida aldea de Buenos Aires poquísimos son los que saben algo profundo sobre Moreno, las gentes se entretienen, superficiales y ligeras, en llevar y traer los bajos e indecorosos chismes que corren de casa en casa, comentando la partida.

Saavedra, por de pronto, roído de tantas intrigas su hidalgo espíritu, lo pinta como el más taimado enemigo y solapado traidor.

—Oiga usted, mi coronel — cuenta que Moreno le ha dicho en la mañana de ese propio día del embarco —; ¿no le parece a usted conveniente, por si acaso arribo a Río de Janeiro, que lleve yo una cartita suya para la señora Carlota con promesas lisonjeras de adhesión y reconocimiento a su persona y derechos?

Y Saavedra:

—¿Es posible, doctor mío? ¿Me cree usted capaz de esto? ¿Hasta cuándo han de continuar las asechanzas? Yo

jamás he escrito a esa señora ni ella ha visto nunca mi firma.

El corrillo se anima. Saavedra tiene aún cosa que contar:

—Al momento se me ocurrió la idea de que al doctor Funes le había hecho Moreno la misma petición. Al salir de la Junta se lo pregunté, y habiéndome dicho que sí...

—¡Oh!...

—Y habiéndome dicho que sí, le dije: Y qué, ¿piensa usted en dársela? Me respondió que dudaba y que recelaba en hacerlo. Repliquéle: — Pues si usted quiere, dentro de muy pocos días, verse convencido del crimen de carlotismo con su misma firma, no tiene más que dar la carta que le pide el doctor Moreno. Con lo que, en efecto, se negó.

Saavedra contaba esto de sitio en sitio y lo ha dejado escrito en su *Memoria autógrafa*. Muerto Moreno, lo contaba también, pero agregaba suspirando:

—Dios lo haya perdonado, como yo le perdono sus dañadas intenciones hacia mí y los males que me ha ocasionado su perfidia.

Otros se allegaban a traer las últimas nuevas de los preparativos del viaje:

—Pues, ¿y qué es lo que dice Moreno?

—Dice... dice: "Yo me voy, pero la cola que dejo es larga"...

Otros corrían a preguntar:

—Pero, ¿por qué se va Moreno?

Y las respuestas se bifurcaban hacia dos metas: la conveniencia personal; el sacrificio a la patria.

En el ínterin — así decían nuestros padres—, allá por esa zona agorera que hay en todas las sociedades,

una parte de la opinión, la de las damas sobre todo, echaba suertes virgilianas acerca de la partida. Don Manuel Moreno lo ha contado con el acento de la veracidad. Y era que la gente hablaba de ciertos presagios fúnebres. Y era que daban en decir que no volvería. . . Y una noche, aun no embarcado Moreno, he ahí que llaman misteriosamente a la puerta de su casa, y una persona desconocida entrega un paquete sellado. Va dirigido a la señora de Moreno y contiene dos prendas: un abanico de luto y un velo negro. El anónimo billete adjunto dice así: "Mi estimada señora: Como sé que va usted a ser viuda, me tomo la confianza de remitirle estos artículos que pronto corresponderán a su estado".

Y no faltaban quienes dijese que Moreno sería asesinado por cuenta y orden de sus mortales enemigos. . . y aquí de los nombres propios.

A todo esto había llegado el día de partir, y no es cierto que Moreno repitiese acá y allá, con el tonillo de una amenaza; "Yo me voy, pero la cola que dejo es larga". Más fundado parece que entre suspiros y tristes silencios confesara varias veces una secreta inquietud: "No sé qué cosa funesta se me anuncia en mi viaje".

Zarpó. No bien había zarpado, el deán Funes escribía en todas sus cartas para el interior: "Moreno se embarcó para Londres muy detestado de este pueblo por sus crueldades".

De conformidad con todos estos signos, los presagios se cumplieron. El 4 de marzo de 1811, a la hora del amanecer, a los 28° 27' Sur, en la inmensidad del océano, Moreno cerraba sus ojos. Alto el sol, el pabellón inglés era izado a media asta. Más tarde, descargas de artillería anunciaban a los mares la muerte de un héroe. Al declinar el sol, el cuerpo era arrojado a las

olas, amortajado en la bandera británica: que la nuestra no era aún nacida, si bien, con la muerte de Moreno fué como revelada por primera vez, en aquel bello cielo paseado de nubes y en aquel mar azul galopado de espumas.

II

¿Y ahora qué va a ser de la causa de mayo? Moreno ha muerto. El extraordinario arquitecto de la revolución de América; el que vió hasta en el último límite de los tiempos las proyecciones de lo que se hacía; el que dió todo el Plan, con mayúscula, de la obra; el que puede llamarse arquitecto — repito — ante los demás contemporáneos que por grandes que sean sólo serán, bajo muchos aspectos, los obreros de su pensamiento; Moreno, el meteoro del pensamiento de Dios, se ha extinguido en el mar y nadie sabe qué va a ser de la causa de mayo.

Singularmente, Moreno deja una enorme masa de bienes, como nunca se ha visto otra igual en el Plata, y el destino debe abrir su juicio sucesorio. ¿Conforme a qué ley, entre las leyes divinas que rigen los momentos realmente sagrados de la historia? La inmensa herencia de Moreno corre riesgo de quedar vacante, o peor aun, desparramada al acaso. Y esto no puede ser. Su herencia, en un momento como aquél, es de las que piden el derecho del mayorazgo. Uno solo; mejor dicho uno sobre todos, debe ser el heredero. ¿Y cuántos están preparados para este encargo formidable? Abundan los héroes militares, pero ahora hace falta un héroe civil, limpísimo, sin sombra de mezquindad en el alma; porque la mezquindad no ha de recoger premio alguno,

nunca jamás, en el lote de la auténtica grandeza. La herencia tiene que ser de quien más y mejor la merezca, de quien tenga toda la talla del héroe civil que ha muerto; el derecho innato de hacerla suya, y todavía la capacidad de acrecentarla. Este hombre fué don Bernardino Rivadavia.

Y Dios sabe si don Bernardino Rivadavia, aunque guardó una fría distancia con Moreno, fué de veras su enemigo o le tuvo por suyo. Dios sabe si aquella distancia no era como esa de los valles en que por fuerza se separan las montañas.

III

Que urgía la presencia de un nuevo héroe civil era una verdad bien sabida de todos. Se había hablado mucho en todo el primer año de la revolución argentina. En la disyuntiva de "comprar obras o vender palabras", al tenor del dilema tan repetido en la época, ¿no se había vendido más de esto que comprado de aquello? Se había hablado mucho. Se había escrito demasiado. ¡Si por lo menos algunos actos militares o diplomáticos hubieran logrado consistencia de hechos concretos y duraderos! Pero tampoco era así. Los cálculos parecían equivocados. La Revolución sufría el contraste de los hechos, y en este campo se perdía la batalla. ¿Qué hacer con tantas palabras? Las palabras hinchaban las velas de los acontecimientos, pero no los hacían navegar.

Una conjunción de males echaba su maléfico influjo en el Plata. Después del fácil soñar con la unánime aclamación de los pueblos, había que resignarse a las pequeñas transacciones, a las mediocres ventajas. La Junta

se derrumbaba poco después, bajo acusación de no haber hecho nada. Había que irse acomodando a realidades bastante penosas. Segregábase el Paraguay; peligraba la costa uruguaya; se amotinaba, en su cuartel, regimiento tan famoso como el de patricios; el portugués avanzaba en la Banda Oriental; el río estaba bloqueado. Después de Suipacha, Huaquí. El anhelado Congreso constituyente no se reunía. ¡Y qué había de reunirse si la palabra federación ya había sido lanzada por el Norte separatista! Los opresores de ayer eran los oprimidos de hoy, y Álzaga trabajaba sigilosamente. Una sola cosa era verdad: que la libertad iba a costar mucha sangre. En suma: era venido el momento de que una voluntad potente entrase en juego.

Terminemos el cuadro. El escándalo empezaba a mezclarse con la gloria; rodaban por las oficinas cobrando sueldos del Estado falsos y parasitarios capitanes. "Una facción de intriga y cábala" estaba todavía al frente, dispuesta a no cejar. Los infortunios se encadenan, y el más grande de todos es, de seguro, el de la efectiva guerra civil que ya comienza. Buenos Aires se llena de "dañadas intenciones" de los unos contra los otros. Ya hay provincianos y porteños. Gentes de toda procedencia social o geográfica llegaban, como tenía que ocurrir, al viento de las novedades: gente nueva, enigmática, dudosa, equívoca. Aventureros... Es posible que hasta la propia Revolución se torne aventurera, a salga lo que saliere.

Así llega la primera hora de Rivadavia. Le tocarían trabajos de Hércules; y, heredero cabal de Moreno, sería también como él un meteoro aterrador. El rayo que carbonizó la cabeza de Liniers un año antes, estaba ahora en su mano. La justicia terrible de Moreno iba a

ser ejercida otra vez. Cinco patíbulos en Córdoba, y la centella de Moreno. Cuarenta y una horcas en la plaza de la Victoria, bajo el relámpago espantoso de Rivadavia. Como meteoros del cielo, tuvieron que ser así. El resultado, salvar a la patria.

Y aunque mucha y grande fué la labor administrativa que desplegó Rivadavia en su primera aparición de predestinado, tanta fué y tan orgánica la que años después, le tocaría, en plena administración de la herencia de Moreno, que no vemos mayor razón para detenernos en la particular consideración de sus iniciales aciertos.

Sólo queremos complacernos, ahora, en recordar con don Andrés Lamas que no en vano nació Rivadavia a la vida pública de su patria en el célebre Cabildo abierto de 1810; y cómo ya fué clarísimo entonces el signo de su destino, cuando al ir cada uno de los concurrentes a rubricar su voto, "don Bernardino Rivadavia y el doctor don Mariano Moreno se aproximaron casi al mismo tiempo a la mesa en que los votos eran recibidos, y los dos expresaron la misma opinión con las mismas palabras".

Pero no es nada la conformidad de las palabras al lado de la perfecta hermandad de aquellas dos almas meteóricas, a cuya luz se iluminaba le visión del porvenir.

CAPÍTULO XV

RIVADAVIA, AJEDRECISTA DE LA REVOLUCIÓN

I

La revolución argentina, desenvuelta por un buen lapso en la esfera de una realidad bastante convencional, como toda aquella puramente silogística que dió asidero a la doctrina del gobierno propio en representación del muy amado Fernando; la revolución argentina, harto convencional por sí misma, debía entrar en contraste con la realidad verdadera, apenas la ocasional prepotencia napoleónica devolviese las cosas a su antiguo nivel.

Pasado Napoleón y apagado su prestigio, la fantasmagoría no tiene para qué prolongarse. España — la vencedora del gran taumaturgo — no va a desaparecer de Europa; y no desapareciendo, será la misma España que fué; una España con colonias en ultramar, si de momento sublevadas, tuyas, perfectamente tuyas, en nombre de todo el general derecho europeo. No serán las potencias del viejo continente quienes sancionen la caducidad del dominio español en América, que sería

tanto como aparejarse la propia huesa. El equilibrio continental, entonces más que nunca, necesitaba de la cohesión de todas las casas reinantes y, en suma, del retorno a lo que siempre fué.

Durante un lustro entero pareció que España moría; lo suficiente, a decir verdad, para que América empezara a hacer su camino. Pero he ahí a Fernando VII restituído a su trono. Las argucias dialécticas están, desde ese punto, de más; los subterfugios, agotados. Ahora lo que importa es oír la palabra leal de Inglaterra y ver qué es lo que puede salvarse. Inglaterra es la aliada de España; pero ¿habrá de ser por ello la enemiga de sí misma? La Gran Bretaña no desmentirá fácilmente sus instituciones libres. Así las cosas, el liberalismo inglés representa la única esperanza seria que resta en el Plata. Cuando España invoque ante las cortes extranjeras su derecho tradicional, Inglaterra invocará, siquiera a sovoz, el derecho de todos a la libertad de los puertos. El liberalismo fué la gran fuerza en juego. Nacido en la recta interpretación de los hechos — nacido para no morir más, pese a quien pese —, el liberalismo hallaba su plena confirmación en la evidencia de los hechos mundiales. Si el gabinete británico llegaba a flaquear en algún momento, el Parlamento no perdería nunca la exacta visión de Buenos Aires. Se acabaron las palabras y huelgan los sofismas. Hay que pasar ahora al contrapeso de los números. El comercio y las leyes económicas serán consultados por estos hombres de Inglaterra, que son los nuevos augures que tiene el mundo: los augures de la realidad rectamente interpretada. Excepción hecha de las fuerzas del liberalismo, todo conspira contra los revolucionarios del Plata. De ahí que no haya ingratitud más grande que renegar del liberalismo en América. A él le debe-

mos lo que somos, tanto como al absolutismo español y al de las otras cortes, lo que no quisimos ser.

Asombroso resulta que no chocasen ambos encontrados principios — el español y el inglés — en guerra abierta, según el tiempo iba desembozando las intenciones de todos. Sobre asombroso fué providencial. No convenía al destino de estas naciones nuevas deber su independencia a una victoria de las armas inglesas. Afortunadamente, ese escollo se salvó. Los famosos expedicionarios de Pablo Morillo no salieron de Cádiz y esto fué, acaso, decisivo para la paz.

Pero aquí estaba también el callejón sin salida. Si tan tenaz resistencia ofrecía el poder español aislado en América, nada bueno cabía pronosticar en buena lógica de la resurrección peninsular. Y si Inglaterra no desnudaba su espada por nosotros, nada había que esperar del acuerdo de las cortes. Harto se había conmovido el mundo desde los años de la revolución francesa para hacer concesión alguna a los extravíos republicanos de las Indias Occidentales. No quedaba entonces más recurso que echar a rodar coronas por el ambicioso suelo de Europa, y toma allá ese rey y daca ese otro, al favor de la falacia monárquica en que se vino a confundir lo nacional con lo dinástico. Mientras tanto la naciente Argentina hacía lo más derecho a su fin: pelear de la mejor manera. Con todo, hubo de emprenderse también, no sin necesidad ciertamente, la más astuta de las guerras diplomáticas en que nos fuera dado luchar. Yo la he visto como una partida de ajedrez.

Admirable relato de sus peripecias es el libro de Carlos Correa Luna, *Rivadavia y la simulación monárquica de 1815*. Pero fué releendo los magníficos capítulos

de López cuando ví todo lo ajedrecísticas que fueron aquellas manipulaciones con las cortes de Europa.

II

Buenos Aires lleva las piezas blancas, las del ataque, y España, aunque pudiera parecer lo contrario, se está más tiempo del debido a la defensiva. Sería, sin embargo, demasiado decir que el rey Fernando VII fuese jaqueado alguna vez. El movimiento de las blancas consiste en buscar buenas posiciones. Su último ideal estratégico es que las negras abandonen simplemente el partido. La táctica de las blancas se adelanta cien años a los progresos del ajedrez. Nada de guerra de sorpresas. Las cabezas de Sarratea y de lord Strangford se juntan en ocasiones sobre el tablero meditando la jugada siguiente.

Bien. Pero fué terrible cuando, de pronto, con la restauración de Fernando, las negras tuvieron expeditos los caminos. Su propia reina — la muy célebre María Luisa — aparecía dueña del tablero en amenazante enfilada. Sin el genio paradógico y el ágil espíritu saltarín de los Caballos criollos, las Torres antiguas podían darse por victoriosas. Mas he ahí a las piezas más sutiles y ambiguas del ajedrez — criollas, por añadidura — saltando de casilla en casilla, tan pronto a los cuadrados blancos, tan pronto a los negros, ya propiciando horizontes de monarquías templadas, ya recayendo en las cabriolas del nativo ensueño republicano.

Las ideas y las conveniencias se trenzan en mil combinaciones. Tal como pasa en una verdadera partida de ajedrez, las hipótesis pueden multiplicarse sin fin.

A todo esto, ¿cuál es el Rey de las piezas españolas?

Sin duda, el propio Fernando VII. Pero... ¿y el de las piezas de ataque? Damos aquí con una chuscada. Los chulos de Buenos Aires llevan un Rey tan puramente conjetural que si por momentos se llama don Francisco de Paula asume también en algún instante la peregrina catadura de un descendiente de los pasados Incas...

¡Ah, sí? España ya no atiende nada. Se acabaron los lances. España está como nunca irreductiblemente despótica. Ha jugado su pieza más fuerte: Morillo. Ha ocupado una casilla formidable: la propia Tierra Firme. Cuenta con poder ocupar muy luego otra que da por conquistada: el Perú. Y desde allá, en diagonal de alfil, jaquemate en Buenos Aires. Este es el doloroso medio juego que le toca afrontar a Rivadavia.

Todo parece perdido para las blancas. Sólo queda una esperanza: que la partida salga tablas. A esto se reduce la aspiración de Rivadavia, cuando caído de estampía en Madrid, "cumple con la sagrada obligación de presentar a los pies de su majestad las más sinceras protestas de reconocimiento de su vasallaje"... ¡Será difícil que salga tablas la partida! El adversario se ha percatado de que "los designios de Buenos Aires no son otros que ganar tiempo y adormecer las providencias reclamadas por la justicia". Y juega fuerte. Y juega bien. Para peor, Rivadavia tiene una pieza en falso; y Sarratea, con su dedo mañoso, casi traidor, se la denuncia al enemigo. La propia persona del señor Rivadavia suscita la incomodidad y la impaciencia del monarca. No quiere verle. No quiere oírle. ¡Cuánto menos jugar con él al ajedrez diplomático! "En consecuencia ha determinado S. M. que (el señor Rivadavia) se retire de su real garantía, pues como quiera que ésta se concedió

a un sujeto que se creyó adornado de las calidades que inspiran la confianza, después de las conferencias, es otro muy distinto a los ojos de la ley". Con lo que, harta magnanimidad es la del rey que "se desentiende de sus derechos" para castigar, y sólo "se acuerda de lo que se debe a sí mismo".

III

Nunca se había jugado una tal partida de ajedrez diplomático: a tan enorme distancia de la realidad política. Carezca o no de buena fe, la diplomacia no es, ni con mucho, el verdadero cauce de los acontecimientos. Por muy asertiva que llegue a ser, no es nunca el aserto de los pueblos. Es siempre una conversación a distancia en el espacio y en el tiempo, en que la mitad de lo que se afirma es conjetura. La diplomacia nació mintiendo porque no pudo hacer otra cosa. En el caso que estudiamos, los hechos se levantan e imponen sobre las piezas del tablero. Para los 25.000 hombres que se están pertrechando en Cádiz, lo más puesto en razón será equipar otros tantos bajo el mando de San Martín o de Bolívar, según ataquen aquéllos por el Sur o por el Norte de América. Erraba de medio a medio Rivadavia, si creyó resucitar los tiempos del conde de Aranda y adjudicarse a sí propio, en un grandioso imperio hispánico, un destino a lo ministro de Carlos III. Fué lo mejor de todo que el juego terminase con el tablero roto.

De todas maneras, aquellos seis años que Rivadavia pasa en Europa son fecundísimos. En Inglaterra, en España y en Francia es donde acaba de delinearse su personalidad. Contempla de cerca las instituciones ingle-

sas, estudia a fondo la crisis de Francia, fija una honda mirada en los tiempos de Carlos III. Ya está formado. Ya es el héroe civil que se está esperando en el Plata. ¡Y tanto! Porque en el Plata las cosas han rodado por tales caminos, que si no se emprende luego una obra de creación institucional, la nueva nacionalidad se disgregará en la pampa como un rebaño sin pastor y la Buenos Aires de 1810 no será más que una factoría sin bandera.

Pero Rivadavia cruza el océano de vuelta a su patria. Superior a su gente y a su medio, echará las semillas de muchos tardíos árboles. No todas brotarán al otro día de la siembra. Algunas, ni cien años después. Otras, acaso, ni doscientos años después.

Y el buque avanza con las velas hinchadas. Hay un momento, al cruzar los mares donde el cuerpo de Moreno fué dado a las olas, en que debemos preguntarnos si no es el propio aliento de Moreno el que empuja suavemente las velas.

LIBRO IV
ESPAÑOLISMO ECONÓMICO: LA
ENFITEUSIS

CAPÍTULO XVI

EL PRESIDENTE RIVADAVIA Y SU GRAN MINISTRO AGÜERO

I

El 8 de febrero de 1826 habló al país don Bernardino Rivadavia, como Presidente de la República, al prestar el juramento del cargo. Electo por casi la totalidad de los votos del Congreso, estará a la altura de tan insigne honor. No pronunciará vanas palabras. (Lo que en ellas pueda haber de oscuro irá por cuenta de ese espíritu profético que sin cesar echaba como una niebla en sus escritos, que siempre fueron, por otra parte, pensados en el límite del ensueño.) No ocupará la atención de los señores diputados "ni con la extensión ni con las dificultades de un empeño que a la verdad no tiene límites, ni con la magnitud de una empresa que tampoco tiene dimensiones". En cambio, corresponderá a la solemnidad del acto "haciendo que él empiece desde este momento a ser útil". (Así debía hablar, y así hablaba, el hombre que había tornado en corrientes adagios de la época las dos más imperiosas expresiones de su pensamiento: forzar el tiempo; actualizar

el porvenir.) “Realmente — dice luego —, todo el objeto de los nuevos Estados de América es organizar sus elementos sociales, de manera que produzcan cada vez en menos tiempo el resultado mayor y mejor”. Mas si lo que existe ha de producir “todo lo que da su vigor natural”, menester es la sanción que regle con acierto necesidades y conveniencias. La naturaleza de las cosas, para él, no se muda con la fuerza de los talentos o de la voluntad del legislador: que nadie caiga en tal ilusión. No se suplen las cosas decretando creaciones. (¡Ay, y sin embargo, la propia Presidencia que él investía no era más que una creación decretada!) Pero, ¿qué es el gobierno? El gobierno, a su entender, consiste en varias cosas bien claras, entre las cuales son principalísimas, garantizar y retribuir todo mérito. Es lo que llama un orden que haga justicia a todos. Hay “una perfección social por la que harto tiempo hace que clama la humanidad”. Para lograrla, se deben poner en armonía las cosas y las personas. “Por medio de su estudio y meditaciones sobre cuanto importa al honor y salud de la patria”, él sabe bien cómo puede organizarse el país, pues conoce las dos bases: la subordinación recíproca de las personas, la organización y actividad del movimiento de las cosas. Por lo demás, el país no tiene capital y debe tenerla; y está en guerra, y debe ganarla. Respecto de esto último, “él no se moverá en otro espacio que en aquel que interviene (textual: interviene) entre la victoria y la muerte”.

La gente lo escucha en el adornado recinto de la ceremonia, con profunda atención, con cejijunto silencio. Este es el hombre de la esperanza. Sus dos apariciones en el escenario público habían sido de un impresionante vigor. Su larga permanencia en Europa,

después, no hizo más que acentuar su prestigio. Todos sabían asimismo que era un hombre de elevadas ideas y de principios rígidos. Don Vicente Fidel López, viéndolo con las pupilas de su padre, nos da casi un testimonio de espectador. Lo primero que se imponía en la figura del héroe civil era su expresión solemne. Sus ademanes, sus gestos, sus maneras todas, estaban llenas de dignidad. Sus virtudes saltaban a la vista. Tenía un culto: el del Estado. El Estado a sus ojos era como la Providencia hecha institución. Resultaba difícil acercarse a su persona, aun a su persona puramente física, sin el salvoconducto de la honradez. Algo había en él que rechazaba al aventurero, fuese quien fuese. Cuando la conspiración de Álzaga, se mostró terrible, se vió el rayo de la justicia en su mano. Cien veces más lo blandiría. Si hay que colgar a un bonancible fraile, en medio del azorado espanto de una sociedad todavía colonial, se le cuelga. Es tremendo, pero se hace. Y allí pende lúgubramente de una horca el cuerpo de fray José de las Ánimas, en la plaza de la Victoria. Lo esencial es salvar a la patria. Y la salva.

II

Aunque pasaba por abundoso conversador, no era Rivadavia, como algunos quisieran decir, oráculo de huera palabrería, y menos desde una función de gobierno. En la disyuntiva de comprar obras o vender palabras — el repetido refrán —, y cuando la gente más vendía de esto que compraba de aquello, Rivadavia sólo había entendido de comprar obras, cualquiera fuese su precio. Su moralidad también en esto era de un tem-

ple excepcional. Amaba las palabras por su virtud exaltadora, mas su destino era hacer. Hacer cosas magníficas y providenciales.

Después se le había visto alejarse, en compañía de Belgrano, a los azares de una dudosa misión diplomática. En contraste con el caos que sobrevendría en las cosas de Buenos Aires y de América, hubo de ser como capital puesto aparte por la mano de la suerte. Mientras los mejores espíritus se consumían en las hornazas del odio político — el más estéril de los odios —, Rivadavia nutría~~se~~ mente de desinteresadas y armoniosas nociones. De otra parte, siendo ya el heredero de Moreno, había de ser también, por ley secreta de los grandes designios históricos, algo así como el albacea de España en América, viniendo a hacer caudal, en un solo peculio, de dos inestimables herencias: la ya dicha de Moreno, con el patrimonio idealista del Plata, y la de Carlos III, con el repertorio de sus reformas sociales. Galardón merecido del que tan altamente había querido ser lo que ya era. Pues si tantos otros se mancillaron en el incendio de la patria, y se asfixiaron y cegaron en su horrible humareda, él no dejó de contemplar más allá de la devastación disolvente, las razones eternas de la unidad.

Ni esto era todo. De 1813 en adelante, salvo breves períodos y limitadísimas áreas, la revolución fué rebajándose en el gobierno y en las almas hasta no ser más que una corriente sin rumbo. Mas a tiempo que la mesocracia la invadía, contagiándola de su vulgaridad enervadora, Rivadavia se hacía tan desigual a su pueblo y a su medio cuanto era menester para levantar una antorcha sobre todas las cabezas, así fuese en lampo fugaz que otra vez descubriese las rutas. La prensa, la Cámara, las pro-

vincias, los salones, no había cosa que se salvase en el general rebajamiento. Hombres conspicuos, de raro mérito, quedaban, sin duda, pero veían declinar la estrella de su prestigio. Una sola nube negra iba corriendo su telón por los cielos donde otrora brillaron tantos astros de primera magnitud. De pronto, en la marejada mesocrática, que de nuevo quería acrecer, asomó su mano el general Rodríguez, más a manera de quien pide auxilio que a modo de quien lo presta. Fué impresionante la reaparición de Rivadavia al favor del naciente gobierno del general Rodríguez. Era por excelencia el hombre del capital ahorrado. Y, desde luego, el hombre superior cuya influencia no cesaría de aumentar. Prueba de ello, su elección de Presidente, a cuyo juramento asistía el enorme concurso con un silencio profundo, con una atención cejijunta.

Y allí estaba ante la representación nacional. Acababa de asistir en Europa a dos diversos tipos de restauración: la mala de España, la buena de Francia. ¿Cómo dudar que su destino sería precisamente el de presidir y consumir una noble restauración en su patria? Y se puso a ser, de llegada, el sembrador de esta palabra dignísima que a breve plazo se volvería tan imbécil como atroz en los labios de Rosas.

Rivadavia se alza imponente. Sin embargo, con su figura nada apolínea, vestido a la usanza virreinal, incita al epigrama. Ya le dirán del sapo y del cangrejo, y ya florecerá para él en los pasquines el ingenio de las palabras horribles. Poca mella le hará. Cuando esto suceda, ni su orgullo se rebajará a recogerlas, ni dejarán las señoras de exclamar en torno suyo: ¡Es un hombre precioso!

Pero, ¿y aquellos desmanes jacobinos de Rivadavia,

aquella su reforma eclesiástica, en cuyo debate parlamentario lanzó él su ¡Vive Dios! formidable, y muchos viejos conventos de Buenos Aires fueron llamados escondrijos de sátiros? Nada. El verdadero clero de la revolución estaba con Rivadavia, y en el fondo le agradecía, bien que no lo pregonase, aquella saludable borrasca. Veamos, precisamente, en una de las bancas más próximas a la mesa presidencial, al presbítero y doctor don Julián Segundo de Agüero, fautor efficacísimo de la candidatura triunfante y ya apalabrado ministro, en la cartera de Gobierno, del primer Presidente. Eran muy entrañables amigos. Mariano de Vedia y Mitre ha recordado en una de sus mejores páginas, que fué el doctor Agüero quien consagró las bodas de Rivadavia con la hija huérfana del ex virrey Del Pino, doña Juana del Pino y Vera. Desde entonces —14 de agosto de 1809— se cultivaron el uno al otro, y fué perfecta su recíproca devoción.

III

Era el doctor Agüero varón de gran rectitud, teólogo y abogado, y orador de rara cordura, nada pomposo, todo lógica, de una gravedad en su trato no reñida con el amor por las maneras mundanas, y aun alguna vez — dato de Biedma, *Diccionario* — por el gusto de las conversaciones picantes; criollo, en fin, por convicción, y puede afirmarse también que por nacimiento; pues aunque Sarmiento, que fué su amigo, lo tenga por español en sus noticias sobre los emigrados, todos sus biógrafos lo tienen por argentino. Sólo faltaba determinar a ciencia cierta dónde nació, si en Córdoba o en

Buenos Aires, punto que vino a resolver monseñor Agustín Piaggio en su estudio sobre *El clero católico y la independencia argentina*, con decisiva mención de la respectiva acta porteña, fecha bautismal y padrinos que lo sacaron de pila (1).

Pero su talento, sólo conocido de las Sillas de la Catedral, fué manifiesto para todo Buenos Aires, apenas oída su oración patriótica del 25 de mayo de 1817. Hasta entonces no se había dirigido desde el púlpito oración de tanto vuelo; la cual comporta asimismo testimonio inequívoco de que Agüero no nació español: que a todas luces era criollo el que tal alegato formalizaba contra España y con aquel inconfundible acento revolucionario.

Del púlpito, como tenía que ser, pasó a las bancas de la Legislatura. Diputado, llevó lo más claro de su erudición a los más hondos debates de la época. Dice López que antes de hablar, hecha la atmósfera de silencio que convenía, se quedaba “envuelto en el gesto impenetrable y ceñido que caracterizaba su fisonomía”. Mas no era teatral ensimismamiento el suyo, que así se guardaría de una teatralidad como de una mentira, o de irrumpir después en plañidera y temblorosa oratoria. Hablaba con toda naturalidad, con frase llana y concepto conciso, como quien se ha esforzado mucho tiempo en esa no común disciplina de la lealtad consigo mismo. Poco le entusiasmaban por esto las musas más gárrulas que sabias de ambas orillas. Leopoldo Lugones en su magnífica *Historia de Sarmiento* recoge este su juicio de una perspicacia crítica ejemplar sobre el primer romanticismo rioplatense: ¡Muy malos versos!

(1) “Certamen de la Academia Literaria del Plata”, 1910.

Si faltase justiciero epitafio en su lápida, ahí están las propias palabras de Rivadavia, para inscribirlas: "El fomento de la causa de la civilización estuvo en sus manos"; y siempre fué de los que querían "promover el adelanto de la sociedad hacia el término que le señalan las instituciones libres".

Tal fué el varón, el clarísimo varón que defendió la enfiteusis en el Congreso, como ministro de Rivadavia. . . ¿el que la defendió? . . . el que la sacó triunfante, para todos los tiempos, con la seguridad del que sabe, con la paciencia del que enseña.

CAPÍTULO XVII.

LA ENFITEUSIS DE RIVADAVIA

I

El alma de un pensador es una viviente antena sumergida en el aire de las ideas. Aire siempre pleno, pues cuando nace una idea no muere más. Se ve muy bien, a través de la historia, cómo reaparecen siempre. En rigor, no cesan nunca de recorrer los cielos como en errantes imágenes. Son las nubes del firmamento del alma. Se coloran diversamente y se van presentando a los grandes pensadores, según ellos las atraen y llaman con la fuerza de un ideal. Es seguro que el nacimiento de un pueblo se ve asistido por estas presencias supremas. La equidad es una de ellas. Los hombres, hasta los más egoístas, la llaman y acogen. Es entonces cuando su luz consigue proyectarse en las instituciones, en las leyes, siquiera sea en el preámbulo de una constitución.

Pero se comprende cuán difícil es que la teoría y la práctica se asocien en una síntesis feliz. Ambas corrientes no coinciden sino rara vez. Lo práctico está constituido, casi por entero, de rutinas, de intereses, de inercias, en una palabra, de miedo a innovar; al paso que

lo teórico consta, casi totalmente, de libertad y de creación, en una palabra, de anhelo de innovar.

Se diría que sólo la Providencia suele, a veces, atraer una de esas grandes ideas flotantes al seno de las terrenales conveniencias. Con una sigilosa astucia los hechos preparan el lazo en que el desconfiado y rutinario egoísmo será cogido. Es fatal, y seguirá siéndolo por mucho tiempo, que el puro ideal aparezca en la escena de los acontecimientos como forzado por la necesidad más perentoria. Sólo con esta máscara halla acceso entre los hombres. Para una abstracción siempre hay otra que la invalida, y así el ideal no consigue nunca una positiva victoria. Para que la enfiteusis pueda ser legislada (lleguemos al fondo de nuestro asunto) es absolutamente necesario que se presente como la única salida posible. La tierra pública no puede venderse ni donarse. ¿Por qué? Porque el decreto del 17 de abril de 1822 inhibe su enajenación. ¿Por qué? Porque debe ser ofrecida en garantía. ¿Por qué? Porque urge obtener crédito en la banca extranjera y hay que hipotecar las tierras del Estado. "Sin la hipoteca de la tierra no hay crédito; sin crédito no hay rentas, y sin rentas, ni defensa, ni propiedad, ni gobierno". Esto se entiende muy bien y se vota sin discusión. Perfectamente; pero la venta o la donación son ya imposibles y el mero arrendamiento no interesará a nadie. Hay que otorgar todos los beneficios de la propiedad sin perder el dominio, originando de paso una renta fiscal. ¿De qué modo? Sólo queda un recurso: la enfiteusis o arrendamiento a largo plazo concebido en una nueva forma genial. Así fué cómo la antigua, la antiquísima idea jurídica de la enfiteusis hubo de cobrar en el Plata aspectos tan singulares que todavía hoy señala desde las alturas en que se cernió,

las más inmensas perspectivas que se conozcan en estas partes de América.

Parecerá, sin embargo, una lástima que no nos detengamos más bien a considerar en el Rivadavia de aquella gran época, al hombre de corteses maneras, cultísimo, doctísimo, por cuya virtuosa presencia la vida del espíritu hubo de tener al fin un claro día en Buenos Aires. Otros lo han hecho en valiosas páginas que no acertaríamos a aventajar, y singularmente el doctor Mariano de Vedia y Mitre y don Alvaro Melián Lafinur en amplios estudios. Nuestra tarea consistirá únicamente en detenernos algo más de lo habitual en la recta consideración de la enfiteusis, habida cuenta de que es entre las glorias de Rivadavia la peor conocida cuando no la más torpemente atacada.

¿De dónde venía esta idea? ¿En dónde se había formado? ¿Cómo había nacido? Imitando modelos helénicos, Roma empleó la enfiteusis para las tierras incultas, cuando se cedían a largo plazo mediante un pequeño canon y el compromiso, por parte del agricultor, de cultivarlas y volverlas productivas. Nada más: una simple institución del derecho privado. Sin embargo, estaba destinada a un extraordinario contenido social. No digamos social; digamos fiscal. En nada se empequeñece la idea. Lo fiscal era entonces lo social. De otra parte, la revolución argentina no se hizo desde abajo por un partido político; fué hecha en cambio desde arriba por una clase de antemano gobernante. Ni hay por qué esperar iniciativas propiamente sociales de los primitivos partidos políticos, surgidos a la zaga de la revolución. En compensación, es evidente que los hombres exaltados al poder democrático se sentían en una completa libertad de acción y en un estado de ágiles

revisiones como no se había visto nunca. Un deber ineludible se reconocían y arrogaban por mandato de su sola conciencia, si ya no también por la fuerza de los hechos: suscitar la riqueza, organizar la felicidad de los pueblos. De aquí surge todo el repertorio político y social de la Asamblea del año 13.

Suscitar la riqueza y el bienestar general en el concierto de instituciones libres: éste fué y éste era el viejo pleito con España y la razón esencial del alzamiento. Pleito, por lo demás, comenzado en plena vigencia del poderío español y en nombre justamente de las más acreditadas doctrinas de muchos, de muchísimos reformadores peninsulares; innovadores, hartos más que revolucionarios, que partiendo de lo fiscal se dirigían a todo el perímetro de las urgencias sociales. Por eso, prescindir de los antecedentes hispánicos en cosa tan española como la enfiteusis de Rivadavia, y atenerse únicamente a las constancias de los archivos públicos, es renunciar a comprenderla y perderse a la rastra de una firma o de una fecha, en el enano herbazal de los decretos administrativos. Según el adagio alemán, veces hay en que el árbol no deja ver el bosque. Puede acontecer todavía algo peor: que la brizna del suelo no deje ver el árbol que allí hunde sus raíces y se levanta altanero.

II

Sobre ser genuinamente españolista por educación y convicción, Rivadavia pasó en España años decisivos para la completa evolución de sus ideales agrarios. Allí le tocó respirar la atmósfera que más le convenía a él

que había dicho en 1812, al ordenar el levantamiento del plano topográfico de la provincia “que esa medida tenía por objeto repartir gratuitamente a los hijos del país suertes de estancia proporcionadas y chacras para la siembra de granos, bajo un sistema político que asegure el establecimiento de poblaciones y la felicidad de tantas familias patricias que siendo víctimas de la codicia de los poderosos, viven en la indigencia y en el abatimiento, con escándalo de la razón y en perjuicio de los verdaderos intereses del Estado”. No importa que allí se hable de reparticiones gratuitas; lo importante es que ya impere en su pensamiento la preocupación por un mejor aprovechamiento de la tierra pública. Y aquí diremos también que Rivadavia distinguía perfectamente la tierra privada de la pública, de donde discernía derechos y obligaciones diferentes para uno u otro caso. Lo cual en nada rebaja su genio lleno de previsión.

Insistimos. Esa era la atmósfera que entonces prevalecía en España. Todos anhelaban una reorganización institucional. Y así, nada tan parecido a la Buenos Aires que dejara como el Madrid que encontró. Precisamente por aquellos años se reimprimían en la Corte las célebres cartas del conde de Cabarrús “sobre los obstáculos que la naturaleza, la opinión y las leyes oponen a la felicidad pública”. El famoso proyecto de ley agraria de Jovellanos, se iluminaba de nuevo y muchas de sus frases quedaban por patrimonio de todos: verbigracia, que “la historia del comercio está en los surcos de la tierra”.

Cuando pensador tan divulgado como don Joaquín Costa ha escrito un libro de síntesis doctrinal por tal manera valioso como su *Colectivismo agrario en Espa-*

ña, no está de más conocerlo, si ha de escribirse sobre la enfiteusis de Rivadavia, para acabar de cerciorarse con cien ejemplos a la vista, de que en ningún país se agitaron más poderosamente que en España — madre intelectual del prócer — las ideas y doctrinas sobre un nuevo régimen agrario. Conocer estas doctrinas es penetrar de verdad en el pensamiento rivadaviano.

Juan Luis Vives, casi apenas descubierta América, fundaba, en el terreno de la filosofía natural los principios de una nueva interpretación económica y llamaba “ladrón y robador convicto” al que “ocupa y retiene lo que no crió la naturaleza para él solo”. El gran padre Mariana también había de saber que “Dios entregó a todos los hombres la tierra para que se sustentaran de sus frutos y sólo la rabiosa codicia pudo acotar para sí ese patrimonio divino”. Para él no es un dogma ni religioso ni político que haya pobres, y exige del poder que se regule la riqueza natural, y aun conmina al príncipe a no consentir en el monopolio de la riqueza por unos pocos. El planea ya entonces un socialismo agrario. Si con el Renacimiento vuelve la tremenda Roma quiritaria, con el padre Mariana y con Lope de Deza el derecho natural le es opuesto en nombre de Jesús y de Moisés. Este Lope de Deza había de decir que el derecho de propiedad caduca en faltando el cultivo. América dijo asimismo su palabra desde el Perú de los Incas. Joaquín Costa trae los nombres de todos los que en el siglo XVII propugnaron un mejor repartimiento y labranza de las tierras. Mas viniendo a Lope de Deza otra vez, hallaremos que fué el primer ensalzador de la enfiteusis, de una enfiteusis ya de tipo nuevo, “arrendamiento perpetuo de haciendas rayzes por poquísimas y moderadísimas pensiones en los mis-

mos frutos a que podían acudir con suavidad los labradores”. Después vino la gran época, la que corre de 1766 a 1770, breve sí, pero intensísima, en que abundan las reales provisiones respecto de ceder tierras a las personas privadas mediante el pago de una pensión o canon a las municipalidades “en quienes había de perpetuarse el dominio directo”. Hay que saber, además, que en 1775 la Sociedad Económica de Madrid sacaba a concurso este tema: “¿Cuáles son los medios de fomentar sólidamente la agricultura y remover los obstáculos que puedan impedirlo?” Que fué cuando Pérez Rico prohibió el principio de la semipropiedad del suelo mediante la institución de la enfiteusis. De esta suerte los nombres de Aranda, de Floridablanca, de Campomanes, de Jovellanos, de tantos reformadores más — todos de la península— aclaran cada una de las iniciativas de Rivadavia como hombre de gobierno. Y en lo tocante a la enfiteusis ¿quién duda que la concibió al fulgor de las enseñanzas hispánicas? La división de Rivadavia en tierras de pastoreo y de pan llevar ya está en Floridablanca que las llama respectivamente de pasto y de cultivo. De otra parte, Campomanes había dejado muy en claro que “todo hombre por el hecho de nacer tiene derecho a una dotación congrua de labor y pastos”.

III

Todas esas corrientes desembocan en la enfiteusis de Rivadavia, o *neo enfiteusis*, como tan certeramente la llama Melián Lafinur (1), y todavía la doctrina de

(1) ALVARO MELIÁN LAFINUR: *Figuras Americanas: Bernardino Rivadavia*.

los fisiócratas y la ciencia de los tratadistas ingleses; sin olvidar los propios antecedentes argentinos de liberalismo agrario, patente ya en la Asamblea del año 13, en que hubieron de abolirse vinculaciones y mayorazgos como contradictorios — siguen palabras del redactor de la Asamblea — “al espíritu de igualdad... al interés de la población y al aumento de las riquezas territoriales”, objetos siempre distantes “mientras el patrimonio de muchas familias forme la fortuna de un solo ciudadano...”

Con tales antecedentes resulta soberanamente original achacar a sofistería de los georgistas la fama histórica de la enfiteusis. Nació famosa y nueva. Pues ¿qué tenía que ver la enfiteusis rivadaviana con la que hasta entonces conocían los juristas criollos pasada por las Siete Partidas? (“E a logar este enagenamiento en las cosas que son dichas rayzes con voluntad del señor de la cosa e del que la recibe en esta manera: que el receptor ha de dar luego de mano al otro el dinero o cosa cierta...””) ¿En qué se parecían, quitado el llamarse ambos contratos, enfiteusis, y ser “de tal natura que directamente non puede ser llamada vendida (venta) nin arrendamiento como quier que tiene natura en sí de ambas a dos”?

La enfiteusis, repetimos, nació famosa y nueva. La propia comisión del Congreso, al informar sobre el proyecto, reconocía el enorme alcance de la ley. “En presencia de este proyecto — son sus palabras — la comisión experimenta una satisfacción que no puede menos que expresar; y ésta consiste en que el Fisco no se deja ver en América bajo aquellas formas feroces con que por tanto tiempo ha desolado a Europa. El no es ya para nosotros aquel monstruo sediento que

todo lo absorbe y lo diseca, sino antes bien, un amigo apacible que calcula los intereses del Estado fomentando las fortunas de los particulares”.

Bien cierto es que la preocupación más constante de Rivadavia fué la sanción de una ley de terrenos cual correspondía a la situación del país y a su prosperidad (decreto de diciembre de 1823). Ni hay cómo negar sus iniciativas concordantes: todo a la luz de la Economía Política, la ciencia nueva, cuya finalidad no era otra que organizar la sociedad en mira de la felicidad de todos. (Las ciencias sociales nacen siempre así, entre gloriosos albores. Lo mismo nacería, lustros más tarde, la sociología.) ¿Qué mucho entonces que la enfiteusis alcanzara en el pensamiento de Rivadavia todo el valor de un recurso extraordinariamente fecundo? Es no conocer la psicología de aquel prócer, ponerlo en duda.

Por donde quiera que se contemple el pensamiento de Rivadavia en materia económica, surgirá luminosa la figura de un reformador, incapaz de retroceder ante las consecuencias demasiado felices de una reforma fiscal, como tantos buhos tradicionalistas de ayer y de hoy. Antes bien, imbuído Rivadavia de las nuevas verdades de la ciencia económica, cuya cátedra se apresuró a fundar, él buscaba con perentoria prisa “la aplicación de la teoría a la práctica correspondiente”, sin que le asustase nunca el cuadro de la posible felicidad de todos.

CAPÍTULO XVIII.

LA DISCUSION DE LA ENFITEUSIS

I

El 7 de abril de 1826 tenía entrada en el Congreso General Constituyente el famoso proyecto de tierras en enfiteusis, el cual rezaba así:

“Artículo 1º — Las tierras de propiedad pública cuya enajenación, por la ley de 15 de febrero, es prohibida en todo el territorio del Estado, se darán en enfiteusis durante el término de diez años, que empezarán a contarse desde el 1º de enero de 1827.

“Art. 2º — El que las reciba en esta forma pagará al tesoro público la renta o canon correspondiente a un ocho por ciento anual sobre el valor que se considere a dichas tierras, si son de pastoreo, o a un cuatro por ciento si son de pan llevar.

“Art. 3º — El valor de las tierras será graduado por un “jury” de tres a cinco propietarios de los más inmediatos en cuanto pueda ser, al terreno que ha de justipreciarse.

“Art. 4º — El gobierno reglará la forma en que ha de ser nombrado el “jury” de que habla el artículo anterior, y el juez que ha de presidirlo.

“Art. 5º — Si la valuación hecha por el “jury” fuese reclamada, o por parte del enfiteuta o por la del fisco, resolverá definitivamente un segundo “jury”, compuesto del mismo modo que el primero.

“Art. 6º — La renta o canon que por el artículo 2º se establece, empezará a correr desde el día en que al enfiteuta se mande dar posesión del terreno.

“Art. 7º — El canon correspondiente al primer año se satisfará por mitad en los dos años siguientes.

“Art. 8º — Los períodos en que ha de enterarse el canon anual establecido serán acordados por el gobierno.

“Art. 9º — Al vencimiento de los diez años que se fijan en el artículo 1º, esta ley será revisada por la Legislatura nacional”.

Avellaneda, de quien no se debe prescindir, ni hay derecho, al estudiar la enfiteusis, ya que él en sus estudios agrarios preconiza en sustancia un régimen muy distinto, no puede menos de entusiasmarse con un recurso que tantos problemas resolvía a la vez, con esa su apariencia paradójica de dar la tierra sin otorgar la propiedad, buscando, empero, que así fructificase sin demora al propio paso que rindiese la mejor renta al Estado.

Por caminos nuevos en la historia, se repetía para una república el caso medioeval de los grandes barones tan bien sintetizado en estas líneas del mismo Avellaneda: “El barón feudal no podía vender la tierra, que era la base de su jerarquía social. No podía cultivarla porque iba a la guerra. Dábala al colono durante su vida”.

A todo esto, el 10 de mayo de ese histórico año de 1826 comenzaría el debate. Cada uno de los diputados traía bien repasado su Derecho Romano y sus Leyes Es-

pañolas. Cada uno de los diputados, de casa en casa, había recogido las palpitaciones del ambiente. Cada uno de los diputados, acaso, había debido repetir acá y allá, como una letanía, no solamente la retahila de razones que tornaban urgente la enfiteusis, sino, de añadidura, todo el programa de Rivadavia: había que formar un fondo nacional; los gastos aumentaban y todos pesaban sobre una sola provincia; urgía fundar el crédito nacional; procurar un aumento progresivo de la riqueza pública; acelerar la producción; introducir nuevos capitales; aumentar la materia imponible en vez de multiplicar los impuestos que la disminuyen. Pagar, pues el que paga se enriquece. . .

II

Por otra parte, no pocas veces se había discurrido en los periódicos sobre las reformas tributarias, tanto por lo que atañe a la naturaleza y recaudación de los impuestos cuanto a los gastos públicos. Así, por ejemplo, *El Argos* en su número del 30 de junio de 1821 trae un comunicado de verdadero interés, en orden a los nuevos principios fiscales. ¿De dónde sacar los impuestos con mayor ventaja y equidad? Esta, nada menos, es una de las cuestiones debatidas. Pero léase su párrafo más substancial y a decir verdad tan *georgista*:

“Como probablemente las aduanas no bastarán y tampoco es justo fijar todas las miras en una existencia tan precaria; propondré un nuevo arbitrio, sencillísimo, de fácil recaudación, y que aleja la arbitrariedad y fraude. La provincia tiene desde el Salado hasta el Arroyo de Enmedio sobre 4 millones de cuadras cuadradas de a 150 varas; tómense las tierras como balanza de la

riqueza individual, y pague cada propietario medio real al año por cuadra: he aquí 250 mil pesos que lejos de perjudicar avivarán la industria facilitando la subdivisión de los terrenos, haciendo por esta medida que muchos pasasen del abandono a manos activas y laboriosas”.

Hubo de salir al cruce D. Santiago Wilde, autor recientísimo de una memoria sobre el crédito público, y con esto, reconocido como muy gran autoridad en materia económica. Salía al cruce en el propio nombre de *El Argos* contra su ocasional colaborador.

Transcribo puntualmente su objeción:

“Este es el eje principal del comunicado, y el *Argos* siente infinito no descubrirle una mayor solidez. Se asegura que a una distancia regular de la ciudad se compra en el día por 60 pesos una legua cuadrada de terreno; en una legua cuadrada caben 1600 *cuadras cuadradas* que reguladas a medio real asciende a la suma de 100 pesos ¿cómo entonces se ha de pagar 100 pesos anuales por una cosa que no vale sino 60? Dirá el autor del comunicado y dirá bien que en estos terrenos habrá casas, ganados, etc.; pero los habrá como en el día los hay con muchísima desigualdad. Por otra parte a las inmediaciones de la ciudad, una sola cuadra tiene un valor considerable, y el *Argos* no comprende porqué el autor del comunicado quiere que estos terrenos no paguen sino medio real al año. En nuestro país menos que en cualquier otro, pueden servir las tierras para medir las facultades de sus dueños; y para esto al *Argos* le parece que en el artículo 1 de la *memoria* pág. 18 se provee lo suficiente para todos los casos y circunstancias que puedan ofrecerse”.

No se quedó callado por largo tiempo el fisiócrata.

En el *Argos* del 14 de julio hállase la defensa de todos y cada uno de sus apotegmas; y al pie del comunicado, las notas de refutación que el propio D. Santiago Wilde, redactor del periódico, no se quedó corto en poner.

Véase primero lo que dijo el fisiócrata:

“El señor W. no se olvida de los terrenos en los artículos de su memoria; pero yo deseara que esta contribución tomara una forma importante, mirándola como una de las bases principales de las entradas del erario.

“Por lo que hace a las objeciones que se le opusieron, observaré que dudo se encuentren a este lado del Salado, tierras a menor precio de a dos reales vara, o mil pesos la legua cuadrada (en lugar de sesenta pesos que dice el *Argos*); mas aún cuando así fuese, estimo el terreno por sus producciones, pudiéndose en toda la provincia regular aquellos de una fertilidad capaz de contener 4000 cabezas por legua cuadrada, cuyo capital unido a lo demás que le es anejo, bien puede dar una utilidad proporcionada a los 200 pesos que se le exigen para los gastos de la comunidad; y no habiendo otras mil trabas que en el día existen.

“Si en los terrenos hay poblaciones y ganados con mucha desigualdad, este es un mal de consideración que conviene remediar. Nuestra población es débil porque es extensa; ella sería respetable si se poblasen convenientemente los terrenos que están a nuestra inmediación, y las tasas territoriales proporcionarían esta ventaja, propendiendo al equilibrio. Reduciéndose los hacendados, según sus facultades a las tierras que les fuesen puramente precisas, se abriría un vasto campo para la concentración de nuestra riqueza, y aumento de los medios de defensa. Nuestras posesiones con mejor apoyo se ex-

tenderían en lo sucesivo con mayor facilidad y duración. ¡Cuántos hacendados tienen actualmente vendidos sus intereses por falta de una parte de las tierras inmediatas que se les podría proporcionar! Por otro lado el mayor número de propietarios avivaría la industria, haría más apetecible el campo, y más sencillo el establecimiento de una buena y exacta policía.

“Por lo que hace a la calidad de las tierras es casi la misma en toda la provincia, si se exceptúan algunos cortos retazos de bañados, que tienen en cambio algunas otras ventajas.

“Los ríos y las grandes lagunas permanentes, es claro que por ser del público deben estar libres de todo derecho.

“El señor W. establece con fundamento que las contribuciones deben derivar de las utilidades y no de los capitales. Ved ahí por qué las tierras distantes pagarían lo mismo que las cercanas, aunque éstas tuviesen más valor; pues este es un capital muerto, o un sacrificio que hace el comprador en beneficio del tráfico futuro”.

No era comprensión lo que a Wilde le faltaba. Era simplemente que él, tan inglés y tradicionalista, no participaba en absoluto de las ideas revolucionarias de su impugnador.

De suerte que le contestó categórico:

“Precisamente, ésta es, señor *sin firma*, la misma doctrina de los economistas franceses, discípulos de *Quesnay* que quisieron introducir el *impuesto único*, pero del que ya no se habla sino con *admiración* como de la piedra filosofal. El *impuesto único* es cuando menos por el estilo de la *panacea*, o bien del remedio único. Pero, señor *sin firma*; tanto el cuerpo político como el físico exige para su bienestar y conservación un cui-

dado continuo y detenido: razón por la que tenemos al presente legisladores perpetuos, como tenemos facultativos en el arte de curar: — unos y otros aun cuando funden sus propios juicios en principios *fijos*, no los aplican sino según la más o menos urgencia de los casos, en una palabra, señor *sin firma*, lo que se necesita es el *espíritu de análisis*, y de ningún modo *el espíritu de sistema*".

Tales son los preciosos antecedentes porteños de la enfiteusis. Valía la pena de transcribir los respectivos fragmentos, aun a riesgo de abundar. . .

III

Pero ya está el proyecto en debate y va a leerse el informe de la comisión de hacienda, la cual en verdad no se remonta a las grandes ideas para aconsejar la adopción del recurso, si bien declara que nada encontró en él que no fuese "una combinación feliz de lo que permiten las circunstancias, de lo que exigen las necesidades del erario y de lo que podía meditararse para promover con mejor suceso los adelantos de la industria rural".

Cuando se trabe la discusión, se verá bien claro que la enfiteusis se presenta como una jugada forzosa. Fácil será establecer en primer término que la depreciación del suelo en ciertas regiones ha llegado a tal extremo, que vender sería tanto como buscar la bancarrota del Estado y el fracaso de sus negociaciones de crédito. El gobierno conoce bien los precios. Lugares hay en la propia provincia de Buenos Aires donde la tierra no se toma ni regalada. Esto no obstante, el gobierno espera,

con segura confianza en el éxito de la enfiteusis: un Rivadavia, un Agüero saben el profundo por qué... Vendida la tierra por el Estado, apenas habría quien diese más de veinticinco pesos por la legua. De consiguiente, vender sería funesto, aun vendiendo a buen precio... ¿Cómo?... ¿Qué paradojas son esas?... No. No son paradojas. Son conclusiones doctrinarias de una verdad económica incontestable. Vender sería funesto, aun vendiendo a buen precio, pues "sucedería que los compradores de estas tierras serían cuando más una o dos compañías de calculistas, quienes sucederían al gobierno en la propiedad de estos terrenos; y véase aquí en ejercicio, aunque con otra denominación, el sistema de feudos y mayorazgos, bajo cuyo yugo ha gemido por tanto tiempo la agricultura en toda España..."

Palabras realmente reveladoras. Porque todo un nuevo horizonte queda a la vista. No solamente los feudos son feudos; no solamente los mayorazgos son mayorazgos. Feudo y mayorazgo hay también allí donde la especulación de unos pocos se adueña de la riqueza de todos; y hasta cuando se vende a buen precio enriqueciendo de momento el público erario, ya que nunca una o dos compañías de calculistas deben suceder al gobierno en propiedad que tanto importa. Nada más funesto que gobernar para los especuladores de tierras. Eso decía y pensaba el gobierno de Rivadavia intergiversablemente.

Bien sabía Agüero (su perspicacia es toda ojos) que "en la agricultura se especula hasta con poco dinero". Puesta la tierra en manos monopolizadoras, "como la demanda de las tierras crecerá (mientras que las tierras no podrán aumentar) siempre se verificará que la ambición, la vanidad y acaso también el capricho de los

grandes propietarios será la única ley en materia de arrendamiento. . .” ¡Cuán otro el cuadro “si el Estado es quien arrienda!” En tal caso, “como los intereses del Estado van perfectamente de acuerdo con los del arrendatario “se arregla un arrendamiento siempre equitativo”. ¿O no quiere el Estado “hacer grandes propietarios aun de las clases ínfimas y más miserables”?

“Más vale — dice Agüero en otra oportunidad — conservarse la enfiteusis indefinidamente que vender las tierras, porque el precio se consume y la renta se conserva”. Más claro aún: “Podría fijarse en la ley que la enfiteusis fuese perpetua; porque la nación debe conservar perpetuamente el dominio de las tierras” (1).

En estas palabras está resplandeciente el verdadero espíritu de la ley. Bien dijo de ella en esa misma primera sesión el diputado Gómez, que podía llamarse célebre en su época. Y así no hay manera de menoscabar tan de ligero como se querría, uno de los más altos pensamientos de la muy notable presidencia. Con o sin el empréstito que se negociaba en Londres, algo grande hubiera hecho Rivadavia con la tierra pública, pues nunca pensó que se le debiera dejar infecunda sólo a la espera de malbaratarla.

IV

Mas volvamos a la sesión.

Por mucho que los ilustres representantes hubiesen repasado su Derecho Romano y bien que todos tuviesen una idea clarísima sobre la proyectada enfiteusis, tales

(1) ANDRÉS LAMAS: *La legislación agraria de Rivadavia*. (“Nueva Revista de Buenos Aires”, entrega de mayo de 1883.)

y tantos eran los aspectos, ya teóricos, ya prácticos de esa verdadera creación institucional, que no dejaron de enunciarse muchas "cuestiones de pura voz", como dijera el ministro Agüero para referirse con su más blando eufemismo a repentinas objeciones desprovistas de todo sentido.

Con ser tanta la parsimoniosa compostura del tonurado ministro, momentos hay en que vacila su paciencia.

—¡Señor! — debe exclamar alguna vez conteniendo una crítica—. No puede escogerse un medio más arbitrario que el que propone el señor diputado. . .

Y entonces, a comenzar de nuevo, a explicarlo todo desde los comienzos, a reproducir con otras palabras la ley de algún mal comprendido principio económico.

De este modo, durante días y días, el oráculo de la verdad fué el doctor Agüero. El dice las palabras definitivas; él formula los últimos apotegmas. En su palabra relampaguea la luz del derecho natural, y el asunto de la tierra es como retrotraído a su origen. Si es rica la doctrina en que se inspira el ministro, sus palabras son bien claras. Hay frases que se pegan al oído, como verdades que hallasen la más feliz de las síntesis. La gente sale repitiéndolas.

¡Y cómo no había de ser así, cuando eran viejos amores suyos los temas de la política agraria! La Sociedad Literaria, allá por 1822, sacó a concurso bajo la presidencia de Agüero precisamente un problema concordante (1): ¿Cuáles son las causas que detienen el progreso de la agricultura de esta provincia, y cuáles los medios de removerlas?

(1) *El Argos*, abril, 1822.

Ha pasado más de un siglo, y el proyecto de enfiteusis está perfectamente vivo, como el día en que lo articuló Rivadavia. Parecería que el Congreso debiese reabrir su discusión. Si hay algún proyecto de ley que pudiera reeditarse íntegramente ante las Cámaras es sin duda aquél. No se conoce otro alguno tan vivo, tan permanentemente actual en la historia de la legislación argentina. Y es que con él se llevaba realmente la revolución adelante, como en los grandes días del año 13.

Lamas tiene razón al adjudicarle hasta un sentido social. Concuerdá su parecer con las exposiciones de Agüero y con la doctrina de *El Mensajero Argentino* que fuera el órgano presidencial. Para *El Mensajero* (véase la entrega del 15 de junio de 1826), la riqueza territorial debe considerarse en nuestra patria "como la base de la prosperidad pública". Cabe afirmarlo: "Las leyes que reglan este importante ramo son de una inmensa consecuencia, pues ellas deciden de la fortuna de todo el país y de la suerte de centenares de generaciones". Felicítese la patria por la ley del 18 de mayo. La base por ella adoptada para la distribución de tierras públicas "es la más justa, la más ventajosa, la más productiva . . . y la más propia al estado de creación en que se halla el país". Por otra parte, el dominio y uso de las tierras es un don de sociedad. "La propiedad de la tierra no es una creación completa de la industria como la de toda otra obra". De donde, el uso o apropiación de la tierra "sólo puede fundarse en un principio de utilidad pública". Y a este respecto, el contrato de enfiteusis reúne las mejores cualidades: "hace gozar al poblador de todo el dominio útil del terreno, mientras que el propietario, que es la sociedad, goza de una renta segura que representa el dominio directo".

Abundó en la misma doctrina *La Crónica Política y*

Literaria de Buenos Aires, y aún glosó a la luz de la nueva ley los pasados sucesos de Francia y los recientes de Irlanda: "Los desórdenes de que tanto se quejaban en Francia antes de la revolución como los males que aquejan hoy a Irlanda, no tienen otro origen que la acumulación de la propiedad territorial. . ." Merced a la enfiteusis no se abriría en el Plata "la puerta a una aristocracia fincada, tanto más temible cuanto que su propensión natural es apoderarse de los manantiales de la riqueza del país, desde el seno de la ociosidad y de la corrupción". Todo lo cual nos demuestra que no pudo ser menos afortunado de lo que fué el señor Emilio A. Coni al querer probar sin ningún acervo jurídico, documental ni doctrinario — sin más bagaje que dos o tres papelitos del Archivo caprichosamente interpretados —, que la ley de enfiteusis no pasó de ser un recurso de emergencia desprovisto de toda significación social. . .

Con esto y más, habrá siempre quien lo comprenda al punto y quien no lo comprenda nunca. Con la ley de enfiteusis se llevaba la revolución adelante; pero no desde abajo, a lo jacobino, sino desde arriba, a lo ministro de Carlos III. La emancipación no podía limitarse a que no mandase el rey. Su programa era la abolición total de la Colonia: monopolio, feudo y mayorazgo. No había ni para qué decir estas cosas. Las sabían todos: ministros y diputados.

Para hombres como Rivadavia, gobernar no es mandar solamente, ni consiste el mandar en el mero ejercicio de la arbitrariedad. Gobernar y mandar son conceptos que a la vez significan propulsar, engrandecer y libertar. El gobernante de verdad es un eterno dador. Y es precisamente con los contornos de un dador providencial como se nos muestra el Rivadavia de la enfiteusis.

LIBRO V
LA PAZ CON ESPAÑA

CAPÍTULO XIX.

LA LIBERTAD DE LIMA

I

Fué Rivadavia, entre todos los americanos ilustres, el que primero abogó por la paz continental con España. Si grande y espantosa — de espantosa grandeza — se mostró su furia antiespañola cuando el episodio de Álzaga, su pacifismo ministerial no parece sino la compensación ofrecida por un espíritu profundamente español al restablecimiento de su propio equilibrio. Se pierden, a mi ver, en una pobre anécdota los que lo achacan a mala voluntad para con San Martín. No se trata en modo alguno de eso. Hombre de la realidad de mañana, como lo fué siempre Rivadavia, percibió que ya a comienzos del año de 1821 la guerra con la antigua metrópoli debía darse por virtualmente concluída. Si se quiere, éste era el sentimiento unánime en todas las clases. La guerra había dejado de ser una empresa viva. Antes bien, era una rémora para América; y en la enorme gloria militar de Bolívar asomaba un peligro que convenía disipar. Hablando a conciencia, dábase por absolutamente asegurada la independencia

efectiva de las nuevas naciones, pasara lo que pasara. En diez años de lucha esto era lo irrevocable. Irrevocable porque venía de lo más hondo de la voluntad de los pueblos y hasta de la más evidente ordenación de los fastos históricos.

La segunda década se abría con el desaliento de las últimas fuerzas peninsulares. Lima estaba a punto de caer. *La Gaceta* (26 de noviembre de 1820) acogía con un ¡viva la patria! las lisonjeras noticias sobre la expedición libertadora del Perú. El 14 de octubre de ese mismo año, San Martín firmaba este pagaré del heroísmo: "Lima estará en nuestro poder a los tres meses de la fecha".

Estas buenas noticias contrabalancean precisamente las pesadas negruras de ese año maldito.

Como una confirmación de tan buenos augurios, *La Gaceta* del 7 de diciembre de aquel mismo año 20, publicaba importantes papeles diplomáticos traídos por una delegación española "con bastantes poderes para cortar las disensiones de la España con nuestra América". Diputación exploradora, diputación que no venía autorizada "a reconocer antes de toda negociación la preliminar e indispensable base de la independencia"; pero embajada al fin como antes otra alguna se vió.

Por varios días se avistó en el Río de la Plata el barco de guerra con bandera española en que la diputación venía. Ya suscitaba alarmas, ya engendraba esperanzas. Lo cierto es que de este bergantín guerrero se había desprendido un bote, y que desde este bote se habían entregado los referidos papeles diplomáticos con destino al gobierno porteño. Sin embargo, ni el bergantín abandonó el fondeadero ni bajó a tierra diputación alguna. Sabíase, con todo, que los dichos pliegos eran de suma importancia,

como que procedían de las autorizadas manos de una regia comisión “encargada por el Gobierno Constitucional de España, de negociar una cordial reconciliación entre argentinos y españoles sobre bases de una perfecta igualdad, según correspondía a miembros de una misma familia”. Y si la regia comisión fué despachada por impertinente, ya que su presencia y empeños suponía la existencia de una metrópoli en ultramar, ella dió ocasión para que el gobierno de Buenos Aires formulase las condiciones en que entraría a considerar proposiciones de paz, aportando de paso la prueba bien clara de que España no estaba ya en plan de guerrear. Alboreaba al fin para el Río de la Plata el día de la diplomacia franca y leal, sin mentidos proyectos monárquicos, de los que inventó en otra época la urgencia de ganar tiempo.

Otro parte de San Martín, recogido en *La Gaceta* (13 de diciembre de 1820), alejaba las últimas dudas: “Me es lisonjero asegurar a V. E. que los progresos del ejército y el aumento de sus recursos ha excedido ya mis esperanzas”. Y nótese que también por Lima se negociaba la paz. Tras brevísimo lapsó, he ahí una *Gaceta* extraordinaria con su primera plana coronada de un simbólico sol y una leyenda que decía: “¡Salve, oh dulce Patria, en los momentos de tu honra y de tu gloria!” La libertad triunfaba por todas partes. El Perú parecía totalmente libertado. El gobierno de Buenos Aires instaba a iluminar doblemente la ciudad por esa noche y a concurrir el domingo 24 con las autoridades a la misa de gracias en la iglesia Catedral.

II

Para Buenos Aires, el año 20, que terminaba, había sido hartamente lóbrego. Ominoso se le llamaba en prosa y en verso. Mas en sus postrimerías, el espíritu público, otra vez optimista, corría a sacar desquite de las pasadas desgracias, con los partes promisorios de su brigadier. El fin de la guerra aparejaría de suyo un comienzo de ordenación civil. En todo caso, no podía abrirse con más gloria el nuevo año, ni con mejor fundadas esperanzas. La diputación española — bien que hubiera dado por imposibles las negociaciones a vista de la imposición preliminar del gobierno — volvía sobre sus pasos invitando a conversar sobre la suerte de América en la corte del Janeiro. Y esto no era todo. Las buenas nuevas sucedíanse ya sin interrupción. A los triunfos en el Perú se siguieron, tan faustos como aquéllos, los propios sucesos de España: el alzamiento de las tropas destinadas para América. Al propio tiempo, anunciaba Bolívar desde los picachos del Norte que ni Buenos Aires ni Chile debían temer ya nada de España, porque el estado de cosas en Colombia era tal que llamaba toda la atención de la península, “y si de algunas fuerzas puede disponer — agregaba —, las enviará contra esta república”. Era el águila anunciando la aurora.

Ni estaba inactivo San Martín. Las vanguardias argentinas tocábanse a la sazón por Guayaquil y Quito con las de Bolívar. Los porteños abrían los periódicos esperando el parte lacónico y heroico: *Cayó Lima*. Lo cual no podía tardar. Los realistas ¿no estaban deshechos? Una publicación del gobierno (2 de marzo de 1821) los daba por divididos en dos bandos: los

parciales del ex virrey Pezuela y los secuaces de La Serna.

Verdad es que después corrieron tristes rumores sobre que una peste diezmaba las fuerzas libertadoras y sobre que el propio general San Martín estaba a la muerte, mas la hoja oficial — junio de 1821 — disipó las nieblas con este áspero viento: eran mentiras de unos cuantos “estúpidos españoles obcecados”. Ni había sufrido peste el ejército, ni estuvo a la muerte el general, ni fué derrotado ni, mucho menos, se reembarcó para Chile. Quien se embarcó para Chile, buscando asilo, fué “madama la mujer del ex virrey Pezuela”; lo que hacía decir al gacetero: “Ya los opresores de la América esclava empiezan a hallar asilo en la América libre”.

Ciertamente, en Lima, donde España era más fuerte, caía el virrey Pezuela, víctima de los trastornos intestinos del elemento español. Este acaecimiento — y una orden especial de la corte — facilitó las primeras negociaciones entre los españoles del Perú y el libertador argentino. No era poco haber adelantado las bases de un arreglo pacífico: “que se proclamase de común acuerdo la independencia del Perú; que se formara una regencia o gobierno provisorio, compuesto de personas de ambos partidos que mereciesen la confianza pública; que se nombrasen enviados por una y otra parte que pasaran a la península a expresar a S. M. C. el estado del Perú y los poderosos motivos que habían impelido a tomar aquella determinación”. Si el ejército español no les prestó su favor y si luego las tropas de San Martín rompieron el armisticio, obra fué de la fatalidad más que del común deseo.

En Buenos Aires la opinión no varió. A decir verdad, no variaría nunca más. La idea de que la guerra

estaba concluída era un dogma de la ciudad de mayo. No tenían impaciencia por la terminación oficial los porteños. Bastábales con saber que San Martín, desde su cuartel de Huaura, miraba muy de cerca “el campo de la gloria”.

III

Mientras tanto, llegaban de Colombia, acabando de fijar el sentimiento público, precisas noticias sobre la regularización de la guerra, y se tomaba por excelente pronóstico el tratado respectivo en que los jefes de una y otra causa “querían manifestar al mundo el horror a la guerra de exterminio” que devastaba los territorios de América.

De pronto — 5 de septiembre — la gran noticia: “El pabellón de la libertad tremola sobre los muros y fortalezas de Lima”. Tanto mejor para el abatimiento final de los tiranos. Lo que no quisieron hacer por armisticio se logró por fuerza de armas. Y no se dude que tal ocupación se tuvo por la señal definitiva de la victoria. Lima era como la cifra de todo el poderío español en América. La rendición del Callao fué la lógica consecuencia del primer derrumbamiento. Montañas de armamento habían caído en poder de los patricios; sin contar con el prestigio enorme que salían ganando ante el mundo entero con el apoderamiento de la capital de los Pizarros. Para *El Argos* — 17 de noviembre de 1821 —, rendido el Callao era cosa segura “la absoluta dispersión de los esqueletos del ejército español”.

De otra parte, para mejor fortuna, un comunicado de Montevideo traía la buena nueva por aquellos mis-

mos días, de que, según versiones fidedignas del Janeiro, las cortes de España “habían reconocido la independencia de Buenos Aires y que restaba únicamente el asenso del rey”; aunque se añadía que “en Madrid se consideraba como de pura fórmula este asentimiento”. Por consiguiente, el negocio de la independencia se daba por terminado.

Recibido finalmente, en forma oficial el parte de la caída de Lima, el gobernador Rodríguez firmó este bando que refrendó Rivadavia: “La libertad de la capital del Perú acaba de comunicarse oficialmente a este gobierno. Debe considerarse terminada de veras la guerra de la independencia y afianzada para siempre la libertad del continente”.

El bando agregaba:

“Buenos-Ayres ve sellados sus votos. Es por lo tanto un deber honrar un acontecimiento que colma sus nobles aspiraciones. El gobierno por su parte ha acordado un *Te Deum* en acción de gracias, que ha de celebrarse con asistencia general á las cinco de la tarde de este día. A la provincia corresponde las demás demostraciones. Deberá iluminarse la ciudad por tres días consecutivos, empezando desde el presente; y tambien las casas del excmo. cabildo á quien se le invita para que se exprese de un modo que corresponda dignamente al mérito de tan grande acontecimiento y al honor del pueblo de Buenos-Ayres.”

Hubo, como lo quiso el gobernador, música, iluminación, tedeum... Música en las casas del gobierno y de la municipalidad. Además, una sesión especial de la sala de representantes en que se dió lectura al comunicado de San Martín sobre la guerra. Pero lo que más

interesó fué la lectura de una carta confidencial del héroe a su señor padre político.

Por ese mismo correo, el deán Funes recibía de Lima la canción de *La palomita* que cantaban las limeñas en honor del brigadier San Martín, allá en la que fué la ciudad de los virreyes, y con discreto entusiasmo insertaba en *El Argos* la última estrofa que decía así:

Vuela, vuela alegre
aplaudiendo al fin,
y dale las gracias
a mi San Martín.
Toma el corazón,
divídelo en tres.
Ponle uno en las manos
y dos a los pies.

Como las conmemoraciones líricas eran a la sazón tarea de gobierno, el poeta y sargento mayor de artillería, D. Esteban de Luca (1) recibió encargo oficial de escribir un canto a la caída de Lima. Y lo escribió famoso:

No es dado a los tiranos
eterno hacer su tenebroso imperio . . .

Tras lo cual Rivadavia, lógicamente, no volvió a pensar más en la guerra. En su espíritu reinaba una perfecta paz con España.

(1) El canto del propio De Luca a la victoria de Maipo está titulado así: "La Secretaría de estado en el departamento de gobierno, al vencedor de Maipo. Buenos Aires". Más oficialmente, imposible.

CAPÍTULO XX

ENTRE LA PAZ Y LA GUERRA

I

Los hechos comenzaron a desmentir las esperanzas. Mal promediaba el año de 1822. “Limeños — proclamaba San Martín —: la división del Sur, sin ser batida, ha sido sorprendida y dispersada. En una larga campaña, no todo puede ser prosperidad”. Sin embargo, la teoría callejera de que no hay mal que por bien no venga, llegaba filosofada por la prensa patriota de la propia Lima, cuya *Gaceta* expusiera que “en el curso de los acontecimientos humanos, no sólo son inevitables las vicisitudes, sino que ellas entran muchas veces en la combinación de los principios que aseguran la suerte de los pueblos”. Lo que dejó a Buenos Aires tan optimista y tan bien templada como antes. Esa confianza porteña, según la cual todo estaba logrado, era plena. Ya no las habituales noticias militares, sino las instituciones pronosticaban una final liberación de los pueblos allende la cordillera. La abolición de la esclavitud y de las mitas anunciaba el gran día constitucional y liberal de aquella parte de América. La permanencia de San

Martín en la ciudad de los virreyes con el supremo mando militar y político, no duraría más que el corto tiempo necesario para que el español, como fiera acosada, acabara de morir en lo enmarañado de los bosques o en lo escabroso de las sierras peruanas. Fué entonces cuando llegó la nota de San Martín, en que pedía un auxilio de mil soldados para cerrar la campaña. San Juan y Mendoza disponíanse a destacar trescientos hombres a Salta, y tanto Córdoba como Catamarca se brindaban generosamente para la expedición (1).

Y bien; no fué un efugio de Rivadavia — mejor diríamos del gobierno del general Rodríguez — responder a tal demanda de tropas con un proyecto de ley abriendo trámites de paz. Ni hubo el menor intento de aprovechar la coyuntura para cobrarle al vencedor de Maipú “su desertión y su ingratitud” de otrora en las contiendas fratricidas. Fué simplemente oponer un criterio civil de gobierno al criterio militar de un comando. Saltó a los ojos que se procedió sinceramente. El caso se redujo a tener por mejor el acontecimiento diplomático que el evento guerrero.

No era mucho, ni menos imposible de realizar, lo que pedía San Martín y apoyaba Bustos, el de Córdoba: que Buenos Aires cooperase con las demás provincias “a poner en marcha una división, aunque sólo fuese de mil hombres, que se aproximase a Suipacha, apurase el conflicto del enemigo, siguiendo sus pasos, ocupase el campo que éste abandonase, y protegiese a los pueblos, hasta ponerse en comunicación con las fuerzas patrióticas” (2). No era mucho pedir, ni hubiera

(1) Ver *Recuerdos del general San Martín*, por Bernardo de Irigoyen, en “La Revista de Buenos Aires”, tomo I.

(2) Nota considerada en la sesión del 2 de agosto de 1822.

sido demasiado realizar. La comisión extraordinaria de la Cámara reconoció en éste, el viejo plan, el primitivo, de cuando Belgrano emprendió las operaciones del Norte. Pero la anarquía actual de ese Norte caído en la barbarie, y los peligros que amagaban los anarquistas del Litoral sobre la propia Buenos Aires, aconsejaban de consuno abstenerse de tal aventura como sería marchar a lo improbable y superfluo, desatendiendo lo seguro. ¿O no se encontraba “en peligro inminente la existencia del Estado”?

Entonces surgió el temperamento opuesto: “1º. Queda autorizado el gobierno para negociar la cesación de la guerra del Perú, poniéndose previamente de acuerdo con los pueblos de la antigua unión y con los estados de Chile y Lima. 2º. Queda autorizado el gobierno para adoptar todas las medidas pacíficas que juzgue conducentes a restablecer la tranquilidad y el orden de los pueblos de la antigua unión que se hallen agitados por discordias civiles”. El ministerio, con una sinceridad perfecta, prefería estas armas a las otras: “La política — sostenía — tiene también su fuerza armada y ha reportado muchos triunfos que no pudieron alcanzar los mismos ejércitos”.

El gobierno de Buenos Aires se lisonjaba de poseer, por su noble lealtad, un gran crédito exterior capaz de emplearse con excelente suceso. (Entre líneas, el gobierno se lisonjaba de contar en su seno a Rivadavia, vastamente conocido en las cortes de Europa.) Merced a tal circunstancia podían darse por muy bien encaminadas las conversaciones directas o indirectas con Madrid para tratar seriamente de la paz. En todo caso, cumplía diferir para después la organización del reclamado ejército, caso de que se frustrasen las negociaciones, aun-

que esto no era lo presumible. Ello es que en la sesión, el Ministro de Hacienda acreditaba que había una constelación de esperanzas: la posición del enemigo en el Perú, el estado general de Europa, el de la propia España, la opinión continental, el reconocimiento de nuestra independencia por la Nación Americana, y el que se preparaba por la inglesa. . . .

Agüero también levantó su voz: "Concluir la guerra a punta de espada es el dictamen del general San Martín. Mas la guerra ha sido, es y será en todos los tiempos el azote mayor de los pueblos. . . Siempre acarrea males funestos y resultados terribles. . . De donde nace que el medio de la guerra no deba adoptarse sino en el último extremo y cuando fuese necesario para sostener la dignidad y la libertad de América. . . Por culpa de la guerra vienen retrogradando estos pueblos. . . Apenas entre Buenos Aires en un plan de hostilidades, caerá por tierra todo lo que se ha entablado, especialmente en el ramo de la hacienda, y en la necesidad de echar mano de recursos extraordinarios, será preciso. . ."

Era la amenaza de los empréstitos forzosos y de las cien exacciones fiscales hartamente experimentadas por la nueva patria.

"Grandes riesgos — seguía diciendo Agüero — correrían estos pueblos, aun en las felicidades de la guerra, porque éstas crean poderes contra ellos mismos. . . Y qué, ¿no podrá concluirse la guerra sino continuándola?"

Agüero fué la mismísima voz de la ciudad, en la sesión memorable del 14 de agosto. Todos creían como él que la solución pacífica "se venía a los ojos". Si no es la protesta de Gascón, atrincherado en el apotegma de *si vis pacem para bellum*, ningún acento se dejó oír en la Cámara

para confutación del gobierno. La prensa opositora, enardecida con las réplicas y dúplicas de la reforma eclesiástica, tampoco paró mientes en el asunto. Y es que la conciencia porteña estaba definitivamente plasmada sobre el particular. Nadie creía que los realistas contasen en el Alto y Bajo Perú, como aseguraba San Martín, con más de 19.000 veteranos de fácil y rápida movilización; ni que las fuerzas patriotas hubieran sido de tal modo diezmadas por las enfermedades, que sólo se contase para el combate con 8.500 hombres, en su mayoría reclutas. En cambio coincidían con él en que la lucha tocaría pronto a su fin, ya que el mismo héroe estaba convencido (3) de que fuesen cuales fuesen las vicisitudes de la guerra, la independencia de América era un hecho irrevocable.

II

Pero lo más interesante de todo esto, es otro hecho de que no hacen mención los historiadores.

La cuestión, en general, es la siguiente: Hay a todo lo largo de la historia una verdadera telegrafía sin hilos, perfectamente verificable. Un día habrá que estudiar de cerca la influencia de lo imponderable, de lo incoercible y de no sé qué fuerzas fluídicas en la historia. Agentes de una naturaleza desconocida obran desde enormes distancias como si las distancias no existieran. Puede afirmarse que estas comunicaciones misteriosas han existido siempre. Las mayores separaciones en el espacio o en el tiempo nunca fueron parte a imposibilitar la acción de

(3) MITRE: *Historia de San Martín*; cap. XLVI, párrafo VIII.

los pueblos ni a impedir la coordinación de vastísimos movimientos de conjunto. España misma, proyectada durante tres siglos en América, nos da un ejemplo precioso de este fenómeno extrañísimo. Las contingencias menos previsibles parecen previstas del otro lado del mar. Sobre todo en tiempo de guerra, este fenómeno es más impresionante. Los comandos se ingenian perfectamente bien para pedir y enviar recursos con una precisión que asombra. Para Roma, dueña del mundo, el estado de adivinación es permanente. Se dan poquísimos pasos en falso. Casi siempre se sale y se llega a tiempo.

Cuando una contingencia desbarata los planes; cuando — para entrar a nuestro particular asunto — San Martín pide tropas que, de haber sido enviadas, ya no hubieran hallado al capitán que las pedía, entonces ocurre lo que en Buenos Aires ocurrió. Es como si hubiera llegado una contraorden. Al punto se hace el vacío, por así decirlo, en torno de la idea en cuestión. Y como adivinando que la hora de Guayaquil ha sonado, las tropas no salen. Hay órganos de intuición, órganos agudísimos, que actúan sin una falla en la vieja historia. Un sexto o un séptimo sentido, un tacto en las tinieblas, certerísimo, entran en juego. Es una súbita ubicuidad; es una oscura perspicacia admirable. Buenos Aires, durante los procesos críticos de la guerra de la independencia, da la impresión de estar en comunicación telegráfica constante con todo el resto de América. Los males aparecen remediados mucho antes de conocidos; y si acaso lo imprevisto se atraviesa, vibra no se sabe cómo un mensaje de rectificación en el aire. Caso típico, el de la propia nota de San Martín y la suerte que corre en Buenos Aires. El vacío se forma solo en torno de toda idea de cooperación, mientras diversos espejis-

mos de la atmósfera política suscitan la esperanza de una próxima solución diplomática. El genio de la ciudad adivina que algo ha pasado, que algo se ha modificado allá en el teatro de la guerra. Y, en efecto, la abdicación de San Martín ha sido impuesta por la ambición del rival prepotente. Esto, el 26 de julio. En la víspera de ese día, el pueblo de Lima se sublevaba. El 14 de agosto, al discutirse la ley, todo estaba consumado. San Martín debió ser el primero en alegrarse de que no se moviera ni un soldado, ni uno solo, desde Buenos Aires. De haberse votado la ley de refuerzos, ¿bajo qué extraño, bajo qué ingrato signo hubieran llegado las tropas, ya ausente el general que las llamara? He aquí tal vez el secreto de la serenidad con que San Martín juzgara un año más tarde el gobierno de Rivadavia, bien que éste “no fuera un amigo suyo”. Según su propio decir: “sólo pícaros consumados no serán capaces de estar satisfechos de su administración, la mejor que se ha conocido en América” (4).

Hay adivinaciones en la historia.

(4) RICARDO LEVENE: *Sobre la personalidad moral de San Martín*. (Nuevos documentos para su estudio).

CAPÍTULO XXI

LOS DOS AYACUCHOS

I

De modo, pues, que hubo dos Ayacuchos y en ambos estuvimos presentes: el de Rivadavia y el de Bolívar, el del Sur y el del Norte, el de la paz y el de la guerra. Estuvimos presentes en ambos, y con tanto honor en el uno como en el otro.

Pero destaquemos antes que si en alguna región de América la independencia se conquistó inmediata e irrevocablemente, fué en el territorio de las Provincias Unidas. Hay en el aire, en las palabras, en las actitudes, algo que afirma: para siempre. Y así había de ser. Nunca más volvería una autoridad española a resucitar el pasado vasallaje. De este modo, libre Buenos Aires desde 1810, no tenía hacia 1822 ningún interés en seguir peleando con España, como no fuera el de asegurar los beneficios de la independencia a las restantes naciones del continente. Ahora bien, jamás firmaría una paz por separado con la antigua metrópoli. Jamás envainaría su espada sin todos los honores de la final victoria de América. Pero de años atrás hubiera renunciado, de poderlo, a la inútil

prosecución de la guerra. La pura teatralidad de una gran matanza postrera que permitiese bajar el telón entre los aplausos del mundo, empezaba a no interesar, ni como procedimiento estético ni como técnica política. La fascinación napoleónica había pasado en Europa. Las cargas famosas de Napoleón — y toda su estrategia, y toda su táctica — habían envejecido extraordinariamente en el transcurso de unos pocos años. En cambio, era llegada en Europa la hora de la diplomacia, o, por mejor decir, la hora de los gabinetes. Se organizaban, en lugar de coaliciones militares, conjunciones cancillerescas. Rivadavia acababa de respirar esa atmósfera europea. Y no eran conversaciones sin trascendencia las de los cancilleres. La faz de Europa había cambiado muchísimo en la última década; las naciones se reorganizaban sobre nuevas bases. Había de todo: verdaderas refundiciones de países, y Estados que desaparecían. Se buscaba un nuevo equilibrio, otra síntesis histórica. Las ideas debían suceder a las espadas, los pueblos a los reyes. Había una gran fuerza renovadora trabajando, siquiera fuese subterráneamente. Surgían dogmas como el que veréis: “El árbitro del mundo no es ya el cañón, sino el maestro”. Rivadavia, hombre al día, encarnó enérgicamente este orden de sentimientos. Lógicamente, él y sus hombres afirmaban en lo tocante a la guerra con España aquellos mismos principios liberales. Para ellos, la guerra era ya incumbencia del gabinete.

La Legislatura de Buenos Aires no pudo estar más en su punto al rehusar a San Martín los refuerzos requeridos. Y aquí conviene acentuar una vez más, que gira en torno de una idea vacía la vieja diatriba contra Rivadavia, que diz que arrebató “a los argentinos el laurel que más tarde conquistó Bolívar”. Hemos demos-

trado que las tropas ya no hubieran llegado para el jefe que las reclamaba, sino para su rival. Eran, por otra parte, muy distintas las perspectivas políticas e internacionales, desde Buenos Aires. "Para abrir negociaciones pacíficas con los gobiernos sudamericanos — relata Mitre (1) —, llegaron a Buenos Aires los nuevos comisionados del rey de España, que fueron reconocidos en el carácter de tales (30 de enero de 1822)".

Mas, aceptado que nada quisiera tanto Rivadavia como un *Ayacucho* diplomático para término de las guerras en América, queremos puntualizar con cuánto decoro y honor lo quería. Precisamente en ocasión del arribo de comisionados, se vió de relieve el patriotismo continental del gran ministro. Los diputados españoles traían instrucciones "para reconocer la independencia argentina, a fin de separarla de la lucha que sostenían el Perú y Colombia". Ofrecían el reconocimiento de la independencia, y todavía algo más práctico y seductor: firmar tratados provisionales de comercio, de ventajosas consecuencias para el Río de la Plata. Rivadavia contestó que no. Y lo contestó con una ley votada por aclamación: "El gobierno no celebrará tratados de neutralidad, de paz ni de comercio con la España, sino precedida la cesación de la guerra en todos los nuevos Estados del continente americano y el reconocimiento de su independencia".

La negociación siguió su marcha. Esta vez los españoles no se dieron a la vela por única contestación como hiciéralo la anterior diputación de la Corte. Una primera convención de paz quedó concertada bajo la previa condición que se dijo. Los pabellones de unos y

(1) *Historia de San Martín*, cap. XLIX, párrafo II.

otros Estados serían respetados y admitidos en los respectivos puertos; lo que ha llevado a decir que de hecho quedaba reconocida la independencia de América, “desde que se la reconocía en la parte comercial, al estipular una perfecta armonía en esta clase de relaciones, y la admisión en los puertos de España de las banderas insurgentes”.

II

Así las cosas, la particular política francesa hubo de deparar no imaginadas razones para un mayor acercamiento con España. Rivadavia leía este mensaje a la Cámara el 5 de mayo de 1823: “La Europa parece irrevocablemente comprometida por una guerra general. La Liga de los Reyes ataca las libertades y la independencia del pueblo español. La causa de España viene a ser en esta ocasión la de los pueblos libres de la tierra. Todo corazón capaz del noble sentimiento de la libertad e independencia, estará de su parte”.

Aquel día, en todos los espíritus, la causa redentora de América y la causa liberal de España se identificaron. Ahora se veía claro. Siempre había habido dos Españas: una, tradicionalista, absolutista, enemiga de América; otra, nueva, liberal, renovadora, que no quería guerrear con sus antiguas colonias, y antes bien reconocíase por su aliada natural en la causa de la libertad, amenazada de una directa intervención de la Santa Alianza; ya que Francia acababa de votar veinte millones de su moneda para el conseguimiento de la restauración absolutista en la península.

Fué entonces cuando Rivadavia opuso a la actitud de

Europa, la de América; a los veinte millones de allá, los veinte millones de aquí; a la guerra contra la nueva España, dirigida desde Francia, la defensa de aquella España, dirigida desde América.

Habla Rivadavia, en la Sala de Representantes, y se siente no poco el árbitro de la situación. Calcula que su palabra resonará en toda Europa. Considera que acaso el propio destino de España está en sus manos. Se le escucha con profunda atención. Desde que estalló la guerra, no se pronunciaba oficialmente el nombre de España con esa cordialidad fraternal: ni oficial, ni privadamente, a decir verdad. De ahí que se escuche con tanto interés la palabra del ministro y que se haga tal silencio al darse lectura de su proyecto de ley. El cual decía así: "La Honorable Junta de Representantes de la Provincia, usando de la soberanía ordinaria y extraordinaria que reviste, ha sancionado con valor y fuerza de ley lo siguiente: Siendo la guerra que el rey Luis XVIII se prepara a hacer a la nación española, directa y principalmente contra el principio reconocido por el artículo 1°. de la ley del 10 de mayo de 1822, en el caso de realizarse la dicha agresión queda autorizado el gobierno para negociar el que después de la celebración del tratado definitivo de paz y amistad con S. M. C., sobre las bases de la ley del 19 de junio de que es preliminar la convención de 4 de julio del presente año, se vote entre todos los Estados Americanos reconocidos independientes, en consecuencia de dicho tratado definitivo, para sostén de la independencia de España bajo el sistema representativo, la misma suma de veinte millones de pesos con que para destruirla han habilitado a su gobierno en el mes de mayo último las Cámaras de París".

Histórico debate fué aquél; no por la ley sancionada — que no pasaba de ser una declaración etérea —, sino por las palabras de efectiva reconciliación con España que allí se pronunciaron. Rivadavia estuvo en una de sus grandes noches. Primero se explayó en consideraciones generales. Paseó después por España una intensa mirada desde los tiempos de Carlos I hasta los recientes días. En éstos se detuvo largamente. Después consideró el cuadro general de Europa; y aquí sacó el mayor partido para su prestigio político y mundano, pues no parecía sino que estaba en todos los secretos de la diplomacia europea. Filosofó sobre la historia y entró luego a la defensa del proyecto mismo, que hizo el efecto de un hallazgo sin par. Por lo menos, no hubo quien no conviniera en que su materia era “tan nueva como elevada”.

Hondamente resonaron las palabras del ministro: Sí, había otra España. . . Siempre había habido otra España. En todo caso, ahora la causa de su libertad era tan santa como la de América; y en suma, las circunstancias se brindaban preciosas para que la fiera y orgullosa España diese aquel paso de la paz al que estaba resuelta, sin esperar otra cosa que “hacerlo con dignidad”. Formábanse grandes silencios de reconciliación. Cuando Rivadavia dijo desusadamente: “Tenemos el honor de descender de España”, encontró la aquiescencia de todos. Era, sin embargo, la primera vez que una tal cosa antirrevolucionaria se decía. Ofrenda de paz y arras de fraternidad como éstas, no se hubieran imaginado siquiera. El pleito de España se colocaba a una luz completamente inesperada. Por encima de las vanidades nacionales, se levantaba la raza común. Rivadavia no encontró sino aplausos cuando cerró su discurso diciendo:

“Falsifiquemos, [es decir, desautoricemos], aquel funesto proverbio de que es inextinguible el odio entre hermanos”.

Había de haber, por la fuerza de las cosas, dos Ayacuchos: el guerrero, que fué el de Bolívar, y el diplomático, que fué el de Rivadavia. Un Ayacucho, aquél, para cerrar el pasado; otro Ayacucho, éste, para inaugurar el porvenir.

En ambos estuvimos con el debido honor.

CAPÍTULO XXII

EL PRIMER AMIGO DE ESPAÑA

I

Había de haber, por la fuerza de las cosas, dos Ayacuchos: el guerrero, que fué el de Bolívar, y el diplomático, que fué el de Rivadavia. Un Ayacucho, aquél, para cerrar el pasado; otro Ayacucho, éste, para inaugurar el porvenir. En ambos estuvimos con el debido honor.

Así lo sintetizamos en la página anterior. Ahora deslindemos el sentimiento hispanizante de Rivadavia y su profundo patriotismo creador. Sería inicuo dejar en pie la enemiga especie de que su hispanismo comprometera, ni poco ni mucho, su integridad de patriota. Su españolismo no era en modo alguno (como por ejemplo llegó a suceder fugazmente en el espíritu del P. Castañeda) una manera de renegar de la nueva patria. Consistía tan sólo en un hondo rasgo de cultura política. Rivadavia es ante todo un gran argentino, lo que no impide que sea un sincero amigo de España. Toda su conducta ministerial lo demuestra. El quería, él buscaba, la absoluta independencia continental, mediante un tratado de paz, y por ende, la orgullosa reconciliación con la antigua metrópoli.

Por algo será que nunca fué más sólida la fe en la patria nueva que cuando gobernó — ya lo hiciera como secretario del Triunvirato, ya como ministro del general Rodríguez — este gran amigo de España. Nadie dirá que se debiera a él un solo desfallecimiento. Por el contrario, él es en una o en otra oportunidad, el que levanta los corazones. Así debió pasar una vez más a su retorno a la patria, en ese mayo de 1821. Por ese tiempo, el sentimiento de las gentes vacila, decae, se hunde en el pesimismo. Hay una nueva invitación, pero es desoída. Las terribles experiencias de una era anárquica han puesto de moda el reniego del presente y la nostalgia del pasado. No falta quien llegue hasta la execración y la blasfemia.

El Padre Castañeda bien podía decir en *El desengañador*, como si recogiera todo el doloroso eco del triste año 20, que no iba quedando más recurso que el del hijo pródigo. España sabría perdonar... “Sí, señores... la España de quien nos ha separado, no la rebelión ni la perfidia sino las circunstancias... la España de quien jamás hemos estado tan quejosos como de nosotros mismos”. Y más adelante: “Por lo que hemos adelantado en diez años debéis calcular los progresos que haremos en otros diez”.

Es el flujo y reflujo de todas las grandes revoluciones, de las revoluciones de verdad. Perfectamente. Pero es mejor marcar la línea más alta que la línea más baja de las mareas. Rivadavia es el que marca la línea más alta con su arrolladora acción.

Harto supo el país que Rivadavia, con todo su tan traído y llevado españolismo — después de todo doctrinario — fué quien más enérgicamente infundió a los argentinos el sentimiento de la confianza en la patria.

Desde 1821 hasta 1827 hay como una magnífica llama en el altar de mayo. Soplan malísimos vientos ¿y cuál consigue apagarla? Gracias a este prócer del civismo se recobra de inmediato la fe en la revolución de América. Gracias a él, más tarde, se conduce como es debido una guerra nacional tan difícil como lo fué la del Brasil. El es la afirmación y la clarividencia entre dos graves apostasías del espíritu público: el caos del año 20 y la disolución del 28.

Gracias a Rivadavia más que a ninguno, la prensa, allá por el año de 22, tomó un acento nuevo: el de la confianza en el orden. ¿Cuándo entre las hojas periódicas se había visto nada igual a *El Espíritu de Buenos Aires* o al *Argos* ministerial? Aquella hoja nacía para razonar. La Industria, la Agricultura, el Comercio — así, con ambiciosas mayúsculas — serían sus esperanzados temas. Cultivaba *El Espíritu* la frase breve. Definía con precisión; sembraba verdades útiles y moralizadoras. Dar noticias ¿para qué? Mejor dar nociones. Verbigracia: ¿qué es la lotería? “Conocemos con este nombre, el arte miserable de hacer una contribución directa al pueblo, sin producción a su favor”.

Este periódico se singulariza ciertamente por su filosofía optimista. “El destino — trae por cotidiano epígrafe — nos conduce a la elevación y a la prosperidad por un sistema liberal y de luces. Sigamos su influjo”.

Abramos otro órgano. ¿*El Ambigú*? *El Ambigú* filosofaba al promediar aquel año de 22, sobre el saludable desengaño de las revoluciones. (No hablaba — claro está — de la de mayo, sino de tantas asonadas como la siguieron.) A su entender, el pueblo no adquiere más libertad con las revolucioncillas “que la de hablar con-

tra los que cayeron", mientras el nuevo gobierno aumenta de hecho los medios de oprimir.

En esta bonanza y al apacible soplo de estos buenos vientos, empezó a prepararse el ambiente de la presidencia. Imponerla, vendría a ser el mayor acto de fe en la realidad argentina. Las provincias del Sur dejarían de ser esa desbaratada comparsa que eran, o ese mal orientado cardumen en las aguas de la historia, expuesto a que el primer pez grande que saliese acabase con todo.

Para nueva propiciación de los tiempos tornó a ser preciso levantar los espíritus que por el año 24, después de tan largas faenas como se cumplieron, parecían nuevamente postrados. Quien leyere *El Nacional* (empezó a publicarse el 23 de diciembre de 1824) se enterará de sobra. Reinaba otra vez un clima moral de desgana y desaliento. Un mismo *qué se me importa* estaba listo para lo bueno como para lo malo. Después de "las grandes tempestades tipográficas" de los dos años anteriores, la apatía; prensa que calla y gobierno que no hace ni deshace. Muchas cosas emprendidas en 1821 no hallaron continuación. De pronto, Rivadavia que vuelve; su acción que se reanuda. He ahí por todas partes, una invitación, una instancia: las provincias deben unirse. La inminente guerra — ¿qué digo? —, la ya comenzada guerra lo impone. El país debe levantarse y caminar de frente. Hay un editorial que parece conversado con Rivadavia. Tres veces intentóse la vida representativa de la nación: el año 10, y fracasó; el año 13, y fracasó; el año 16, y fracasó. Las diputaciones se vieron siempre acusadas, primero de díscolas, después de sumisas, finalmente de monárquicas. Por la cuarta vez había que buscar la unidad para salvarse.

Y se marchó de frente a buscarla.

II

Pero cae Rivadavia y descende el espíritu público. Poco se espera del porvenir. El fracaso de la presidencia parece el fracaso de la patria. Un hermosísimo sueño ha sido despedazado. La anarquía está de nuevo hecha una hidra. Al igual que siete años atrás, los tiempos del rey se tiñen con el color de las nostalgias, e incluso se llega a blasfemar de la nacionalidad imposible. Ved lo que hemos encontrado en *El Mensajero Argentino* del 30 de abril de 1827, en las vísperas del derrumbamiento inevitable, cuando ya la presidencia no es más que una última valerosa ficción. Nada tan sintomático; nada tan típico. Se añoran los tiempos virreinales: añoranza lúgubre, o puede que irónica y sarcástica, pero añoranza al fin. Lo cierto es que no cabe desconfiar del patriotismo de los redactores, ya que lo eran Juan Cruz Varela, Valentín Alsina, Francisco Pico...

El caso es que el 30 de abril todos leyeron una curiosa letrilla, bajo el título de *El realista*. Su tema y su estribillo eran éstos:

Todo en Buenos Aires
se hace hoy de través.
¡A fe que así no era
por tiempos del rey!

Naturalmente, en el modo general y tan sobado de las letrillas, ésta empezaba fustigando las nuevas costumbres — si las había—, bien a la manera de Cabello y Mesa, el especialista colonial del género.

Y decían los versos:

Las niñas solteras
 a los dieciséis,
 andar de braceté
 con mozos se ve.
 Ellas van al teatro,
 ellos al café;
 y andan como viejos
 tomando rapé.
 sólo porque es moda
 del gusto francés.
 ¡A fe que así no era
 por tiempos del rey!

Como ésta, muchas estrofas; y de seguro que en la transcripta todo es propio de una musa festiva. Pero en lo que sigue, no. Lo que sigue es la maldición de mayo. La musa festiva sobrepasa — ¡y cuánto! — la línea de lo discreto:

Ahí va a llegar mayo,
 — ¡maldito sea él! —
 y en todas las fondas,
 patriotas oiré
 hablar con desprecio
 del regio dosel;
 tratar a Fernando
 con mofa soez,
 y porque son libres
 cantar y beber.
 ¡A fe que así no era
 por tiempos del rey!

Ni pensar que fuera el odioso desahogo de algún ingenio peninsular. Los redactores declaran explícitamente que el autor es un joven del país: “Nos ha sido remitida la siguiente letrilla compuesta por un joven del país. Nos parece que tiene sales, agudeza y gracia, y no la creemos indigna de ver la luz”.

Se irrita de más en más el paladino poeta, y acaba diciendo:

Si esto los patriotas
saben sólo hacer,
malditos sean ellos,
malditos, amén.
Metido en mi casa
yo trabajaré
por cruzar sus planes
y no pararé
hasta que de nuevo
las cosas estén
como estaban antes
por tiempos del rey.

Añadiré que hube de revisar la prensa de esos días a la busca de una respuesta, de una disconformidad. No la hay. Nadie responde. Nadie discrepa. La letrilla encaja cabalmente en lo que debe ser.

Así son las cosas; esta diástole y esta sístole marcadísimas: con Rivadavia en el poder, se tonifica el espíritu patriótico; ausente el prócer, se vuelven los ojos a la madre patria.

Y, sin embargo, ¿cómo no reconocer que fué Rivadavia el primer amigo que vino a tener España en la perdida América? (En la perdida y en la de antes. . .) Poco valía en verdad, por impuesta o rutinaria, la inerte adhesión a la patria española de los antiguos colonos. En cambio, la de Rivadavia, por libre, asume un carácter absolutamente inesperado; de suerte que en esto como en todo aparece este armonioso genio como el fundador por excelencia.

LIBRO VI
LA MISIÓN DE RIVADAVIA

CAPÍTULO XXIII

RIVADAVIA, CONSTRUCTOR DE LA PATRIA

I

Place al espíritu imaginar a Rivadavia en su despacho presidencial del Fuerte, a solas con su gran ministro Agüero, por los días en que se discutió la enfiteusis. Imagínasele en su butaca de Presidente, con un codo sobre la mesa y la mano en alto, semiabierta, con el índice persuasivo, razonando con su ilustre consejero los diversos puntos de la controvertida ley; digo por abril de 1826, en la cumbre de su destino, cuando, merced a su programa, la Revolución de Mayo alcanzaba un pleno sentido institucional.

Porque la Revolución de Mayo no había de consistir finalmente para la historia en haber sacado a la calle los soldados de Saavedra, ni en que un centenar de vecinos aguantase en la plaza mayor la llovizna que se puso a caer la mañana del 25; ni en que la gente por inspiración de French y Berutti se prendiese una divisa en la solapa; ni aun siquiera en que la multitud aclamase el advenimiento de un gobierno propio...

Para muchos la Revolución no debía ser sino esto, no pasar jamás de allí. Para Rivadavia, no. Para Rivadavia, eso y nada, era prácticamente lo mismo. El caballero síndico que preguntara asomándose al balcón del cabildo: *¿Dónde está el pueblo?*, podía haber interrogado con mayor motivo: *Y bien, ¿cuál es la revolución?*, y ya no asomándose a los balcones del Ayuntamiento sino a la inmensidad de esa América enigmática que se levantaba de los siglos con las cuatro quintas partes de su ser en las tinieblas.

Con todo, la revolución estaba hecha; y aunque de seguro se había sabido su profundo *porqué*, el *para qué* no se sabía. El *para qué* de la revolución fué por largos años la gran deuda argentina con el mundo. Si digo que Rivadavia vino a ser el hombre encargado de solventarla, digo apenas la verdad.

El diálogo de esos dos hombres — de aquel Presidente Rivadavia y de ese ministro Agüero — estaba lleno de pensamiento y de meditaciones. A la luz de la sabia palabra de su ministro, Rivadavia descubría toda la magnitud de sus propios ideales. Por eso le era tan cara la compañía del noble varón. Su aprobación era ya para él, la aprobación de los tiempos.

Rivera Indarte tiene razón. La administración de Rivadavia dió las bases del gobierno de Buenos Aires, y con esto, añadimos, las de todo gobierno en América. “Es rara — agrega el polemista — la institución de que pueda vanagloriarse esa provincia, que no haya sido concebida por don Bernardino Rivadavia o realizada con su cooperación”.

Bien lo sabía el Presidente, siendo como era el reformador por antonomasia. Mejor diríamos el creador, pues que reformar es precisamente crear. De tal anhelo

de crear estaba henchida su voluntad. Mas hubiera debido ser además un taumaturgo para satisfacer toda su ansia creadora. Su ideal no era otro que devolver a sus compatriotas una Argentina resonante de trabajo y de poder, con sus ríos surcados de buques, sus costas pobladas hasta el lejano Sur, de un linaje de fuertes y valientes hombres, sus montañas trocadas en tierra de minería, sus villas trasformadas en ciudades, sus ciudades en emporios, y por de contado, sus límites virreinales recompuestos en formidable unidad. ¿Para qué? Entre otras cosas, para todo lo que dice el preámbulo actual de nuestra Constitución.

Los demás no sabían nada de eso y aun habían perdido la antigua confianza entre los vendavales políticos del año 20. Muchos, muchísimos habían renegado ya más de tres veces el nombre de la patria antes del canto del gallo, diciéndose: ¡Y para esto nos emancipamos de España! En las tertulias de los viejos se recordaban acaso con nostalgia los pasados días. Y estos pasados días eran anteriores a 1810. Al fin y al cabo, mirando hacia la colonia, no podían menos de reconocer que fué una era de indiferencia casi feliz. Los buenos vecinos, es verdad, no estaban del todo contentos con la metrópoli y hasta solían pronunciar amargas palabras. Pero el comercio libre y un par de mejoras más hubieran alcanzado, al menos por algunos lustros, el límite de sus deseos. Suprimidas las invasiones del inglés y exenta España de la dominación napoleónica, bien se ve lo que Moreno, lo que Rivadavia, lo que Vieytes, lo que López y lo restante de la flor del vecindario hubieran sido: excelentes y más o menos progresistas hacendados, tan deseosos de prosperidad individual y colectiva como de honores personales y cargos de eficiencia pública,

ambicionados por honrosos cuanto por útiles al bienestar común; porque, eso sí, los caracterizaba un espíritu liberal, generoso, inquieto; una ambiciosa voluntad de bien público; una perfecta dignidad personal... Entretanto, se había pagado un costosísimo precio de sangre... ¿y para qué?

Así renegaban aquellos hombres.

II

El nuevo régimen sólo había dado hasta entonces de sí, unas dos o tres fugaces administraciones de respeto y de orden. Pero si a esas vamos, no las habían hecho tan malas los españoles. En realidad no se había adelantado nada. Antes bien, el retroceso era evidente bajo muchos aspectos. Llenos estaban de promesas aquellos tiempos coloniales del *Telégrafo Mercantil*, en cuyos "folios volantes" se transcribían memorias y noticias de toda la extensión de América; de una América unida y solidaria, guardada como un magnífico ahorro para el porvenir. ¿Qué fué de todo esto? A los vientos de la pasión y en el caos del desorden, las naciones de América se tornaron recíprocamente extranjeras y aprendieron a injuriarse las unas a las otras. Llovían insultos para la Argentina, del Alto Perú y de la Banda Oriental, si no también del otro lado de la cordillera hasta Guayaquil. ¿Qué mucho, si para cada una de las Provincias Unidas hubo de volverse odioso el nombre de las demás! Pasaron los tiempos, después de todo plácidos, en que al arribo de nuevo virrey el ingenio urbano rimaba loas y saluciones. ¿Ahora? Ahora las maneras habían cambiado ¡y cómo! El modo de reconocer la autoridad

de un nuevo gobernante venía siendo el ruido de armas y la conspiración civil o militar. Los campos estaban cruzados de hordas gauchescas, y ya no había ciertamente en la ciudad quien abriera, por ejemplo, una escuela de pintura como la que antaño abrió don José Salas, ni quien fundase, como en el tiempo de los virreyes, una academia de lengua francesa. Bien sacada la cuenta, hasta los libros escaseaban mucho más ahora que antes; ya que en la otra era, resultaban accesibles hasta los prohibidos, venidos por fin a la mano, o por especial licencia o por suplente contrabando.

No digo que alguien soñase con el retorno a la colonia: ni siquiera el español. La independencia era un hecho consumado. España tenía que caer, no por falta de poderío — que dió muestras de mantenerlo potente — sino porque este poderío había perdido todo rumbo en la historia, y ya no iba a parte alguna. ¿Pero no estaba sucediendo lo mismo con la Revolución Argentina? La anarquía le había cortado las rutas. El horizonte se cerraba a los cuatro vientos. Entonces muchos hombres comenzaron a poner los ojos en Bolívar, como en un enviado de la Providencia. Y, a decir verdad, era igual que ponerlos otra vez en España. Era para la patria simplemente negarse a sí misma.

Pero por esos precisos días se levantaron los nuevos hombres, y entre ellos, prócer, Rivadavia; y no, por Dios, *a vender palabras* sino *a comprar interminablemente, obras, obras, obras*, y todo cuanto se ha menester para la real y verdadera construcción de una patria.

III

Moreno ¿qué había sido? Sin duda, un estadista, pero singularmente un inspirador, semejante a un augur de la nueva patria. Siempre le veremos así. De pie, con dignidad augural, vuelto al Norte el semblante como hacia la morada de los dioses, describiendo con el *lituus*, que hubo de ser su pluma de *La Gaceta*, las líneas que cortan el cielo en dieciséis regiones. El es como Rómulo. un augur: el que divide y subdivide en el cielo de la patria el futuro divino. El hace el templo de la nacionalidad argentina, sin duda, pero como Rómulo hiciera el de la nación romana; es decir, a usanza de augures; no edificado ni circuido de muros, sino erigido con líneas puramente ideales y circundado solamente de palabras y de fórmulas, "límites igualmente sagrados e infranqueables", según la ciencia del augur.

Se necesitaba ahora — y no daba tregua la urgencia — el constructor verdadero. Las líneas ideales del porvenir estaban ya trazadas por el *lituus* de Moreno; pero ¿dónde la muralla? ¿dónde el recinto efectivo? ¿cuál el techo? Este constructor por excelencia fué Rivadavia, en tres jornadas administrativas de portentosa memoria. En las glorificaciones del primer centenario rivadaviano se alzaron a lo largo de la calle que recorriera la enorme columna cívica, las sintéticas leyendas de los grandes actos del prócer civil. Eran incontables estandartes de gloria levantados a la admiración de la gente. He aquí algo de lo que hizo, creó, mejoró, formuló, fundó o estatuyó, según aquellos carteles: sistema representativo, sufragio universal, educación del pueblo, inmigración y colonización, aclimatación de ganados,

tolerancia de cultos, igualdad de derechos civiles, reforma eclesiástica, establecimiento del crédito, enseñanza superior, sistema rentístico, universidad y colegios, justicia uniforme, ley de olvido, abolición de fueros personales, seguridad individual, inviolabilidad de la propiedad, beneficencia pública, administración de vacuna, organización de correos, reforma militar, departamento topográfico, cuerpo de ingenieros hidráulicos, puertos y canales, higiene pública, cárceles sanas y limpias, ornato, jardín botánico, cementerios, vialidad, sociedad de beneficencia, museo, biblioteca, mercado de abasto, registro civil, cajas de ahorro, justicia de paz, laboreo de minas, consolidación de la deuda, publicidad, estadística, relaciones entre maestros y aprendices.

Sus decretos eran siembras a manos llenas. Sus resoluciones, siempre, una satisfacción de justicia. ¿Quedaba por ahí cierto empréstito forzoso? Se suspende su cobro. ¿Las causas criminales andaban morosamente? Orden de acelerarlas. ¿Gravitaba un absurdo impuesto a la elaboración del pan? Suprimido en el acto. ¿Se alzaban levas para la guerra entre los peones venidos del interior para el trabajo agrícola? Garantía de inviolabilidad personal. ¿Se quería, pero muy vagamente, que acudiese la inmigración al país? Previo a todo, el contrato. ¿Abundaban los días feriados? Suprimidos. ¿Se prohibía casarse con argentina al español? Paz espiritual con España.

Así entró, como lo prometiera en uno de sus primeros decretos, a realizar la reforma "que todas las clases del pueblo reclamaban con urgencia en todos los ramos de la administración".

CAPÍTULO XXIV.

RIVADAVIA, EL GRAN PROCER CIVIL DE AMERICA

I

Desde 1823 la figura de Rivadavia alcanza ubicuidad continental. Su nombre es algo enteramente distinto y nuevo entre todo lo que se conoce. Su nombre es un programa de libertad y de orden, de progreso y de paz. No ofrece nada igual el resto de las naciones. Por encima del inmenso halo brillante que difunde la gloria de Bolívar, la gente percibe esta otra luz del Sur, anunciadora del verdadero día de América. Rivadavia, a partir de ese momento, es el contrapeso de Bolívar en el continente.

Mientras tanto, la causa de América, quitado lo guerrero, no tenía nada de clara. Acá y allá la revolución daba tumbos de muerte. Ni al Norte, ni al centro, ni al Sur habíase recogido otra cosecha que la militar; laurel entristecido con la vecina cizaña de las guerras civiles.

¿Qué había sido y qué iba siendo de América? ¿Qué, de su vocación democrática? ¿Qué, de sus grandes ideales civiles? Es muy útil la contemplación del mapa de América por aquellos años de Rivadavia.

En México, la revolución sucesivamente capitaneada por tres curas — Hidalgo, Morelos y Matamoros — fué languideciendo poco a poco sin más teatro que los atajos de las montañas ni más tropas que colecticias partidas; a tal punto innocuas que sin la repentina adhesión de Itúrbide pronto y para muchos lustros hubiera sido sofocada la insurrección. Mas llegado el nuevo caudillo, ¿cuál había sido el nuevo grito de libertad? De las tres garantías por él proclamadas, ésta fué la primera: “conservación de la religión católica sin tolerarse otra alguna”; ésta fué la primera; ésta la que juzgó más urgente; ésta la que imaginó sobre todas necesaria y principal... Necesaria y principal para sus fines, por lo menos, pues a poco, el hombre de las garantías haríase proclamar emperador, y reinaría, siquiera por breve tiempo, bajo el nombre de Agustín I. Ultimamente, cuando la república federal triunfó por fin, tocóle ser presidente a un general apresuradamente investido de facultades extraordinarias. Esto, precisamente hacia 1825.

Centro América segregábase de México, y si por 1823 hubo de proclamarse la existencia de las Provincias Unidas del Centro de América, en 1826 germinaba ya la discordia que las disgregaría sin remedio.

En Colombia, un terremoto asolador había parecido señal segura de que Dios condenaba la revolución. Bajo este signo sucumbió la libertad en Colombia. Para que la revolución resucitara fué necesaria nada menos que la aparición de Bolívar. Pero Bolívar hubo de atravesar primero un escenario bañado de relámpagos de odio: el escenario pavoroso de la guerra civil. Su figura se engrandece, sin embargo, en la mayor epopeya del continente. Pero si es grandiosa la epopeya de Bolívar, no había de ser su política lo que más hubiera de honrar

su memoria. Haber reunido en su misma persona los cargos de general en jefe y presidente de la república fué sin duda imposición de las circunstancias; pero donde comienza lo funesto es en excogitar para América aquel régimen por el cual se creaba un *sistema* con un presidente vitalicio — Bolívar—, un vicepresidente nominal, un senado hereditario y un areópago censor; sistema *boliviano* que prácticamente quedaba a un paso del “sistema americano” que en no muy lejano plazo inauguraría Rosas.

La isla de Cuba no había podido ser alcanzada por el fuego revolucionario. La sublevación de 1812 no pasó de revuelta de negros. Item más, con la independencia de América, Cuba, de rebote, se había españolizado en gran manera, ya que vino a ofrecer el obligado refugio de los que de todas partes huían, con tal resultado que luego se reputó imposible su adhesión a la causa continental, pues su bienestar y sus progresos, bajo el dominio hispánico, no admitían cotejo con los de ninguna otra región del zarandeado Nuevo Mundo.

En Chile, una revolución sin plan y sin fines acabó a corto término por volverse inorgánica y fratricida. Primero Carrera contra Rozas; después O’Higgins contra Carrera; así anduvieron las cosas; hasta que el desastre de Rancagua devolvió todo Chile al español. Solamente Chacabuco y Maipú serían el precio del rescate. Viniendo a lo político, O’Higgins no satisfaría tampoco los ideales de una efectiva democracia. Falto de Parlamento, años y años, por dictatorial decisión de estar solo, cuando al fin lo convocó — 1822 — fué para aniquilamiento suyo y principio de general turbulencia.

El Perú, por su lado, realista y patriota por mitades — con Lima, de San Martín, y las montañas del pe-

ninsular — había de ser otro fecundo semillero de desconfianzas y discordias. Aquí tampoco sería muy claro el concepto político de los pueblos. Bolívar vendría a verse investido muy pronto con la suma del poder, por el voto de un congreso que al propio tiempo se declaraba disuelto.

A todo esto, desde 1823 se conocían muy bien Bolívar y Rivadavia. Sabían de sobra que uno era el Norte y otro el Sur de la historia: tan antagónicos como todo eso. Sus respectivas ideas se tendieron en batalla frente a frente en ese año de 1823. La crónica guerrera no sabe nada de este combate, pero la crónica civil no debe ignorarlo. En esta batalla memorable, el estadista Rivadavia venció magníficamente al general tantas veces victorioso. El hecho aconteció con motivo de cierto episodio diplomático en que don Joaquín Mosquera, plenipotenciario del Libertador, vino a proponer en nombre de éste al gobierno de Buenos Aires “el ajuste de un tratado de unión, liga y confederación perpetua” con Colombia, que de ese modo apoyaría con sus ínclitas tropas la acción militar de las Provincias Unidas en la ya inevitable guerra con el Brasil.

Cabe afirmar que en dicha ocasión el absurdo anficiónico de Bolívar, o por mejor decir aquella su abusiva utopía de dominación continental hubo de morir a manos de Rivadavia. Y de la muerte merecida: de un solo golpe de aplastadora verdad. “El proyecto de Colombia — dijo Rivadavia en la Legislatura — no llena las condiciones apetecibles, por cuanto sólo funda la existencia de hecho de los gobiernos y no su legitimidad, sin acordarse de la libre representación de cada país. Es necesario detenerse en el régimen representativo, en los inte-

reses generales y recíprocos y no en alianzas de familia”.

En rigor eran mucho más graves las cosas a ojos de Rivadavia. La América que no quiso tener reyes salía teniendo semidiós en Bolívar y lo envolvía en incienso. La influencia de “el rayo de la guerra y el iris de la paz” se volvía omnímoda. Su solo nombre era una fascinación para todos. Los pueblos, por voto de sus fáciles legislaturas, le brindaban a porfía poderes extraordinarios. El “Napoleón de la libertad” se iba trasformando de día en día en el genio de la dominación. Y si no, ¿qué tenían que ver con la democracia sus planes políticos?, ¿qué con el régimen representativo?, ¿qué con la auténtica legitimidad de los gobiernos? El formidable interrogatorio de Rivadavia echó a volar por América a la hora justa.

El terreno estaba preparado, por lo menos en Buenos Aires, para las siembras de la libertad. Si para algunos argentinos sólo la presencia del “genio de América” podía remediar los males de la patria, en el sentir de los más era llegado el momento de precaverse. Después de Pichincha habían traído los correos poco amables noticias del héroe, y no serían los valientes porteños quienes las oyeran sin resquemor: ellos, los vencedores de las invasiones inglesas, los hombres de mayo, los libertadores del Sur. ¿Pues no se contaba que en Quito, Bolívar había dicho: “No tardará mucho el día en que pasearé el pabellón triunfante de Colombia hasta el suelo argentino?” Menos mal que Lavalle le había contestado el par de verdades que hacía falta. ¿Y cómo había sonado por aquí aquel brindis de Bolívar en el banquete a San Martín: “Brindo por los dos hombres más grandes de la América del Sur: el general San Martín y yo?”

Poco tiempo después los enviados argentinos, Alvear y Díaz Vélez, volviendo de su misión diplomática ante el Libertador no ocultaban su pesimismo. Sin duda les había dejado la misma impresión que a San Martín, de una ligereza extrema, de una vanidad pueril, de una completa inconsecuencia. Pero lo que no se les borraría nunca más del recuerdo era aquel su mirar gacho, aquel su ojo encapotado, aquella su actitud desconfiada. No consiguieron entenderse. A los llamamientos del interés común el Libertador respondía con evasivas. Era muy relativo su entusiasmo por una cuádruple alianza contra el Brasil, en que cada parte defendiese su derecho. El buscaba más bien alguna efectiva ventaja para su política del Istmo, un pretexto para inmiscuirse en los negocios del Paraguay, o una franca intervención en los asuntos del Plata. No tardó en verse claro. Por de pronto lo único cierto fué que las tropas de Bolívar ocuparon Tarija alterando los límites del Norte argentino.

En suma, mal amigo Bolívar; sobre todo, mal amigo de Buenos Aires. No podía menos de recordarse con alarma su insultante bravata del festín de Arequipa, cuando dionisiaco hasta el delirio, el Libertador "trepó a la mesa del banquete, y rompiendo con furia vasos y platos bajo el taco de su bota, prorrumpió paseándose por ella: ¡Así pisotearé a la República Argentina!" (1)

Entretanto, la situación internacional de la Argen-

(1) Me atengo en un todo a los datos y conclusiones de Mitre en la *Historia de San Martín*. Nuevas investigaciones podrán rectificar algunos puntos; pero lo que a mí por el momento me interesa, que es la impresión que en Buenos Aires se tenía sobre Bolívar, con prescindencia de lo que hoy pensemos de él, no puede sufrir rectificación alguna.

tina era gravísima; inminente la guerra con el Brasil y nada cómoda la vecindad de Bolívar. "El Salvador de los Pueblos", que llenaba el mundo americano con su gloria y su caprichosa osadía, estaba acampado en la frontera de la patria y miraba al Sur con vista de águila. Era de hecho un monarca absoluto. Para mayor peligro, un monarca desocupado que se decía cotidianamente: "Tengo 22.000 hombres y no sé en qué emplearlos..."

Este mismo fué el momento que eligió Rivadavia para su reto histórico: "Ha llegado el momento de oponer los principios a la espada".

Desde este punto, Rivadavia se alza como el genuino prócer civil de América. Bellas frases habíanse pronunciado así en Lima como en Panamá. Pero, ¿cuándo se había levantado una voz tan categórica como ésta ni dónde se había visto una vida entera que la abonase y la nutriese? Bolívar mismo había dicho ante el Congreso peruano: "Legisladores: hoy es el día del Perú porque hoy no tiene dictador... Nada me queda por hacer en esta república; mi permanencia en ella es un fenómeno absurdo y monstruoso, es el oprobio del Perú... Yo soy un extranjero; he venido a auxiliar como guerrero y no a mandar como político... No siendo la soberanía del pueblo enajenable, apenas puede ser representada por aquellos que son los órganos de su voluntad; mas un forastero no puede ser el órgano de la representación nacional. Es un intruso..."

Frases, frases que a la hora siguiente desmentían los hechos; y liberalismo híbrido incapaz de dejar descendencia.

Ahora no; ahora, con Rivadavia, hablaba el genuino prócer civil de América; y su liberalismo, en lo institucional y en lo económico, tenía en efecto principios

de una absoluta certeza que oponer a la política, toda veleidad, de la espada. La hora de los ensueños era pasada; la hora de la acción comenzaba. Si Bolívar había buscado "algo que no fuera monarquía ni república", de conformidad con las lecciones de don Simón Rodríguez, el sociólogo utopista que fuera su maestro y mentor, Rivadavia, estadista de verdad, señalaría las direcciones eternas en nombre de la nueva ciencia de Europa y de las propias seculares experiencias de España. Así, ante la aparición de Rivadavia deja de gravitar sobre el continente el pensamiento político de Bolívar. Lo militar es netamente separado de lo civil. Y de esta suerte si Rivadavia entra a ser el numen de la organización de los pueblos, Bolívar — disipada la polvareda política que lo envolvía — se levanta por sobre todas las fronteras como un verdadero semidiós de la epopeya de América.

CAPÍTULO XXV.

EL ULTIMO MANDAMIENTO

I

Las personalidades más atroces caracterizan la prédica de la prensa en las postrimerías del gobierno de Rivadavia. De periódico a periódico arrójanse los mayores insultos, entre las más soeces abominaciones. Este no es el momento de detallarlas; haya, sin embargo, para el lector alguna noticia. *Despreciable Mensajero*, dice *El Tribuno* para dirigirse al *Mensajero Argentino*. Y hablando con *El Duende*: “Servilísimo y maldiciente invisible: en el próximo número nos entenderemos...” Lo cual se cumple en los términos de que dan pálida idea los siguientes renglones: “Asalariado *Duende*... os conoce *El Tribuno*... y a vuestro colaborador... el pata de cigüeña...” Pero que se cuide Cavia, el editor y redactor principal de la odiada y ciertamente odiosa hoja. Un día u otro pasará un famoso mal rato, y se reirá a su costa todo Buenos Aires. El *Correo Nacional* es un terrible enemigo. Con singular amaño consigue al fin que *El Tribuno* caiga en el lazo. Le ha mandado unos versos y *El Tribuno* los ha publicado.

¡Qué grandes carcajadas las del *Correo* al otro día, celebrando el chasco! Aquella al parecer dulce loa encerraba este espantoso acróstico: *El viejo asqueroso Cavia es el Tribuno traidor* . . .

A fines de enero, de ese año de 1827, no hay cómo desmentir a Dorrego. Un nuevo aspecto — hosco, torvo, definitivamente grave — van tomando los negocios del interior. A este propósito se le refriegan a Rivadavia unas palabras de Sucre (y se las glosan de mil maneras), pronunciadas al asumir la presidencia de Bolivia: “Estoy pronto a dejarla en el momento en que la autoridad de que se me ha investido no esté apoyada *por la fuerza moral y por el contento de los pueblos*”.

La impaciencia de los unitarios se hace patente. La paradoja en que viven los ofusca, los enerva: saberse los soldados de la gran causa nacional y al propio tiempo los derrotados de la nación. Un nuevo triunfo de Brown les da ocasión para salir con música y banderas a la calle. ¿Pero cuáles son los gritos de la columna: ¿viva la patria? ¿muera el Brasil? Los gritos son muy diferentes: ¡Mueran los federales! ¡Mueran los anarquistas! ¡Muera *El Tribuno*! Y como en un desafío: ¡Viva la Constitución!

Tal Constitución, así tomada por pendón fraticida, no la quería Rivadavia. Constitución que fuese orden, sí; que fuese progreso, sí; que fuese liberalismo, sí; que fuese odio y anarquía, no. Entretanto, la grito de los periódicos llenaba la ciudad de vociferaciones. Se oía distintamente cada denuesto, cada espantoso ultraje: ¡Ladrones! ¡Traidores! ¡Prostituídos! ¡Infames! Con las nuevas noticias de las provincias, la oposición se envalentona, bien que no olvide por esto su bien llevada guerra de zapa y mina. A Rivadavia se le llama

con abierta lisura, el genio del mal, el propagador del desorden. Se habla como nunca de iniquidades y abusos — así en abstracto — que con el papel moneda están cometiendo “ciertos hombres sin conciencia ni honor a pretexto de los conflictos del país”. No hay follón que no atice.

Pero el día de Ituzaingó ha llegado. Trae gloria para todos, hasta para los Quiroga y los Ibarra que volvieron la espalda a la guerra. Bajo los pliegues de la bandera triunfante cabría la reconciliación de los argentinos. Y sin embargo, el displicente gesto de los federales ante una gloria tan auténtica y nueva pone espanto. Salen a la calle con la cara torcida, y sus aprobaciones, cuando llegan a hacerlas, están cortadas de reticencias. Para todo esto clamaba venganza la juventud unitaria, y no faltaron quienes, deseosos de ejemplarizar de una vez, anduviesen buscando la forma de quemar en la plaza pública la colección de *El Tribuno*. Acaso llegó a ser consultado Rivadavia, y advirtió en ello tristemente un nuevo síntoma de la ya inevitable disolución.

Los partidarios de la presidencia debían descartar las últimas ilusiones: ni había estallado una revolución en Córdoba, ni estaba con una barra de grillos el gobernador de Corrientes. Ya no decían altaneramente los unitarios aquello de *las águilas no comen moscas*. Ahora andaban a la busca de las menudas noticias, de los prolijos rumores. Y también por ahí hubieron de enterarse, mal de su grado, de que el pan se elaboraba malo y pequeño al paso que la carne escaseaba y que los revendedores o regatones eran los amos del mercado.

Por abril, por mayo, el gobierno ya no es dueño de la situación. Quiere posar una fuerte mano sobre los sucesos, apretarlos, conducirlos, y no lo consigue. O

hay algo de la mano de un fantasma en esa mano que alarga, o es que los acontecimientos le resbalan, de más en más inasibles. Al propio tiempo se sienten esos remolinos de los timoratos, de los débiles, de los irresolutos, a quienes el viento de las novedades trae o lleva siempre a la parte de los que han de mandar y prevalecer.

II

De pronto, buenas noticias; pero del Perú... Allí — ¡quién lo diría! — triunfa Rivadavia, pues que declina Bolívar. Algo es algo. Los periódicos presidenciales no ahorran el comentario, y uno de ellos, para que rabie *El Tribuno*, sale con esta letrilla:

Tribuno, mientras tú brincas
muy gozoso y satisfecho,
cayó en astillas deshecho
el imperio de los Incas.
Y a aquel código moruno
de Bolívar no le amaga
menor catástrofe, ¡Traga
esa píldora, Tribuno!

Mejor, naturalmente, que este consuelo casi metafísico de tal bienandanza continental hubiera sido, a fe, que el problema de la carne escasa y cara no se endiablase de nuevo. Necesario era que los amos en persona se la procurasen. Paralelamente, el ficticio descrédito de los billetes de Banco agravaba la situación, y cuando alguno mencionaba el Río de la Plata, no faltaba la rectificación consabida, conforme al chiste de *El Ciu-*

dadano —¿Río de la Plata?... Río del Papel, dirá usted.

Con ser irremediable la discordia interior, aun tenía objeto y razón la presencia de Rivadavia en el sillón presidencial: dejar la guerra del Brasil honrosamente acabada. Con el encargo de acabarla honorablemente, y al amparo de las previas garantías de la Gran Bretaña, había partido a Río don Manuel José García, hombre experto y de honor, dignísimo hasta entonces de la mayor confianza pública.

Estaba corriendo la segunda quincena de junio de aquel año de 1827 cuando regresó el enviado. Traía un aire de profunda reserva. El 21 a las 12 fué introducido a la audiencia del Presidente y sus ministros. La conferencia, a puertas cerradas, duró largas horas. Si entró en medio de un silencio de expectativa salió en medio de un silencio de azoramiento. Vano empeño fué querer enterarse. El mutismo del gobierno se volvió misterioso. Entonces empezaron a correr cuentos tártaros entre muchos bien conjeturados supuestos...

La guerra continuaría tal vez por indefinido tiempo. En la duda, aumentó el agio de la onza. *La Gaceta Mercantil* se pregunta qué es lo que pasa. Los periódicos presidenciales declaman horrores contra el emperador. ¿Por qué? Se cruzan noticias cuya cabal interpretación es muy difícil. Se dice que en Río de Janeiro, poco antes de embarcarse García, se dió libertad al propio hermano de Lavalleja. ¿Qué podía ser esto? También se comenzaba a hablar en hipótesis: "Habrà que reconocer — reflexionaba *El Mensajero* — que se han traicionado los intereses de la patria y se han traspasado las instrucciones de su remitente..." ¿Serían rumores? En

todo caso notábase en ellos “todos los síntomas de la verdad” . . .

El 25 hay una sesión secreta en la Sala de Representantes, y el 26 escribe *La Gaceta*: “Parece que bien pronto se descorrerá el velo que hasta ahora encubre el resultado de la misión al Brasil del señor García . . .”

El velo se descorrió. Nunca había caído sobre la patria un oprobio tan mezclado de ridículo como ese del tratado preliminar de paz, por el cual el vencedor se declaraba vencido, reconociendo en substancia como legítimo territorio del Brasil toda la Banda Oriental, más las indemnizaciones de guerra. Eso era lo que había firmado el señor García “en nombre de la santísima e indivisible Trinidad”, y tan luego en la víspera del 25 de mayo . . . “Ha sido preciso verlo para creerlo”, sintetizaba *El Mensajero*.

Tres documentos postreros firmó Rivadavia: la resolución del consejo de ministros repeliendo el tratado, su renuncia, y aquella proclama que dice: “Argentinos, no emponzoñéis mi vida haciéndome la injusticia de suponerme arredrado por los peligros o desanimado por los obstáculos que presenta la magistratura que me habéis conferido . . .”

III

Y aquí también aparece Rivadavia como el albacea argentino de esa vieja, profunda y muy firme voluntad española de que el Plata no fuera bilingüe sino que ambas sus riberas formasen un mismo ámbito espiritual. Muchos argentinos se habían equivocado al buscar la alianza del portugués. Rivadavia siguiendo la línea es-

pañola no se equivocó. Ambas riberas del Plata señalarían el cauce de un mismo destino. Imposible de realizar este anhelo en la unidad argentina, había de conseguirse al menos en la unidad del idioma, de la raza, del espíritu. La mucha sangre derramada por España para que esto fuera así, era como una sagrada imposición para la Revolución Argentina. Rivadavia, su encarnación inexorable, mandó cumplir el mandato, costase lo que costase.

Y éste fué el último mandamiento de Rivadavia.

CAPÍTULO XXVI

LA RENUNCIA

I

Después de haber leído tanto viviente decreto de Rivadavia — los más vivientes decretos que se hayan dictado en el país — la gente tuvo que leer la página yerta de su renuncia, la hoja seca de su caída. Ahí estaba: “Departamento de Gobierno, Buenos Aires, junio 27 de 1827. Cuando fuí llamado a la primera magistratura de la República por el voto libre de sus representantes. . .”

Muy bien. La Argentina fué invitada entonces a una grandeza sin par; y los rivadavianos creemos que hubo de serlo precisamente por órgano y voz de Rivadavia. Llegamos a suponer, inclusive, que podríamos contar a esta altura de la historia y del destino con una Argentina muy parecida en poderío y desarrollo material a los Estados Unidos, sólo de haber prosperado a tiempo las ideas políticas y los principios económicos del grande hombre.

Pero Rivadavia debió alejarse, y medio siglo tardó la República en admitir y practicar lo esencial de su

pensamiento político. En cuanto a las lógicas derivaciones de su pensamiento económico, nada anuncia una próxima adaptación. Al menos, en lo tocante a la enfiteusis, han pasado más de cien años desde que su gobierno la propusiera para movilizar la tierra pública. Sobrevino Rosas y ésta volvió a ser lo que siempre fué: maleza y breña entre las manos fiscales, cuando no pasó a engrosar bajo el dominio privado, los latifundios incommensurables. Culpa de no haberse escuchado la palabra de Rivadavia en cosa tan digna de escucharse y de cumplirse. A tal grado, que si hoy pudiese el prohombre reconstituir su vida, no acertaría con mejor ofrenda y presente para su patria que el de la reiteración de aquel mismo proyecto glorioso.

¿En dónde íbamos? “Cuando fuí llamado a la primera magistratura de la República por el voto libre de sus Representantes, me resigné desde luego a un sacrificio que a la verdad no podía menos de ser muy costoso al que conocía los obstáculos que, en momentos tan difíciles, quitaban al mando toda ilusión y obligaban a huír de la dirección de sus negocios”.

Sin embargo, el cielo de la patria se iluminó de señales venturosas. No hubo una sola alma en Buenos Aires que no se ofreciese a la esperanza. Las Heras había dicho al entregar las insignias del poder: “La situación presente de los negocios abre un inmenso campo a la virtud y al genio”. Todos reconocieron con cuánta justicia merecía Rivadavia esas palabras. Fué más adelante, al conjuro de esas fuerzas fatídicas que empezaron a moverse en las provincias feudales, cuando dió en decirse que Rivadavia no había sido el hombre de su tiempo. Ved lo que pasa ahora mismo con el caso de la enfiteusis. Hay quienes dicen que llegó con ella dema-

siado temprano: otros dirían hoy que llegaba demasiado tarde. A lo cual se pregunta uno, ante el mapa de la esterilidad y del desierto, cuál será, por Jesucristo vivo, en nuestro país la hora de llegar a tiempo con una idea de grandeza y de gloria. Se acaba por no saber cómo tendría que hacer Rivadavia para que un día se le tolerase redivivo. Y no es mucho temer que como Clodoveo converso, se viese constreñido primero a quemar todo lo que antes adoró y a adorar todo lo que antes quemara, hasta hacerse justamente un Anti-Rivadavia. Mientras tanto, la República está lejos de contar siquiera esos cuarenta millones de habitantes que ha tantos años hubiera sobrepasado, a buen seguro, bajo un régimen agrario — me limito si queréis al *ager publicus* — más decoroso y racional.

En fin, críticos hay de la historia y de las letras — filosofastros sobre todo — que acomodan su pensamiento, incluídas sus convicciones cívicas, al tenor del último boletín extranjero. Estos son los que creen que Rivadavia se levantó muy temprano y que nosotros los georgistas y rivadavianos andamos de trasnochada.

II

Pero sea: madrugó Rivadavia.

Madrugó Rivadavia: sólo que mucho más de lo que se cree. La nacionalidad flotaba todavía en la hora del caos cuando él se dispuso a evocar entre las polvaredas de las vagas intenciones, la plena gloria de la patria futura. Sea también aceptado que Rivadavia no fué más que un pintor de espejismos: aunque yo quisiera saber qué hubiera sido de la patria sin este arquitecto de las

nubes — aceptado — que adelantaba en el páramo, a modo de un Moisés, la imagen de la nación venidera. Quisiera saber en qué hubiese ido a parar la nacionalidad argentina sin “la aventura presidencial del señor Rivadavia”, como es norma decir renegando con López. Lo cierto es que Rivadavia propuso genialmente las soluciones que al fin se adoptaron: capitalización de Buenos Aires, constitución ecléctica, presidencia nacional, y que así dejó listos los planos de la nacionalidad. Si no hubiese sido él hubiera sido otro: aceptado. Pero fué él.

El mismo que en ese triste junio de 1827 decía: “Entré con decisión en la nueva carrera que me marcó el voto público, y si no me ha sido dado superar las dificultades inmensas que se me han presentado a cada paso, me acompaña al menos la satisfacción de que he procurado llenar mi deber con dignidad; que cercado sin cesar de obstáculos y de contradicciones de todo género, he dado a la patria días de gloria que sabrá ella recordar con orgullo . . .” Con tales palabras se alejaba; pero antes había sustentado un hecho incontrastable. Había sido el primer presidente argentino. Lo había sido con todas las insignias y todos los atributos del mando. Lo había sido con suprema dignidad, con perfecta entereza. El, como primer presidente argentino, había abierto una puerta que nadie nunca más lograría cerrar. Obstruirla, sí; cerrarla, no.

El derrumbamiento de la obra dejó un hueco institucional que sólo se llenaría con la restauración de aquella misma presidencia que se derrumbó. Y en efecto: desaparecido Rivadavia, la nación por modo consciente o inconsciente, sólo vive para la restitución de su obra: tan inmenso resultaría el poder de sugestión de aquel hombre, así pareciera tan soñador y tan iluso. La na-

ción entera se puso a soñar el retorno de la presidencia perdida, la recomposición de la unidad armoniosa. Numen para todo esto, Rivadavia. Se le tomará como un profeta, como un hombre del porvenir, porque sus ideas parecen “proyecciones sobre lo venidero”. Aceptado. Pero es mucho más que esto. Es el hombre que impone el futuro, el que por mandato de su voluntad inspirada lo actualiza, aunque más no sea en la duración de un relámpago. Ello es que en un abrir y cerrar de ojos lo edifica totalmente. ¿Cae su obra? ¿Se rompe el espejismo? Aceptado. Cae su obra. Se rompe el espejismo. Pero los planos quedan. Y su presidencia viene a ser para los destinos del Plata como el templo de Salomón para Israel: destruído, sí, pero tan intacto en el recuerdo, que su visión ya no se borrará jamás.

No creo en modo alguno que la esperanza de los pueblos se alimente tan sólo de vaticinios venturosos. Más bien se debilita la nacionalidad mascando ese haschich. Los hechos son de una necesidad perentoria. Ver un presidente en el sitio presidencial llegó a ser de capital necesidad para nuestra patria. Verlo fué la única manera de creerlo. Y con Rivadavia se vió la silla presidencial, y se vieron la banda de la unión y el bastón del mando. “El más grande hombre civil de la tierra de los argentinos”, como sentenciara Mitre, no solamente lo fué por todo lo que realizó — salvar a la patria y hacerla libre — sino también por todo lo que quiso realizar y no pudo. Gracias a él, la patria concibió la república representativa, tal como debía ser. Nada menos que en este gran misterio anda mezclado el sino de Rivadavia.

Como ceniza en la boca se sentía en ese triste día de junio después de leída la renuncia del prócer. “. . . Por

desgracia, dificultades de nuevo orden, que no fué dado prever, han venido a convencerme de que mis servicios no pueden en lo sucesivo ser de utilidad alguna; cualquier sacrificio de mi parte sería hoy sin fruto. En este convencimiento, yo debo, señores, resignar el mando, como lo hago desde luego, devolviéndolo al Cuerpo Nacional de quien tuve la honra de recibirlo”.

III

Hay dos cosas muy fáciles de hacer en un mundo que nace: traicionarlo con el mortal beleño del culto al pasado o dar banquetes de palabras a las generaciones ansiosas. Salvar del pasado únicamente lo que se debe salvar, y sólo eso, e inspirar con prudencia definitivas y radicales reformas: he ahí lo difícil de hacer; y he ahí justamente la obra de Rivadavia. Es dignísimo de notar cómo se acerca a España, cómo tiene la osadía de volver al pasado para recoger en el acervo español aquellas cosas que estaban como aparejadas para América. Ese ideal político tan hondamente estudiado por Rafael Altamira en los hombres del siglo XVIII español; ese ideal político vigorosísimo de restaurar la riqueza, fomentar la población, cultivar la tierra, levantar la industria y abrir nuevas rutas al comercio, es el ideal que Rivadavia recoge. De este modo él se propone primero que nadie colonizar y poblar los territorios inmensos. Poblar colonizando, y no poblando por poblar; poblar mejorando la agricultura, y cultivando las zonas que piden grano, y favoreciendo a la clase trabajadora, bien a la manera como se hizo en Andalucía, en Murcia, en Extremadura, en Alicante, donde se repartió gratuita-

mente la tierra o fué dada en enfiteusis, ya para ser saneada, ya para reducirla a cultivo.

Sobrábales motivo a los españoles residentes en Buenos Aires para deplorar también el retiro de Rivadavia. Ellos fueron acaso quienes más prontamente le hicieron justicia. Y bien que la necesitaba el prócer caído. “Quizás hoy no se hará justicia — decía al dimitir — a la nobleza y sinceridad de mis sentimientos, mas yo cuento con que al menos me la hará algún día la posteridad, me la hará la historia”. Bendigo al destino que me hace nuevo órgano de ella.

Más adelante decía: “Después de esto, yo me atrevo a recomendarles la brevedad en el nombramiento de la persona a quien debo entregar una autoridad que no puede continuar por más tiempo depositada en mis manos”. El tono de la renuncia acentuó la gravedad de aquellos momentos solemnes. Algo más de un año atrás, el 8 de febrero de 1826, al subir Rivadavia las gradas del Fuerte, investido del poder supremo, las salvas de los cañones llenaron los espacios: las salvas de la fortaleza, las salvas de la escuadra, las salvas de las baterías del Sur y del Norte. Ahora, un perfecto silencio. Comenzar de nuevo. Retornar a la dispersión y a la flaqueza. Ser solamente las Provincias Desunidas del Sur. Algunos cabildeos. Algunos conciliábulos. Y como la sombra de un gran pecado en el aire.

IV

La Representación Nacional respondió en punto a lo que más nos importa: “V. E. desciende conducido por la mano de la ley y esto no sólo es honorable a su

persona, sino benéfico a la República misma. Ahora es también cuando el Congreso debía justificar su elección, clasificando dignamente los distinguidos servicios de V. E.; mas, de este justo y noble empeño le exoneran por fortuna la evidencia de las cosas, la existencia misma de la patria (de esta patria tan digna de mejor suerte), sus triunfos y sus glorias. Debe, pues, por ahora el Congreso contentarse con cerrar esta contestación, interesando el patriotismo de V. E. para que ejerza el mando de la República por los pocos días que transcurran mientras se elige la persona que lo ha de subrogar". Y la fecha: 30 de junio.

Entonces Rivadavia retuvo el poder, pero nadie sabe hasta cuándo. La gente cree, guiándose por los archivos, que fué cosa de algunos pocos días más. Se equivoca la gente. Rivadavia retuvo el poder hasta después de su muerte, hasta que hubo otra vez Presidente de la República a quien pasar las sagradas insignias, y como quien dijera, los planos del templo. Rosas gobernó siempre con tanto miedo, porque sabía que Rivadavia estaba allí, en todas partes, con su bastón y su banda presidenciales. Cuando se supo que Rivadavia había muerto — año de 1845 — se le vió como nunca presente. Rivadavia era un muerto de los de Comte: un muerto que mandaba con el imperio de un dios.

LIBRO VII
LA RUTA DE CÁDIZ

CAPÍTULO XXVII

EL CANCIONERO DEL ODIO

I

Se acercaban los días del Carancho del Monte. El Carancho que digo es aquel French o Berutti inversus, aquel coronel don Vicente González, para declararlo de una vez, a quien le cupo en suerte y gloria crear el distintivo rojo y negro del luto federal por doña Encarnación Ezcurra. Si en un día de exaltaciones patrióticas French y Berutti inventaron los colores argentinos, el Carancho del Monte será quien invente en otro raptó fervoroso la enlutada divisa federal (1).

Se llegaban también los tiempos en que detrás de los carros policiales cargados de decapitados cadáveres, la mazorca haría macabros coros sólo interrumpidos del estentóreo estribillo: ¿Quién compra duraznos? (2).

Y, sin embargo, contra el agua y el viento de los suce-

(1) Interpreto de esta manera los datos de Santiago Calzadilla en *Las beldades de mi tiempo*. La divisa roja ya estaba inventada. El Carancho debió inventar la roja y negra, circunstancial. (Ob. cit. Cap. XX).

(2) Dato de D. FÉLIX FRÍAS: "La gloria del tirano Rosas".

sos que se precipitaban inevitablemente en la tiranía, he ahí el 28 de abril de 1834, Rivadavia que vuelve de Europa. Siempre quedará oscuro en la vida del prócer este inútil, este arriesgado, este mal aconsejado viaje a Buenos Aires. No pasa de una conjetura el parecer de López (1), según el cual Rivadavia traía en mira la preparación de cierto valioso proyecto de explotaciones rurales en territorio de la República Oriental; ni cabe aceptar por condescendencia de la imaginación hipótesis tan temeraria como esa de Saldías, que fundado en lejanas sospechas, hubo de presentar a Rivadavia en trance de una nueva conspiración pavorosa, capitaneando juntamente a los salvajes unitarios de Montevideo, de Santa Fe, de Buenos Aires y de todas las casas reinantes de Europa . . .

Sea lo que fuere, Rivadavia no debió volver. Era la unánime convicción de sus amigos. Si a alguien hubiese consultado, luego hubiera sabido a qué atenerse. Nadie le hubiera ocultado que el odio federal se mostraba implacable, sobre todo con él.

Más. Los tiempos se ponían resueltamente infames. Y lo que es la fatalidad: Cuando hasta los federales decentes dejarían de buen grado el país, Rivadavia volvía; extraño designio el de su suerte . . . Bastaba hojear los diarios del tiempo, y mayormente los pasquines y papeluchos, para comprender lo que se venía. Era una sola negrura aquella atmósfera moral. En esta negrura, solamente el odio, a rojizas lumbraradas, era la luz del camino. A la prosa virulenta, canallesca, ignominiosa, había venido a mezclarse el verso de payada, propuesto vilmente a las guitarras de los suburbios, pa-

(1) *Historia de la República Argentina*, tomo X; nota final al Cap. III.

ra impregnación perversa del alma popular. Eran infaltables los versos, y aún había pasquines, como el *Papel Suelto*, íntegramente rimados.

Las guitarras de los arrabales acompañaban los cantos ya salvajes del odio. Persistían y persistirían a todo lo largo del despotismo, versos del año 30 o del año 31. El *Papel Suelto* se ganó prontamente el favor de la plebe. No sería descaminado atribuirlo a que en sus canciones hizo su primera aparición el verdugo:

El verdugo a una unitaria
 pidiéndole no sé qué,
 le contestó la unitaria:
 —Mandáme, te serviré.

En estas colecciones realmente abyectas no escaseaban los cielitos. Recomendábase su letra a la inspiración facinerosa, ya que era más pegadiza que la de los otros versos, por la insistencia de su estribillo. Aquí también aparecía el verdugo; el verdugo rosista, vestido de colorado, *tocador de violín*, pues ya estaba creada, para eufemismo y delectación estética del degüello, su imagen más complacida.

Véanse a tal propósito estos versos de “un sacristán federal”, autor del siguiente cielito contra Lavalle (el Juan Lanás que sonará en la canción):

Siempre que subo a la torre
 a repicar las campanas,
 cantando voy el cielito
 del asesino Juan Lanás.

Cielito, cielo, cielito,
 cielito de mi concierto.
 Si les tocan el violín
 yo de aquí tocaré a muerto.

Y allá va cielo y más cielo,
 cielito de la concordia.
 Primero está la justicia,
 después la misericordia.

El campanero en cuestión tiene listos dos caballos:
 uno para Lavalle; otro para Rivadavia; ambos con una
 negra intención:

Tengo un caballo picazo
 que es de muchos codiciado.
 Para el pícaro Lavalle
 se lo tenga preparado.

Cielito, cielo y más cielo,
 cielito de andar, andar.
 A la cola del caballo
 un día lo he de amarrar.

Aquí está el de Rivadavia:

Para el sapo del diluvio
 le tengo un caballo overo... (1)

II

Otro de los pasquines se titulaba *Látigo Republicano*, y su lema no podía ser más claramente onomatopéyico: ¡Chiz! ¡Chaz! ¡Arda Troya! Inútil buscar aquí nombres propios verdaderos; este *Látigo* es, en cambio, el almacén de los apodos. Los hombres públicos son llamados Lechuza, Toribia, Don Batata... Es lo justo. El pasquín tiene su léxico propio, su nomenclatura propia, su baptisterio propio. El pasquín engendra la vida de nuevo a su imagen y semejanza.

(1) Todo en *Papel Suelto*. Biblioteca del Museo Mitre.

Don Gerundio Pincha-Ratas, abogado de los unitarios (1831) había dejado imborrables huellas en la ajena fama. Rivadavia para este pasquín era el ladrón por antonomasia. *Don Gerundio* cultivaba — claro está — la prosa y el verso. Vaya para muestra este epítafio de Rivadavia:

Reposa en este pantano
un animal horroroso
que tiene figura de oso
y es el sapo diluviano.

A este pícaro inhumano,
aunque indigno de piedad,
por nuestra comodidad
le daremos sepultura
cubriéndole con basura
por que deje de apestar.

Ahora vengan coplas:

¡Que viva el barrigón,
que viva Sancho Panza,
bebedor en tinajas,
presidente de chanza!

Pero lo que sigue no es copla. Es maldición y nada más: imprecación que ha buscado su mayor sortilegio en la brujería de las sílabas contadas:

Que se lo lleve el diablo...
que reviente su casta...
que su quinta se seque...
que se caiga su casa...

Hay en el rabioso anatema imprecaciones todavía más crudas, proferidas en un lenguaje parecido al de esta otra canción, en que Rivadavia es designado con el mote de Rimbombo, que fué como su nombre de pila entre

los innumerables sobrenombres de escarnio con que se le apellidara:

Cuando Rimbombo
monta a caballo
todos exclaman:
¡El sol de mayo!

Abre la boca
cual una espuerta
y la muelada
muestra en la jeta...

Análogas pataratas prodigaba al caído, con ese mismo comedimiento, otro pasquín de nombre largo y temerosísimo acento: *El Torito de los Muchachos (Para decir que viene el Toro no hay que dar esos empujones)*. Mas oigamos primero la terrible voz de Dorrego:

Juan Manuel, oye mi voz
que de mi sepulcro sale.
Te dice desde lo eterno:
Libra la patria de males.

El Torito de los Muchachos (para decir que viene el Toro no hay que dar esos empujones) buscó su inspiración, ya la jocosa, ya la grave, en el tema sepulcral. Su gran éxito poético, *El testamento de Rivadavia*, fué publicándose en sucesivas entregas. Allí reaparece la figura del verdugo degollador:

Item. Dejo mi cabeza
al verdugo de regalo,
con encargo de ponerla
sobre la punta de un palo.

Mal se esperaba con el olvido Rivadavia, cuando ninguno de los hombres que lo acompañaron halló cuartel. ¿Respetábase acaso en el Dr. Agüero — para citar

lo más encumbrado — su saber, su ancianidad, siquiera su sacerdocio? No fué ciertamente él quien se libró de las públicas befas: nadie más zaherido y ultrajado. Todos los días leíanse versos como éstos:

Frente de una iglesia
que hoy es Catedral
vive un perro godo
constitucional. . .

Finalmente *El Rayo*, *federal neto* había ensayado todo el año 33 versos al uso pasquinero. Como quien perfecciona el sistema, había resucitado tal cual procedimiento de los que hicieron célebre a Castañeda, padre de los libelistas. Así, para que mejor se pegasen al oído, empleaba por estribillo meras glosolalias, como la siguiente, que después cantaban los arrapiezos de la calle:

Con el trípili, trípili, trápala
esta tirana se canta y se baila.
Salta, Toribio.
Dale, mulata.

A esta Buenos Aires acababa de llegar Rivadavia. . .

CAPÍTULO XXVIII

LA EXPULSIÓN DE LA PATRIA

I

La intempestiva llegada de Rivadavia causó espanto a la gente: tales estaban los tiempos. Cosa tan inocente como volver a la patria pareció, en su caso, peligrosísimo lance; tan peligroso para la ciudad entera como para el recién venido.

—Señor — habíale advertido al prócer, el capitán de su buque —, no está buena la mañana para desembarcar. Hay mucha niebla para ir en bote a la orilla. Mejor sería esperar . . .

Pero Rivadavia no se resigna a la espera. Allá en tierra están los suyos; allá en la parroquia de la Concepción está su quinta — la maldecida de los pasquines —, con sus nogales, sus olivos, sus robles, sus ombúes, a cuya sombra se propone, lejos del rebullicio político, vivir unos días de plácida y austera calma doméstica. Poca gente irá a visitarle. La quinta queda bastante apartada, ya por las afueras de Buenos Aires, al Sur . . . (1).

(1) Estaba situada entre las actuales calles de Carlos Calvo, Umberto I, Santiago del Estero y Sáenz Peña.

Son las 8 y media de la mañana cuando el viajero desembarca. Entre la Capitanía y el Fuerte, un espectacular vecino, D. Vicente Casares, le descubre, y le saluda abriendo tamaños ojos (1). Confusión, extrañeza, pavor: hay de todo en ese gesto, que debió ser como un anuncio para Rivadavia. Era mucho más que el gesto de un vecino espectacular. Era el gesto mismo de la ciudad.

Don Vicente Casares corre a contar al vecindario lo que a poco le aconteciera: —*¡Acabo de saludar al señor Rivadavia!* La gente lo escucha, lela. Después cada uno siente la necesidad de comunicarse, de atar cabos. Ahora viene a saberse que había tácito, más por esto mismo ilevantable, un decreto de proscripción contra Rivadavia. Su vuelta era la violación de esta ley hasta entonces no sabida. Del ostracismo no se vuelve. El ostracismo debe ser más infranqueable que la muerte.

No es el único que corre, don Vicente Casares. Corren los caporales del gobierno, de la Capitanía a la casa del Jefe de Policía. Corren de la Policía a la casa del gobernador. Corren de la casa del gobernador a la del presidente de la Legislatura. Todos andan con las caras espantadas y los ojos que se les saltan de asombro. Todos, desde antes de hablar, tienen un aire perentorio, exigente. En el fondo, hasta los viejos unitarios, comprenden que *el señor Rivadavia* ha venido a romper el equilibrio inestable de la situación, milagrosamente sostenido por el celo, por la prudencia, por el patriotismo tranquilo del general Viamonte que a la sazón gobernaba. La llegada de Rivadavia introduciría la perturbación en los espíritus, Dios sabe por cuánto tiempo y

(1) Datos de JUAN M. MADERO: "Album del Centenario de Rivadavia".

con qué resultados. Era la gota de agua que haría derramar el vaso. Ahora sobrarían los pretextos para acelerar hacia el abismo la obscura marcha de los sucesos.

II

A todo esto, el señor Rivadavia, ignorándolo todo, ha recorrido en su volanta los tres cuartos de legua que van del puerto a su quinta; ha llegado a su casa, a su vieja y austera casa, sombreada de añosos árboles, y se ha recogido, sin sospechar daño alguno, en el seno de sus deudos.

Pero apenas se disponía a hablar este rey Ulises, empezaron a venir sus amigos, no tanto para saludarle cuanto para referirle el revuelo de la ciudad con su arribo. Acaso lo más impresionante para el recién llegado no eran las palabras con que le advertían sino el sigilo de la conducta de todos. Temeroso y mal disimulado sigilo en vísperas de pánico. Nunca Buenos Aires había sido así. Por deslenguada y maldiciente que fuese la oposición, siempre quedó sitio en los hombres cultos para el propio respeto. Ahora en cambio . . . Así pintaba para Rivadavia colores de decepción ese lunes 28 de abril de 1834, que amaneciera tan borrascoso y tan frío. Primero, la niebla en el Plata. Ahora, esto.

La mañana pasó agitadísima, allá en el centro. Fué un solo entrar y salir gente en la casa del gobernador. A las 11 y media se hizo llamar a Mansilla, Jefe de Policía, "y se le dijo de ponerse en un coche para ir a significar al señor Rivadavia que debía reembarcar-

se" (1). Medida provisional. Medida que originaba de inmediato una consulta a la Legislatura... Medida que el gobernador se veía en la necesidad de adoptar. Medida previsora, no arbitraria...

Tanto en el deseo de puntualizar muy bien las cosas, cuanto, se nos figura, por dar satisfacción a las maneras solemnes de Rivadavia, se redactó una nota con todos los recaudos del buen estilo oficial, la cual rezaba: "El ministro que suscribe (2) tiene el desagradable deber de anunciar al señor don Bernardino Rivadavia, que el gobernador, instruído de haber desembarcado en la mañana de este día, y forzado por circunstancias imperiosas que afectan la paz pública, se ha visto en la necesidad de impedir su permanencia en el seno de su familia, mientras obtiene una declaración que ha solicitado ya de la Legislatura. Dios guarde al señor Rivadavia muchos años".

Apenas, pues, el ilustre patriota ha respirado el aire de su hogar y ha descansado los ojos en la contemplación soñadora de los muebles, de los cuadros, de los objetos queridos; apenas ha paseado bajo los ombúes y ha probado la jícara del chocolate habitual de la casa, cuando se ha sentido el rodar de un carruaje acompasado por el trotar de una recia yunta de caballos. Es justamente mediodía. El carruaje se para a la puerta de la finca solariega. Baja de él un militar muy apuesto con vistosos entorchados en la casaca. Es Mansilla, el Jefe de Policía. Apéanse también tres comisarios que venían con él. Salen los criados a enterarse.

—¿El señor Rivadavia?

(1) Véase la crónica de *El Monitor*.

(2) García, el tristemente famoso gestor de la paz con el Brasil.

Mansilla pasa a la sala de recibir. Los comisarios permanecen en el portal. Acude Rivadavia al recibimiento. Cierra la puerta tras de sí. Mansilla se dirige a él casi en secreto. Le habla de la nota ministerial que ha de cubrir las apariencias. Le informa además de que allí, a juicio del gobierno, corre peligro su vida y la de sus familiares. Rivadavia no se deja convencer: el deber esencial de un buen gobierno es cuidar la vida de los ciudadanos. ¿De cuándo acá se les cuida desterrándolos? Pero la intimación que formula Mansilla sólo admite una respuesta: obedecerla. Reloj en mano, Rivadavia no ha permanecido ni cuatro horas en su casa. Dice adiós a los suyos, y parte. El dolor que se concreta detrás de él es ya una pena en que sufre la patria; la patria argentina que él soñó grande y libre y que ha venido a ser con Rosas esa miserable estancia feudal.

Rivadavia dirige una postrera mirada a la casa, a la quinta. Mansilla cediéndole la derecha, le invita a ocupar el mejor asiento del carruaje. Se instalan además los tres comisarios. El cochero recoge las riendas.

—A la Capitanía.

Y el carruaje echa a rodar en la dirección del río (1).

III

Las cosas no acaban aquí. Hay días que se vuelcan sobre el siguiente; que se derraman en los que siguen. Aquel 28 de abril de 1834 no finalizó hasta la noche del 29. Comenzó un lunes por la mañana y acabó un martes por la noche. Comenzó un lunes por la mañana,

(1) Ver *El Censor Argentino*, 30 de Abril de 1834.

con lágrimas, y acabó un martes por la noche, con sangre. Sin quererlo ni saberlo, Rivadavia había jugado una involuntaria carta en el innoble truco de la política rosista. Sin proponérselo, obligaría al descarte de los tahures, que se hacían guiños como para jugar su carta más brava.

Y la jugaron.

El martes, a las 8 y media de la noche, en pleno centro elegante, a la hora justa en que todo el mundo estaba en la calle, y en la misma cuadra — para mayor afrenta de las costumbres — en que tenía su asiento principal el Departamento de Policía, se consumó un hecho bárbaro y nunca visto. Ocho emponchados a caballo desembocaron al galope por la calle de la Plata (hoy justamente la de Rivadavia) disparando sus tercerolas. Eran ocho jinetes de poncho, antifaz y plumas de avestruz en el chambergo, que hacían fuego a los gritos de *¡viva el general Rosas!* Pasaron como un vendaval entre una gran polvareda, encabritando la caballada de la guardia policial. Fuera de este encabritamiento y de ese tironeo de las riendas atadas a los postes, no hay nada que contar ni de los corceles ni de los soldados policiales. La guardia permaneció perfectamente impenetrable como en el rígido cumplimiento de una consigna. Con la primera descarga dieron los foragidos, según decíamos, un viva a Rosas. Después se oyó otro grito: *¡Muera Rivadavia!* y otra descarga. La primera había acribillado las ventanas de una pacífica casa: la del canónigo D. Pedro Pablo Vidal, presunto enemigo de los restauradores; la segunda había hecho blanco en las ventanas del ministro García, como señal de disconformidad con su nota demasiado efusiva para semejante unitario...

En eso, un joven se asoma a la calle, preguntando:
—¿Qué bulla es esa, paisanos? ¿Qué hay?

El que pregunta es un joven conocido: Esteban Badlam y Moreno, único sostén e hijo único de una madre viuda. No ha acabado de hacer su pregunta cuando cae herido de muerte. Dos balas más, que fuera lástima desperdiciar como las otras, han sido para él. Le han destrozado el pecho y lo han doblado exánime contra un muro.

Reconstituído el pulso de la calle, la gente abandona el refugio de los portales, de las tiendas, y se dirige, lo primero, a la Policía que está ahí a un paso. Se cortaron las riendas de los corceles, pero no hubo una voz que mandase: ¡A caballo! Pasaron los asesinos. Venían de la noche y se volvieron a la noche. No los había de haber la diligencia policial. . .

Al otro día se insinuaba en voz muy baja que aquellos emponchados debían de haber sido, entre otros, Prudencio Rosas y los comisarios Santa Coloma y PARRA. La policía, entretanto, lo ignoraba: ¡iban tan disfrazados!

Tal estaba la patria que expulsó a Rivadavia. Patria en que ya no cabían todos los argentinos; en que estaban de más precisamente los buenos y los justos, y cuantos un día miraron alto y lejos.

CAPÍTULO XXIX

EL PASAPORTE

I

El episodio de la expulsión de Rivadavia debe ser muy bien estudiado. Tiene un enorme interés para la conciencia argentina. Conviene saber cómo reaccionó el juicio público ante ambos sucesos monstruosos: el embarco del prócer y los atentados de la noche siguiente. Conviene saber qué pensaron los federales, qué los unitarios. Se trata no sólo de averiguar un estado de conciencia argentina sino de inculpar o exculpar a los federales en lo que concierne al pretendido plan contra la vida de Rivadavia. Servirá también esta prolijidad para contraste de las respectivas páginas de López, cuyo improvisado relato no creo que responda punto por punto a la estricta verdad.

Decimos, pues, que al otro día de consumado el hecho bárbaro del 29 de abril los diarios hablaron. Fuese cual fuese su opinión política, la condenación del episodio fué unánime, salvo el caso de *La Gaceta Mercantil*, que refirió las cosas con vergonzante disimulo. *La Gaceta*, bueno es saberlo, estaba en manos mercenarias. Sobre mercenarias, extranjeras. Según lo mostraremos lue-

go en pertinente transcripción, eran sus editores unos norteamericanos que medraban ya a la sombra del creciente poder de Rosas. Y no estaban para impresionarse por bala de más o de menos.

Respecto a la inesperada presencia de Rivadavia — debemos empezar por aquí — el juicio público se acomodó a estos términos de *El Censor Argentino*, glosados de cerca por los otros periódicos: ¿Quién era legalmente Rivadavia? “Un argentino que salió de su país con pasaporte, que no está desterrado, y a quien ninguna ley, ningún decreto, ha prohibido el regreso”. Sin embargo, a la cuatro horas de haber llegado al seno de su familia, se le expulsaba “por orden verbal del P. E.” Lo cierto era que la causa de todo esto radicaba “en influencias extrañas al gobierno” . . .

Desde otro punto de vista ¿no era noble cosa el confiado regreso de tal personaje? ¿No acreditaba por igual, quien así volvía, paz de conciencia y respeto al orden establecido? Los que se excusaban con el temor de alborotos ¿cómo podrían justificar este miedo a una cascaca negra? Los más prudentes de la ciudad, incluso los timoratos de la ciudad y los que nunca opinaban, decían en los corrillos: Hecho ruidoso y alarmante. . .

Además parecía ridículo que el Ejecutivo se dirigiese a la Legislatura en instancia de un criterio legal que aplicar a Rivadavia. A lo grotesco de procurárselo a *posteriori* se añadiría lo inícuo de su aplicación con efecto retroactivo. Por mucho que se estimase como muy patriótica la salvadora prudencia con que el gobernador Viamonte defendía las últimas horas de la civilización, amenazada de muerte, hubo de ser uniforme el parecer de que la contingencia era tal que, holgando la prudencia y la meticulosidad, había llegado simplemente el mo-

mento de la energía. Era inexcusable no amparar a Rivadavia. Cavar una fosa para la libertad, la negación de su derecho.

En cuanto a las criminales descargas del 29 y al asesinato del pobre joven Badlam y Moreno, ¡qué mancha y qué oprobio!

II

Sólo para la vendida *Gaceta Mercantil* no eran así las cosas. La conducta del gobierno había lindado con lo strafalario al descender como descendió a dar explicaciones de sus actos a un mero ciudadano. ¡Y en qué términos! ¡Y con qué rendimiento y cortesanía! ¿Quién era Rivadavia? . . . ¿Quién, para recibir esta suerte de homenaje? . . .

Acentuando su mezuquino espíritu, acogía luego la siguiente carta abierta, que es realmente primorosa: "Señor Director de la *Gaceta Mercantil*: Sirva de apéndice a lo que V. dijo ayer en su artículo sobre el oficio dirigido a don Bernardino Rivadavia por el gobierno, la observación del tamaño SEÑOR RIVADAVIA, de que tan impropriamente usa el ministro al dirigirse a un simple particular. ¿Por qué ley tiene Señoría Rivadavia? . . . Al dirigirse a altos funcionarios no les da [el gobierno] ni debe darles el título de Señor ¿y se podrá sufrir con paciencia que se le dé a un simple particular tratamiento de Señor? . . . ¡Vaya, vaya, qué humillación!"

El atentado del 29, las descargas de los enmascarados en plena calle de La Plata, la inacción policial y el inútil sacrificio del joven Badlam, no perturbaban ni alarmaban mayormente a *La Gaceta*. Todo ello, lamentable sin duda, explicábase como "una ebullición del sentimiento

popular". De ahí había un paso al eufemismo cobarde de los que no veían nada del otro mundo en aquellas "salvas nocturnas". Se había provocado a las masas y allí estaba el resultado. . .

Pero los serviles y venales editores de *La Gaceta* tuvieron que oír al *Censor*: "¡Y han nacido en un país libre! ¡Y se titulan republicanos y conciudadanos de Washington! ¡Oh, miserable avaricia!"

En suma. Se comprendió perfectamente la gravedad de tales encadenados sucesos. Se sintió perfectamente que en aquella noche aciaga comenzaba la tiranía. A este respecto, los periódicos estuvieron a la altura de su misión, y no callaron la terrible sospecha. He aquí con absoluta precisión el diagnóstico y el pronóstico de la hora: "Degradar primero y tiranizar después a nuestra sociedad" era el rumbo que llevaban los hechos. . . Así lo pensaron, consternados, incluso los federales.

III

Se decía la verdad — aun no era venida la vergüenza de callarla — pero expedíase, como se ha visto, a pequeñas dosis. ¡Exaltaciones, no! Todo, por aquellos limbos en que la prudencia no se puede llamar cobardía, si bien se tiñe ya de su desvaída palidez.

En esto había venido a parar la Buenos Aires del 25 de mayo. . .

Jamás lo hubiera esperado Rivadavia de ese pueblo porteño. Con otras palabras, esto venía a decirle el prócer en desgracia a su "recomendable compatriota" el coronel don José Arenales, hijo del glorioso guerrero, en carta fechada a 4 de mayo desde *L'Hermine*, en la rada interior del puerto, agradeciéndole una actitud

ejemplar — su carta del 29 de abril —; “testimonio de que existe al menos uno de mis compatriotas que ha sabido apreciar justamente la conducta que ha tenido y tiene conmigo el gobierno y muy especialmente el pueblo de Buenos Aires”. En la carta de Arenales, según trascribía ufano el propio Rivadavia, se expresaba enérgicamente la protesta por un hecho “que en otro caso pudo no haber sido más que un simple atentado”, pero que no tardaría en reputarse “como una negra mancha que cubre no sólo a los autores sino a todo el pueblo que ha tenido la paciencia de sufrirlo tranquilamente” (1).

No estaba solo Arenales. Entre la poca gente de coraje que va quedando en la ciudad, alza una indignada cabeza de león, Facundo Quiroga. La suerte ha querido que el general Quiroga se halle en Buenos Aires a la sazón. Después de tanto pelear, posee ideas de orden. Justamente: en su cabeza han nacido ideas. Es cosa nueva en él, que lo tiene estremecido y ufano. Posee ideas y piensa por cuenta propia. Ya no lo llevan de acá para allá los torbellinos de la política gaucha. Ha revisado su propia vida y se ha arrepentido de los yerros de ayer. En nombre de sus ideas nuevas experimenta sentimientos nuevos. Siente, por ejemplo, una reverencia nueva por Rivadavia y sus ideales. Y es que Quiroga, a esa altura de su vida, no sólo posee ideas, sino que está a punto de adquirir ideales.

Como su temperamento es fiero, así para el bien como para el mal, habla ahora con fiereza del reembarco del ex-presidente. Que no le vengan a él con la filosofía del sentimiento de las masas. ¡a él con las *masas!*

(1) *Ilustración Histórica Argentina*, dirigida por don Adolfo B. Carranza, Enero 1º de 1910, entrega número 14, páginas 55 y 56.

Su indignación se encrespa por momentos. Lo exaspera el gobierno con sus hipocresías tanto como le repugna la avilantez social. Lo que se hace con Rivadavia no tiene nombre. Arrumbarlo en un buque a la espera de un beneplácito que no ha de otorgársele o de un pasaporte que tarde o nunca se le concederá, no es más que una gran cobardía. Que le oiga quien quiera oírle: *no es más que una gran cobardía*. ¿Necesita un fiador el gobierno para que Rivadavia baje a tierra? El se ofrece por fiador. Pero no. No es eso lo que quiere el gobierno.

Por lo demás, Quiroga debe haberse enloquecido. Allá anda diciendo a voz en cuello:

—¡Cuántas veces me ha pesado no haber aceptado la Constitución del año 26!

Como un amigo que sinceramente quiere nuevas de otro amigo, Quiroga las requiere a los pocos que fueron a bordo a saludar al prócer. Quiroga lo indaga todo: ¿Cómo está Rivadavia? ¿Avejentado? ¿Abatido? ¿Pobre? ¿Y qué dice? Que le den noticias ciertas. Recogiendo las nuevas, le brillan los ojos de rabia. Se le hincha el recio cogotazo y exclama una vez más:

—¡Cobardes! Es una violencia cobarde lo que hacen con él. Este gobierno tiene miedo de todo, y así se lo voy a decir...

—¿A quién, general?

—Al señor Rivadavia.

Como que el general Quiroga tiene resuelto trasladarse a bordo de *L'Herminie*, en señal de adhesión.

Decidido, pregunta:

—¿Está muy lejos el bergantín?

—En la rada interior.

—Yo quiero ir a ver al señor Rivadavia. ¿Dónde hay que embarcarse y a qué hora?

—En el muellecito de la Capitanía, a las 7 de la mañana. Se vuelve a comer a tierra.

—Estaré mañana.

Al día siguiente, Quiroga acude a la Capitanía, pero no se puede embarcar. El río estaba agitado, bravío; el viento, fuerte; el Sur amagaba tormenta. La ballenera se golpeaba contra el muelle en la furia del temporal. La visita hubo de diferirse para un día que no había de llegar: tan borrascoso corrió todo el mes de la prisión flotante de Rivadavia (1).

IV

Por conmemorativa ocurrencia, el mes de la prisión arbitraria de Rivadavia, vino a ser el de mayo. Y acaso hubiera transcurrido otro mes, o muchos más días, si al llegar la fecha del 25 el prisionero no se hubiese dirigido al ministro de gobierno conjurándolo: “Hoy es el vigésimo cuarto aniversario del heroico principio que Buenos Aires dió a su gloriosa e inmensa empresa. No puede presentarse un día más a propósito para pedir y obtener el pasaporte que ese gobierno ha debido dar al ciudadano a quien ha puesto fuera de la ley, arrojándole de su casa y de su familia”.

De no ser esta apelación a Mayo, nunca se leyerá acaso en *La Gaceta*, la muy lacónica noticia que al fin se leyó en el número del 28: “El señor Rivadavia ha pedido y obtenido su pasaporte para seguir viaje al punto que tuviese a bien dirigirse”.

Así se conmemoró aquel 25 de mayo, pidiendo por

(1) Véase el relato de JUAN N. MADERO, que abunda en datos. (Album del Centenario de Rivadavia).

gracia la consumación de una injusticia, y consumán-dola.

Para mayor desengaño, dando ocasión las fiestas ma-yas a que la Sociedad de Beneficencia — creación de Riva-davia bien genuina — distribuyese en solemne ceremonia “los cuatro premios de la virtud eminente”, las distin-guidísimas damas de la corporación pusieron extrema-dísimo cuidado en no mentar para nada el prohibido nombre de su fundador. Rivadavia tuvo tiempo de enterarse.

Tiempo tuvo también para saber que la tragedia del joven Badlam epilogó en escarnio, aquel mismo 25 de mayo. Era costumbre por fiesta patria, que una banda de música recorriese las casas principales del vecindario, festejando la fecha. Una de las casas elegidas hubo de ser la enlutada. Había que castigar ejemplarmente aquel exceso de lloro y quebranto de la desdichada madre. Si acaso hubo una sorda política en torno de aquel dolor, habría una ruidosa reprimenda, a guisa de desquite, para no dejarla impune. No importaba machacar un corazón ya deshecho. Metiéronse pues los mú-sicos al patio de la enlutada casa y comenzaron a so-plar sus ruidosos metales. Pronto se conoció que lo ha-cían de encargo, ya que no valieron súplicas ni lágrimas para que callase la charanga; ni jamás callara de no in-tervenir un coronel del ejército por piedad que le dió tan miserable ultraje. Ruín maldad en que estaba pa-tente la manera característica, el sello propio y peculiar de esa perversidad aviesa de Rosas, típicamente solapada y bellaca.

Y por fin se dió a la vela el buque del desterrado, en dirección a la Colonia. Así zarpó sin adioses la nave de Rivadavia, el cual no volvería a ver nunca más los campos de su patria.

CAPÍTULO XXX

EL SINO DE RIVADAVIA

I

Primero una quinta de la Colonia, luego Montevideo, en seguida Santa Catalina, más tarde Río de Janeiro: éstas fueron las últimas estaciones de Rivadavia en América después que su patria lo expulsó de su seno. Muchos males más se agregaron a la grande injusticia. Pronto no tuvo amigos que le valieran. Murió el mayor de todos, su bienhechor, el venerable — así hay que decirlo — Federico Schmaling. Murió también su abnegadísima compañera. Dicen que en Río se volvió ensimismado, zahareño. No carece de fundamento psicológico aquella boga del tiempo, según la cual, requerido en la corte brasileña por unos visitantes de Buenos Aires, les hizo contestar con el criado.

—Para los argentinos no vive ya don Bernardino Rivadavia.

Lo terrible es que acaso no fué el criado sino él mismo quien tartajó la respuesta con un espantoso nudo en la garganta.

Y bien: Cada uno había jugado su carta. Habiendo que optar por el día o por la noche, por la luz o por la tiniebla en estas patrias de América, tan semejantes a mundos sin atmósfera y por consiguiente sin penumbra ni gradaciones posibles, Rivadavia jugó a la luz, siquiera fuese a la luz de mañana, como otros jugaron a las tinieblas de entonces y de siempre. Hombres y cosas sufren de un mismo irremediable mal: nuestro nacimiento nacional prematuro y peligroso. Porque *¿dónde estaba el pueblo?*...

No vemos de qué manera pudo ser mejor la suerte de Rivadavia. Le había tocado afrontar a hombres enigmáticos; mas a tal punto enigmáticos, que eran un enigma para sí propios. Por ejemplo, Artigas... Por ejemplo, Ramírez... Por ejemplo, Quiroga... Hombres enigmáticos en que al personal enigma venía a sumarse el influjo engañoso de la hora crepuscular en que vivieron: amanecer dudoso, relampagueante, a ratos negro de tormenta. En tales circunstancias esos hombres resultaban arcanos imposibles de descifrar, y toda su conducta se resolvía en ambiguos oráculos. No siempre eran hipócritas y ladinos. Lo que hay es que no sabían ellos mismos quienes fuesen. Ved ahí a Rivadavia elegido presidente de la república. Vedle ahí reconocido por Santiago del Estero, por San Luis, por Mendoza, por San Juan, por Entre Ríos, por la Banda Oriental, por Santa Fe, por Corrientes, por Salta, por Catamarca. Todo eso no vale nada. Se reconoce hoy para desconocer más abiertamente mañana. Esta es la realidad sociológica, ésta la realidad moral de la patria. El pájaro engañapastores es el que señala los rumbos con sus cantos falaces.

Verdaderas logomaquias son las palabras de tales

hombres en tal hora. ¿Quién se fiará de la cháchara federalista de los caudillos anárquicos? ¡Si todo era odio, si todo era ciega pasión! . . . Si hasta Dorrego, se ha pensado, no tuvo más razón para ser federal que ver a Rivadavia unitario; y el unitario hubiera sido él de ver al otro federal.

El Litoral, singularmente, está envuelto en esa luz confusa. Y los hombres que se mueven en el escenario del Litoral son a tal punto un *quid pro quo* sociológico que muchos de ellos bajaron a la tumba o se perdieron en la historia con el verdadero secreto de su destino.

Mirando los movedizos médanos de la costa oriental, en que pasó los primeros meses del destierro, diríase acaso el proscrito: —Yo quise fijar aquellos otros médanos de las montoneras criollas. . .

Enigmáticos como los médanos, y para mayor semejanza, hoy acá, mañana allá, y por toda ley el azar de los vientos: así eran aquellos hombres del desierto, cuyas hordas, al echarse las unas sobre las otras, engendrabán sin plan ni motivo la guerra civil.

II

Son tan extraños los tiempos, que en Rivadavia se da esta burla de la suerte: es, en rigor, un gran patriota sin patria. Toda su vida es un solo ardiente deseo de crearla. Sin él acaso la revolución hubiera sucumbido en la contrarrevolución de Alzaga. Mas lo cierto es que salvó la revolución para ser finalmente su víctima. Está dotado como otro alguno para la gran ofrenda a la patria; pero la patria no la quiere recibir. Rivadavia vive

en ocasiones esta paradoja trágica: es un gran patriota que tiene en contra precisamente a su patria.

De las palabras — pocas a la verdad — que sobre esto nos quedan de él, parecería que comprendió su sino. Tuvo ideas entre hombres que poco o nada sabían de ideas. Saliendo del círculo de sus amistades porteñas, ¿a quién podía hablar de igual a igual, tierra adentro? Pero ni sus iguales — salvo rarísimos patriotas — estaban animados de su misma prisa. Tomemos sus mejores años. Su persona — él lo nota en el cotidiano trato — inspira, como donde quiera que arde un espíritu, los merecidos respetos. Su prestigio difunde la debida sugestión. Su palabra se escucha, se repite, no se olvida; pero su enseñanza no encuentra discípulos. Hay un resorte que falla siempre. Se le oye y se le cree — (aun no ha mandado Rosas que lo insulten y escarnezcan), pero en esto se quedarán las cosas. El paso que va de la convicción que acata a la persuasión que realiza es justamente el paso que la nación no dará nunca.

Hombre de grandes planes, hubo de verse anonadado en madejas de pequeñas y viles intrigas. Al general Paz le bolearon el caballo: a Rivadavia le bolearon los ideales. Estaba escrito. Su política había de ser — y ésta fué su desgracia — una concertada combinación de principios. Bien se ha dicho que su Constitución fué rechazada no por unitaria sino por Constitución. Sostiene don Vicente Fidel López que no debió siquiera intentarse la organización nacional. Es como sostener que la barbarie debía considerarse sagrada. Nunca un hijo ha profirido más injusticias juntas para cohonestar el fracaso de un padre, como profiere López, al llegar a los días del efímero sucesor de Rivadavia.

Pero ni la barbarie es sagrada, ni está en la índole de los ideales el armisticio con ella.

Sigamos, pues. El trae ideales. Y los otros ¿qué quieren? Que nadie hable de ellos. El sabe un rumbo, lleva un itinerario, conoce una meta. Ellos, en cambio, no quiesen salir de su lendel. Los ideales son fuerzas demasiado poderosas que nadie desea ver en juego. Entonces los caudillos se arman contra el temerario. Por un momento se alucinaron; mas luego vieron su error. Rivadavia no es el gran cómplice porteño que están esperando desde el fondo de su ambición. Por consiguiente desenvuelven una táctica montonera que dará al traste con todo; principalmente con la responsabilidad. Rosas será mañana su hombre por tal sencillísima promesa de asegurarles vitalicia la irresponsabilidad.

No siendo Rivadavia el gran cómplice porteño que se está esperando como el cumplimiento de una profecía, ni la guerra con el Brasil será parte a que los caudillos vengan a razón y patriotismo. Los muy necios volverán la espalda a la guerra nacional diciendo que Rivadavia sólo quiere quitarles los soldados con una aña gaza para nacionalizarlos primero y lanzarlos luego contra ellos mismos. Se golpean la boca a lo indio, ríen al chasco, y cada cual por su lado.

III

Cabe imaginar como muy sombrío el drama íntimo de Rivadavia. ¿Creyó alguna vez que habría relación entre su victoria sobre Álzaga, su administración creadora, y sus posteriores empeños de organizar el país? Sin duda que lo creyó y por buenas razones. Pues se equivocó de

medio a medio: no había ninguna relación. Su lógica personal no era la lógica de los sucesos. Entre aquel Rivadavia salvador y este otro Rivadavia constructor, había de seguro una continuidad moral formidable. El destino, sin embargo, no haría ningún caso de ella. En vano, en vano se exaltaba su esperanza generosa. A breve plazo, un joven maestro, Echeverría, había de declarar con serena y confiada petulancia, en nombre de las nuevas generaciones, que Rivadavia era un hombre del pasado. *Nada con Rivadavia* sería su fórmula. A los vastos, pero concretos proyectos del Reformador, el nuevo filósofo opondría meramente aquellas palabras tan hermosas como huera, aquel espíritu sin cuerpo, de su Asociación de Mayo. No sólo esto. Conforme a la averiguada suerte de los reformadores de verdad, pasaría también por un reaccionario y la historia hablaría de su presidencia como de una descabellada aventura. Volverían los tiempos duros del menosprecio como cuando Moreno le ofendió tan bajamente.

En resolución: Rivadavia se había tenido por un ser providencial; y lo fué, en efecto, sólo que a más largo plazo del que creyera él mismo. Muchas de sus siembras están apenas recién recogidas; para muchas otras no ha llegado todavía el tiempo de la cosecha. Se tuvo por un ser providencial y aun se complacía desde el gobierno en una especie de providencialismo menudo (LÓPEZ, tomo X, *Disolución del régimen presidencial*), al intervenir "hasta en los últimos detalles de la vida comunal y casera", sin cabildos que morigerasen su invasión, decretando y reglamentando minucias de mercado de abasto; interviniendo "en la forma y en el ancho" de las aceras, casas, ventanas y puertas, si mal no venía, cuando no acordaba como una gracia especialmente concedida "alum-

brado público a tal o cual barrio, o tal o cual pueblo de campaña”, comprometiendo su autoridad “en otras infinitas nimiedades, como si en todo y para todo fuese una providencia universal”. Resultado, “una omnipotencia administrativa” hecha como de encargo para crearse los mil estorbos “con que esa acumulación de pequeñeces trababa la marcha del gobierno”.

Todas estas cuentas le cobraron cuando cayó, y muchísimas otras de que inflaron sus créditos muchas viejas envidias. Y tanta injusticia sobrellevó, que a modo de compensación histórica, de otro alguno merecida, le tocó personificar la propia gloria de Mayo, según iba personificando Rosas la reacción absolutista, la barbarie y el crimen.

Pero el mayor de los triunfos de Rivadavia sería triunfar del tiempo; seguir militando a lo largo de las centurias argentinas; andar batallador, pugnando por grandes reformas, por la última decisiva reforma — por la reforma agraria —, a la hora en que Morenos y Belgranos reposan míticamente entre los dioses; andar batallador y campeador (y su nombre por bandera de liberalismo y democracia) en las lizas por una patria más justa, más sabia, más bella; guerrero tan viviente en las renovadas porfías, que ora suscita libelos que lo denigran y difaman, ora inflamadas páginas que lo defienden y glorifican, mas no ya como se glorifica a un inmortal de la historia, sino como se honra y aclama entre vítores al recién laureado estratega, vencedor en el más reciente combate del mundo.

No en vano fué “uno de los actores de la revolución y quizá el que mejor sabía explicarla”, para decirlo con Domínguez; no en vano, “el más fiel intérprete de la tradición revolucionaria”, para decirlo con Frías. Porque

la revolución para que no parase en un mero cambio de vasallaje, debía ser elevadamente interpretada. El liberalismo, un liberalismo de profundas raíces hispánicas, sería la clave. Este liberalismo fué la fuerza y el dinamismo de la revolución de mayo. No profesarlo hubiera sido carecer de ideales, es decir de un verdadero derecho a nacer. Pero lo profesó Moreno. Lo profesó Rivadavia. Lo profesó Buenos Aires. . . A lo español se agregó en alguna manera lo norteamericano y lo francés.

El liberalismo fué antes que la bandera azul y blanca, la bandera argentina, y antes que el himno, nuestro himno. Renegar del liberalismo es renegar del alma de la patria.

Rivadavia lo llevó mucho más lejos. Su pensamiento contempló perspectivas de otros no contempladas en el Plata, o llegó con su iniciativa y su acción hasta donde ni siquiera alcanzó el pensamiento de sus mejores compatriotas. Verbigracia en lo económico, se asomó con su ley de enfiteusis a las definitivas soluciones del problema social. Siendo esto realmente muy vasto, no es fácil predecir cuántas edades más presidirá Rivadavia sobre las vivas y palpitantes cosas de la nación. Sólo sabemos que son anchos los espacios reservados todavía para el influjo de su nombre en la evolución del país.

Bien está que no tenga estatua entre las muchedumbres de bronce y de mármol, ofrecidas a la veneración de los pueblos, por calles y plazas, en prodigalidad buscadora que para él solo vino a ser mezquindad y efugio. Mejor que no la tenga. Acaso la carne de bronce embota no poco a los espíritus; y a Rivadavia lo necesitamos despierto y alerta, vigía y franco tirador. Está demasiado vivo para que sea una estatua más en la ciudad. Más bien, un día u otro, será, por vidente, el capitán de una

nueva memorable jornada, cuando se plantee en su nombre la cuestión fundamental de la tierra, para sacar por fin al país de sus estancados diez millones de habitantes y llevarlo de una vez a incalculable grandeza. El camino es largo. Cosa de mucho montar y mucho apearse. Pero es camino que se ha comenzado a andar, y día más, día menos, se ha de acabar de andar, y con él al frente. Para animar la marcha supo dejar palabras que fueron flechas y volverán a serlo: actualizar el porvenir, forzar el tiempo; avanzar de frente hacia los hechos. . .

Y éste es el sino grande de Rivadavia: iluminar por los tiempos, inmensas regiones de esperanza argentina.

EPÍLOGO

1917

LA MUERTE EN CÁDIZ

Y quiso el destino que Rivadavia, el genuino prócer civil del Nuevo Mundo y el que mejor representó *el españolismo liberal de la Revolución Argentina*, hubiese de acabar sus días en España, y tan luego en Cádiz, esa punta española imantadísima con el magnetismo de las cosas de América.

Debió sentirse muy a gusto el expatriado. Un panorama de buques llevábale la imaginación a los cielos de su país lejano. La iglesia de San Francisco algo le decía de la Buenos Aires que dejó. Parecíale imponente el castillo de Santa Catalina con su restinga de piedras ciclópeas. Quedábale a la vuelta una plazuela histórica. Y toda la ciudad le hablaba de acontecimientos tan decisivos para la suerte de América, como la instalación de las Cortes y la sublevación de Riego.

Pero poco salía Rivadavia por esas calles. Harto le pesaban ya sus fatigados sesenta y cuatro años, después de tantas andanzas. Mucho más le placía quedarse en su habitación. Había alquilado en la calle de Murguía un lindo piso en una casa que hacía esquina. Ocupaba el primer piso de los tres. Su dormitorio, muy cómodo, no era otro que el gran aposento que daba — y todavía

da (1) — a un balcón voladizo. Vivía muy a lo señor, que fué siempre su manera de vida. Es falsa especie la de su falta de medios. Tengo la palabra viva de su nieta Da. María T. de Rivadavia, fidelísima a la tradición familiar, y he leído las mandas testamentarias del prócer (2). Disponía el patricio, aparte de otros recursos, de una renta mensual de cien duros que le redituaban en Río de Janeiro unos papeles del crédito público. Comía en vajilla de plata labrada y con cubiertos de ébano y oro. Tres sirvientes lo atendían al pensamiento: una cocinera, una doncella y un criado.

En los primeros meses de su estada — fines de 1844 — le encantaron las horas unas dos sobrinas políticas que allí encontré. Eran hijas las dos del conde de Michelena y de una de sus cuñadas; nietas por consiguiente del virrey del Pino. Soltera la una, casada la otra, gaditanas ambas, y acaso no poco garbosas y bien parecidas, sabe Dios si al verlas no recordaba Rivadavia la copla heroica de los tiempos del sitio:

*Con el plomo que tiran
los fanfarrones
hacen las gaditanas
tirabuzones.*

Tirabuzones le habían hecho el corazón las dos sobrinas — la doña Clara y la doña Gertrudis — al enfermo Rivadavia que se pagaba lo indecible de este dul-

(1) La casa se conserva intacta. Adquiriéndola no ha mucho el señor Roger Balet, comerciante español de Buenos Aires, con el intento de donarla al gobierno argentino.

(2) El testamento de Rivadavia hállase publicado íntegramente en el Nº 12 de la revista *De Nuestra Historia* que dirigiera en Buenos Aires, por los años de 1915 y 16 el Pbro. José Ignacio Yani. (Colección del Señor Enrique Udaondo).

ce arrimo que tanto le hacía trasoñar amores y recuerdos. Junto con estas criaturas le ayudaban a vivir dos amigos de incomparable nobleza: los señores de Achával: don Nicolás y don Francisco; el primero, cónsul de la República de Chile en Gibraltar. Lástima que no siempre lo pasaran en Cádiz; pero, de estar en la ciudad, eran infaltables a la vera de su lecho y los seguros contertulios de su tresillo.

No siguieron bien las cosas para Rivadavia. Un día se puso resueltamente malo. Volvía la primavera, mas no para sus acabadas venas. El 14 de abril se sintió tan flaco de salud y de esperanzas que hizo llamar al escribano. Arrebuñado en la cama y temblorosas las manos, dictó sus voluntades. Allí otorgó — si hemos de ser precisos — no testamento sino poder para testar, en favor de sus buenos amigos los señores de Achával que conocían muy bien sus pensamientos y deseos. Hay quienes creen que Rivadavia escribió de su puño y letra: *Yo no quiero que entierren mis restos en Buenos Aires*. Nunca pasó tal cosa ni hubiera sabido escribirla el grande hombre. Fué en conversación con los Achával cuando dijo alguna vez, temiendo quién sabe qué profanaciones del tirano Rosas o del rencor inextinguible de Oribe:

—No quiero que mis restos sean enterrados en Buenos Aires y mucho menos en Montevideo.

Y los Achával lo hicieron valer.

Dispuso ante el buen notario todas las futuras cláusulas testamentarias. Las dictaba postrado, con voz debilísima. Dejaba mandas especiales para los señores de Achával; y para sus muy queridas sobrinas las Michelena, toda su vajilla y ajuar, más una pensión vitalicia. Cuando el escribano don Joaquín Rubio, finalizada la escritura, puso la pluma en manos del testador, para que

la firmase, verificóse que no lo pudo “por impedírsele la flaqueza del pulso”.

Pasó la crisis. Con el verano fué mejorando el enfermo. Pero llegaron los calores de agosto, y fué cosa triste. Corría el mes de agosto con vientos y malas noticias. De nuevo las escuadras de Inglaterra y de Francia agobiaban las aguas del tiranizado Río de la Plata . . .

Se ponía muy delicado el enfermo. El sacerdote y el médico le visitaban con reveladora frecuencia. Una tarde le hallaron sumido en la decepción. Al mal físico se añadía un daño moral agudísimo. Tenía el alma tétrica. Acababa de conocer con inmensa amargura, que ambas sus sobrinas — así doña Clara como doña Gertrudis — metían mano en las cosas de su hacienda como en bienes de difunto, y hoy se llevaban esta pieza de plata, mañana aquella prenda del ajuar. Nunca imaginara Rivadavia semejante “ingratitude y desacato” . . .

Pero pasando en un instante de la postración a la iracundia, pareció que se sanaba como por vía de magia. Mandó llamar a don Joaquín, el escribano, que vino al punto, y le dictó un codicilo dando por inexistentes, írritas y absolutamente nulas sus disposiciones anteriores respecto a las Michelena. Cogió la pluma con resuelto ademán y firmó casi de un solo trazo. Era el 4 de agosto.

Este episodio precipitó el desenlace. Agosto corrió de un solo sobresalto, y cuando entró setiembre no había nada que esperar. Viejo y solo estaba el grande hombre. Andaban sus hijos por apartadas tierras. Sus sobrinas no habían vuelto a poner los pies en la casa. Los Achávil, sí, venían. Y con ellos, otra alma buena: don Fernando de España, vecino del comercio de Cádiz. Pero, ¡qué tristeza en los rostros y qué melancólicos anuncios

en cada entrar y salir! Rivadavia comprendió que se acababan sus postreros instantes, y llamando al sacerdote, que apenas se alejaba de él, le instó a recibir 16 duros de limosna.

Iba entrando la mañana del 2 de setiembre de 1845. Se acababa sin remedio aquella vida. Al marcar el reloj las 6 y media, fallecía el prohombre. Todos se arrojaron. Era un martes. Si pocos eran los que en Cádiz conocían los datos de su vida pública, allí los abreviaba el santoral en los santos del día: San Esteban, rey, y San Antolín, mártir.

Tal quiso el destino que Rivadavia —genuino intérprete del españolismo liberal de la Revolución Argentina— fuese a morir tan luego a Cádiz, la capital puede decirse de aquel propio españolismo; punta de tierra española, imantadísima del magnetismo de América, y última estremecida antena echada amorosamente desde España hacia las perdidas colonias de ultramar.

INDICE

LIBRO I

(LA MADRE PATRIA)

	<u>Página</u>
CAPÍTULO	I. — España y nosotros en el siglo XVIII ... 11
„	II. — La situación española 18
„	III. — El mundo en el siglo XVIII 25
„	IV. — El muy glorioso Carlos III 33
„	V. — Madre de naciones 41

LIBRO II

(POSTRIMERÍAS COLONIALES)

„	VI. — La formación de Rivadavia 51
„	VII. — Papeles de la Colonia 59
„	VIII. — Rivadavia y los papeles coloniales .. 67
„	IX. — La ciencia que amó Rivadavia 75
„	X. — De <i>El Correo</i> a <i>La Gaceta</i> 82

LIBRO III

(LA REVOLUCIÓN: SU ESPAÑOLISMO)

„	XI. — La máscara de Fernando 91
„	XII. — El españolismo de la revolución argentina 99
„	XIII. — ¿Dónde está el pueblo? 107
„	XIV. — La herencia de Moreno 114
„	XV. — Rivadavia, ajedrecista de la revolución .121

LIBRO IV

(ESPAÑOLISMO ECONÓMICO: LA ENFITEUSIS)

	Página
CAPÍTULO XVI. — El presidente y su ministro	131
„ XVII. — La enfiteusis de Rivadavia	139
„ XVIII. — La discusión de la enfiteusis	148

LIBRO V

(LA PAZ CON ESPAÑA)

„ XIX. — La libertad de Lima	163
„ XX. — Entre la paz y la guerra	171
„ XXI. — Los dos Ayacuchos	178
„ XXII. — El primer amigo de España	185

LIBRO VI

(LA MISIÓN DE RIVADAVIA)

„ XXIII. — Rivadavia, constructor de la patria ...	195
„ XXIV. — El gran prócer civil de América	202
„ XXV. — El último mandamiento	210
„ XXVI. — La renuncia	217

LIBRO VII

(LA RUTA DE CÁDIZ)

„ XXVII. — El cancionero del odio	227
„ XXVIII. — La expulsión de la patria	234
„ XXIX. — El pasaporte	241
„ XXX. — El sino de Rivadavia	249

EPÍLOGO

LA MUERTE EN CÁDIZ	261
--------------------------	-----

Otras Obras Históricas del Autor

Las Vísperas de Caseros (2ª edición)

Los Hijos del Sol . . . („ „)

Este libro, que es el 29º escrito por Arturo Capdevila, se acabó de imprimir el día 10 de Mayo de 1931 en los Talleres Gráficos Mercatali, Av. Acoyte 271, Buenos Aires.



R34043